

JAIME FUENTES

TODO POR MEDIO DE MARÍA

Juan Pablo II y la mediación maternal
de la Santísima Virgen



m
morgan



EDICIONES **Logos**

Fuentes, Jaime

Todo por medio de María. - 2da. ed. - Rosario : Ediciones Logos Ar, 2010.
208 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-25696-8-6

1. Mariología. I. Título
CDD 232.91

Fecha de catalogación: 27/08/2010

© Ediciones Logos
info@edicioneslogos.com
www.edicioneslogos.com

ISBN: 978-987-25696-8-6

Hecho el depósito que indica la Ley 11.723

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
INTRODUCCIÓN	27
I. LA IGLESIA, PROPIEDAD DE MARÍA	35
La Madre de la Iglesia	36
Con la Virgen de Guadalupe	38
«¡Todo por medio de María!»	40
II. MISTERIO DEL 13 DE MAYO	45
Dignidad de la Madre	45
Madre de Misericordia	47
Don y misterio del 13 de mayo	50
III. EN EL CORAZÓN DE MARÍA.....	67
En Fátima, por primera vez	68
En Roma y en todo el mundo	78

IV. ¿PARA QUÉ SUFRIR?	81
El Espíritu del Padre y del Hijo	85
V. LA MADRE DEL REDENTOR	91
VI. LA MADRE DE DIOS Y EL MISTERIO DE LA MUJER	101
Al encuentro de la dignidad de la mujer	103
Por una cultura de la vida.....	107
El «genio femenino», esperanza del mundo	113
VII. ¿POR QUÉ CAYÓ EL COMUNISMO?	119
Poder de la oración	123
La Virgen blanca de Fátima	126
«Rusia se convertirá»	129
María y la unidad de la Iglesia	134
VIII. <i>DE MARIA NUNQUAM SATIS</i>	137
Gobernar la Iglesia imitando a María	138
70 Lecciones sobre la Virgen.....	142
IX. LA FIESTA GRANDE DEL AÑO 2000	147
El secreto desvelado	151
Vives por Él y para Él	155
X. EL PROGRAMA DEL NUEVO MILENIO	159
Aprender a contemplar a Cristo	162
Con María, cada día en la Cruz	166
XI. LA ÚLTIMA PALABRA	173
En Lourdes, con el mundo a costas	174
La Mediadora de Kazan	177

XII. UNA CONCLUSIÓN ABIERTA.....	183
Una luz en el camino	186
Con dolores de parto	191
EPÍLOGO. La «causa» de Cristo.....	195
ÍNDICE DE DOCUMENTOS CITADOS	205

PRESENTACIÓN

Juan Pablo II, el Papa de la «mediación materna» de la Madre del Redentor.

SALVATORE PERRELLA, OSM

Profesor de Teología Dogmática y Mariología Sistemática
Pontificia Facultad Teológica «Marianum» (Roma)

Agradezco de corazón al querido presbítero Jaime Fuentes, capellán y profesor de Teología en la Universidad de Montevideo, que me haya pedido presentar al gran público, y tengo el honor de hacerlo, su último trabajo: *Todo por medio de María. Juan Pablo II y la mediación materna de la Santísima Virgen*. Es evidente que el título del volumen del profesor Jaime Fuentes sintetiza bien el «credo mariano» del gran Pontífice; un credo siempre sostenido y anclado en el fundamento de la fe cristiana: la acogida, la adoración, el primado, el servicio y el testimonio del Dios trinitario de Cristo, del cual brotan y dependen todas las demás verdades de la fe (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, ns. 198-1065),

verdades también eclesiales que dan identidad, forma y sentido a nuestro ser «católicos sin fronteras»¹.

De la Palabra de la fe (cf. Rm 10, 8) y de la historia de la Iglesia, aparece un dato indudable: *la Madre de Jesús es parte constitutiva del ADN del cristianismo*², porque por divina disposición ella fue colocada en el corazón del misterio del Hijo de Dios, en ella encarnado por obra del Espíritu Santo, y por voluntad del Padre, en vista a nuestra adopción como hijos a partir de la «plenitud de los tiempos» (Gal 4, 4). A esta Gran Madre de Dios, el Papa Juan Pablo II (1978-2005) se entregó a sí mismo en su servicio a Cristo, sacerdote y mediador salvífico universal, confiándole al mismo tiempo las enteras generaciones de cristianos y de hombres y mujeres de «buena voluntad». Mi tarea será presentar sintéticamente este filial, cordial y docto servicio a Santa María, propuesto durante casi tres décadas por este gran Siervo de Dios que fue el Papa Wojtyła³.

Un ministerio vasto y universal

Juan Pablo II, en el siglo Karol Wojtyła, nacido el 18 de mayo de 1920 en Wadowice, Polonia, cardenal arzobispo de Cracovia, fue elegido Obispo de Roma el 16 de octubre de 1978 a la joven edad de 58 años. Después de un dinámico y difícil pontificado vivido en el completo servicio de Cristo, de la Iglesia y de la

¹ Cf. G.O'COLLINS-M. FARRUGIA, *Cattolicesimo*. Storia e dottrina. Queriniana, Brescia 2006.

² Es lo que muestra con gran pericia bíblica el conocido exégeta italiano R. PENNA, *Il DNA del cristianesimo. L'identità cristiana allo stato nascente*. San Paolo, Cinisello Balsamo 2004, pp. 147-153.

³ He presentado con mayor extensión este servicio de amor: S.M. PERRELLA, *Ecco tua Madre (Gv 19, 25-27). La Madre di Gesù nel magistero di Giovanni Paolo II e nell'oggi della Chiesa e del mondo*. San Paolo, Cinisello Balsamo 2007.

humanidad, volvió a la casa del Padre la noche del 2 de abril de 2005, llorado por una gran multitud⁴. En sus más de veintiséis años de servicio petrino, nunca dejó de unirse y de inspirarse en su magisterio en las enseñanzas del Concilio Vaticano II (1962-1965)⁵, en el que participó como protagonista apasionado y fue considerado por él mismo como «una piedra miliar en la historia bimilenaria de la Iglesia»⁶.

En los últimos años de su existencia, Juan Pablo II, sufriente, llegó a cumplir un programa verdaderamente gigantesco, aunque se esperaba que descansaría un poco, que llegaría el otoño en su magisterio, después de un servicio riquísimo... Fueron años marcados por la Cruz, portadora de una imperiosa llamada a la santidad, como «alto grado» de la vida cristiana ordinaria, vivida siempre bajo la mirada materna de la Madre del Redentor.

La riquísima enseñanza de Juan Pablo II tuvo como fulcro central incentivar a las generaciones del tiempo post-moderno y post-secular⁷ a abrirse a Cristo y a soltar con Él las amarras en todos los recorridos del mundo, en todos los ámbitos de la sociedad, en toda circunstancia y en cada una de nuestras tareas. Nadie ignora y subvalora los continuos desafíos y reclamos hechos por

⁴ Cf. AA.VV., *Il pontificato di Giovanni Paolo II. Storia del cristianesimo 1875-2005*, San Paolo, Cinisello Balsamo 2006.

⁵ Cf. J. GROOTAERS, *Il Concilio, sfida del pontificato di Giovanni Paolo II*, en AA.VV. *Storia della Chiesa*. Paoline, Cinisello Balsamo 1991, vol XXV/2, pp. 69-689.

⁶ JUAN PABLO II, *Fedeltà al Concilio*, primer radiomensaje *Urbi et orbi*, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*. LEV, Ciudad del Vaticano 1979, vol. 1, p. 14

⁷ Sobre los acontecimientos, el pensamiento controvertido y la praxis de este *tempo claroscuro*, en el que Dios aparece y desaparece, y de sus valores en la conciencia y en la vida de los hombres, cfr. F. GENTILONI, *La Chiesa post-moderna. Verità e consolazione*. Donzelli, Roma 1998; H. WERWEYEN, *La teologia nel segno della ragione debole*. Queriniana, Brescia 2001; G. CHIURAZZI, *Il postmoderno*, Mondadori, Milán, 2002; G. REALE, *Valori dimenticati dell Occidente*. Bompiani, Milán 2004; B. FORTE, *Inquietudini della Trascendenza*. Morcelliana, Brescia 2005; C. DOTOLO, *Un cristianesimo possibile. Tra maternità e ricerca religiosa*. Queriniana, Brescia 2007.

el Papa Wojtyła para poner la vida del hombre, la especie más amenazada u olvidada, en el centro de un humanismo sin fronteras y concretamente solidario; su coraje para empujar a la Iglesia a reconocer las culpas del pasado, así como el ejemplo que él mismo dio en favor de una *purificación de la memoria*⁸, en una época de incongruentes revisionismos históricos, en la plena y vencida conciencia de que la purificación de la memoria produce los frutos del Espíritu, es decir, «amor, alegría, paz, paciencia, benevolencia, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí» (Gal 5, 22): dones, todos ellos, útiles para el hombre y la mujer de hoy.

Durante estos años, Juan Pablo II proclamó incansablemente a todos los hombres de buena voluntad, especialmente a los cristianos, la fascinación, el empeño y la *rentabilidad* antropológica y religiosa del *Evangelium vitae*, que es Cristo⁹.

Durante más de veintiséis años de un pontificado carismático (16 de octubre de 1978-2 de abril de 2005)¹⁰, el Papa Wojtyła, a partir del 4 de marzo de 1979 (*Redemptor hominis*), día de la promulgación de la primera encíclica, al 7 de octubre de 2004, día de publicación de la última carta apostólica (*Mane nobiscum Domine*), escribió *14 cartas encíclicas*, que son una expresión viva y autorizada de la extraordinaria fecundidad de su pensamiento y de su intenso magisterio: tres encíclicas trinitarias (*Redemptor*

⁸ Cf. L. ACCATOLI, *Quando il Papa Chiede perdono. Tutti i mea culpa di Giovanni Paolo II*, Mondadori, Milán 1997; COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *Memoria y Reconciliación: la Iglesia y las culpas del pasado*. Presentación de Bruno Forte. Paoline, Milán 2000.

⁹ Cf. P. CARLOTTI, *Teologia morale e magistero. Documenti pontifici*. LAS, Roma 1997.

¹⁰ Cf. A. RICCARDI, *Governo carismatico. 25 anni di pontificato*. Mondadori, Milán 2003; A. SCOLA, *L'esperienza elementare. La vena profonda del magistero di Giovanni Paolo II*. Marietti, Génova 2003; D. DEL RIO, *Karol il Grande. Storia di Giovanni Paolo II*. Paoline, Milán 2003.

hominis; Dives in misericordia; Dominum et vivificantem); tres encíclicas sociales (*Laborem exercens; Sollicitudo rei socialis; Centesimus annus*); tres encíclicas eclesiológicas (*Slavorum Apostoli; Redemptoris missio; Ut unum sint*); tres encíclicas antropológicas (*Veritatis splendor; Evangelium vitae; Fides et ratio*); dos encíclicas que, por varios motivos, bien pueden considerarse «expresivas» de este pontificado y constituyen como una coronación de su apretada enseñanza auténtica (*Redemptoris Mater; Ecclesia de Eucharistia*)¹¹. También hay que contar 8 exhortaciones apostólicas de naturaleza doctrinal y pastoral (*Catechesi tradendae; Familiaris consortio; Reconciliatio et Paenitentia; Christifideles laici; Redemptoris Custos*, sobre san José; *Pastores dabo vobis; Vita consecrata; Pastores gregis*); 5 exhortaciones postsinodales a continuación de los Sínodos continentales de los Obispos (*Ecclesia in Africa; Ecclesia in Asia; Ecclesia in Oceania; Ecclesia in Europa*); 6 cartas apostólicas de una cierta relevancia (*Salvifici doloris; Mulieris dignitatem; Ordinatio sacerdotalis; Orientale lumen; Dies Domini; El rápido desarrollo*, último documento firmado por el Papa pocos días antes de morir); 6 cartas a categorías específicas de personas (*Carta a los niños; A los jóvenes y a las jóvenes del mundo* —a los jóvenes el Papa les envió 19 mensajes con ocasión de las Jornadas Mundiales de la Juventud¹²; *Carta a los ancianos; Carta a las mujeres; Carta a las familias; Carta a los artistas*); 5 cartas apostólicas, en preparación del camino de la Iglesia en el nuevo milenio de la era cristiana (*Tertio millennio adveniente; Incarnationis mysterium; Novo millennio ineunte; Rosarium Virginis Mariae; Mane nobiscum Domine*)¹³.

¹¹ AA.VV., *Giovanni Paolo II teologo*. Nel segno delle encicliche. Mondadori, Milán 2003.

¹² Cf. GIOVANNI PAOLO II, *Cari giovani aprite bene gli occhi!* Tutti i Messaggi 1986-2005. Chirico, Nápoles 2005.

¹³ Cf. AA.VV. *Prendere il largo con Cristo*. Esortazioni e Lettere di Giovanni Paolo II. Cantagalli, Siena 2005.

No hemos podido, evidentemente, mencionar todos los documentos de tan prolífico magisterio: baste pensar que el Papa Wojtyła ha publicado, además de las 14 encíclicas y de las 24 exhortaciones y cartas apostólicas citadas, 11 constituciones apostólicas, 42 cartas y 28 *motu proprio*, sin contar centenares de otros mensajes, alocuciones y las catequesis de los miércoles durante las audiencias generales, así como las innumerables homilias pronunciadas en todo el mundo con ocasión de festividades litúrgicas o de viajes pastorales. Karol Wojtyła también escribió como Papa cinco libros: *Cruzando el umbral de la esperanza* (1994); *Don y misterio* (1996); *Tríptico Romano* (volumen de poesías); *¡Levantaos, vamos!* (2004); *Memoria e identidad* (2005).

En los escritos magisteriales y en otras intervenciones y escritos, Juan Pablo II expuso fuertemente algunas preocupaciones expresas, como por ejemplo en la carta *Tertio millennio adveniente*: la urgencia del tiempo que se ha hecho breve; la disponibilidad para pedir perdón; el escándalo de la división entre los creyentes; del contra testimonio de los cristianos en orden a la justicia y a la paz en el mundo; los mártires corrientes y una fuerte nostalgia del primer milenio; el tiempo de la perfecta *koinonía* entre los discípulos del único Señor Jesús. Trazar un cuadro que resuma el pensamiento y la figura espiritual del Papa Wojtyła es particularmente difícil, dada la multiplicidad y complejidad de los componentes que entran en juego: fue un *filósofo*, un *teólogo*, un *poeta*, un *sacerdote*, un *hombre* verdaderamente singular y poliédrico; un verdadero «peregrino del Absoluto»¹⁴.

¹⁴ Cf. G. REALE, *Karol Wojtyła, un peregrino dell'Assoluto*. Bompiani, Milán 2005.

Un pontificado bajo la mirada de la Madre

En el escudo episcopal y pontificio de Juan Pablo II campea una *Cruz*, evidente referencia a Cristo crucificado, y la letra *M*, inicial del nombre de María de Nazaret, la Madre virginal y la Discípula fiel del Señor Jesús. El lema *Totus tuus* señala la confianza total del gran Pontífice en la Madre del Señor. El pontificado de Karol Wojtyła estuvo señalado por una fuerte connotación mariana: el 25 de marzo de 1983, durante la celebración del Año Jubilar de la Redención, el Pontífice, en comunión con todos los obispos, renovaba la entrega del mundo al Corazón Inmaculado de María, según una indicación de la Virgen en la Cova de Iría-Fátima, entrega que repitió solemnemente durante el Gran Jubileo del año 2000¹⁵; el 25 de marzo de 1987, al finalizar la encíclica *Redemptoris Mater*, establecía la celebración de un Año Mariano (7 de junio de 1987-15 de agosto de 1988) como preparación, recordando a la Madre, de la celebración en el año 2000 del bimilenario del nacimiento del Hijo de Dios. La enseñanza de este gran Siervo de Dios, además, expresa clara y fuertemente la convicción de que en la Madre del Redentor y en la misma mariología, como observó agudamente el cardenal Joseph Ratzinger, colaborador y amigo, «se encuentran todos los grandes temas de la fe»¹⁶.

La encíclica *Redemptoris Mater*, del 25 de marzo de 1987, es sin duda el documento más importante del magisterio mariano de Juan Pablo II. Con ella deja una significativa contribución a la doctrina mariana de la Iglesia Católica, sobre todo por lo que se refiere al camino de fe de María, su mediación materna, la espe-

¹⁵ Cf. S.M. PERRELLA, *Accogliere Maria «donno» e «testimone» del mistero di Cristo. Antico e nuovo in tema de consecrazione mariana*, en *Miles Immaculatae* 37 (2001) pp. 165-185.

¹⁶ J. RATTZINGER, *Le 14 encicliche di Giovanni Paolo II*, en *Communio* 32 (2003) nn. 190-191, p. 9.

cífica dimensión mariana de la espiritualidad cristiana, la maternidad espiritual de María en relación a la Iglesia y a cada uno de los cristianos, la naturaleza de la presencia de María en la vida de la Iglesia y de las Iglesias cristianas¹⁷.

La reflexión sobre la Madre de Jesús llevó muchas veces a Juan Pablo II a afrontar la «cuestión femenina» en el mundo y en la Iglesia, sobre todo en la carta apostólica *Mulieris dignitatem* (15 de agosto de 1988), sobre la dignidad y la vocación de la mujer, colocándola en este tiempo cultural de integración entre lo femenino y lo masculino («unidad en la diferencia y en la reciprocidad»). Mediante la propuesta de la antropología bíblica y la referencia a la persona/figura de María de Nazaret —generalmente dejada de lado o banalizada— que desvela de manera eminente y peculiar a las mujeres su dignidad y su vocación, el Papa Juan Pablo II contribuyó autorizadamente a aclarar el tema, animando a los hombres a reconocer con gratitud el peculiar «genio femenino», marginado y no reconocido por hábitos y patrones culturales y religiosos pluriseculares, que no están de acuerdo con el designio de Dios en Cristo¹⁸.

No se puede olvidar el *Catecismo de la Iglesia Católica*, nacido por la petición del Sínodo de Obispos de 1985 y promulgado en 1992 y publicado en la edición típica latina en 1997 por mandato de Juan Pablo II¹⁹. En este importante subsidio informativo y formativo de la fe católica, la persona, el papel, el significado y

¹⁷ Cf. JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater*, en *Enchiridion Vaticanum*, vol. 10, nn. 1272-1421. La revista *Marianum* en los años 1988 y 1989 dedicó a la encíclica diversos estudios de carácter interdisciplinar; y también *Estudios Marianos* de 1989.

¹⁸ Cf. JUAN PABLO II., *Mulieris dignitatem*, en *Enchiridion Vaticanum*, vol. 11, nn. 1206-1345; A. SERRA, La «*Mulieris dignitatem*». Consensi e dissensi, en *Marianum* 53 (1991) pp. 144-182; C. MILITELLO, *Donna in questione*. Un itinerario ecclesiale di ricerca. Cittadella, Asis 1992.

¹⁹ Cf. AA.VV. *Maria nel Catechismo della Chiesa Cattolica*. Centro di Cultura Mariana «Madre della Chiesa», Roma 1993.

las relaciones que se dan entre María, la Trinidad, Cristo, el Espíritu, la Iglesia y sus miembros, son presentados en las cuatro partes en las que está estructurado el compendio de la fe: la profesión de fe bautismal; los sacramentos de la fe en el misterio pascual de Cristo; la vida de fe; la oración del creyente. No es banal la icástica expresión según la cual «lo que la fe católica cree acerca de María, se funda en lo que cree acerca de Cristo, pero lo que enseña sobre María ilumina a su vez la fe en Cristo» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 487).

Del 6 de setiembre de 1985 al 13 de noviembre de 1997, durante las audiencias de los miércoles, Juan Pablo II dirigió a los fieles presentes 70 catequesis marianas, que constituyen un precioso *vademecum* para quien quiera conocer a la Madre del Señor y para quien haya sido llamado, por deber pastoral y exigencia del corazón, a hablar y a ilustrar su misión. Ningún Papa dedicó tanto tiempo a la catequesis mariana. Aparte de las grandes encíclicas, entre las que destaca la *Redemptoris Mater*, y todos sus documentos, que casi siempre concluyen con una oración especial dirigida a María, Juan Pablo II propuso una orgánica y completa catequesis mariana que podría calificarse como «vida de María», entretejida con preciosos datos del evangelio y de la plurisecular doctrina y piedad eclesial, y la ha ofrecido a la meditación de los fieles de hoy²⁰.

Cultor de expresiones de genuina piedad popular, el Papa Wojtyła mantuvo vivos los piadosos ejercicios del rezo del Ángelus, del *Akatistos* y del Rosario²¹. En la carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae* (16 de octubre de 2002) exhortó a los fieles a

²⁰ Cf. *La Catechesi Mariana di Giovanni Paolo II*. LEV, Ciudad del Vaticano 1988.

²¹ Cf. CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia*, Ciudad del Vaticano 2002: «La veneración de la Santa Madre del Señor».

retomar fervorosamente su recitación y enriqueció el número de los misterios salvíficos contemplados con otros cinco referidos a la vida pública de Jesús, agrupados en un conjunto denominado *Misterios de la luz*²².

En la encíclica del Jueves Santo de 2003, *Ecclesia de Eucharistia*, el Papa dedicó el capítulo VI, «En la escuela de María», a «María, mujer eucarística». La predilección por el tema eucarístico llevó al Santo Padre a la publicación de la carta apostólica *Mane nobiscum Domine*, del 17 de octubre de 2004. Esta carta, ideal y explícitamente unida a otros documentos suyos, retoma y profundiza la relación entre la *Eucaristía y María*²³.

Juan Pablo II, en la memorable visita que hizo a la Pontificia Facultad Teológica «Marianum» (10 de diciembre de 1988) enumeraba la *cuestión ecuménica* entre los temas ineludibles, graves y delicados que se debían afrontar (recordemos la encíclica *Ut unum sint* de 1995 y la carta apostólica *Orientalis Lumen*, de 1995)²⁴, cuestión que «marca profundamente el camino de la Iglesia de nuestro tiempo. En este sentido, las investigaciones, profundas en sus contenidos y respetuosas en la exposición, deberán mostrar a los hermanos de las Iglesias de la Ortodoxia y de la Reforma, que la doctrina católica sobre la Santísima Virgen es, en su esencia, *veritas biblica, veritas antiqua* y, por lo tanto, no puede ser motivo de división»²⁵.

Esta convicción es plenamente compartida en muchos ambientes y por muchas personas de la Reforma, como nuestro

²² Cf. AA.VV. *Riflessioni sulla lettera apostolica «Rosarium Virginis Mariae»*. Quaderni de L'Osservatore Romano, n. 64. LEV, Ciudad del Vaticano 2003.

²³ Cf. S. DE FIORES, *María, donna eucaristica*. Un commento al capitolo VI dell'enciclica Ecclesia de Eucharistia. San Paolo, Cinisello Balsamo 2005.

²⁴ Cf. G. BRUNI, *Servizio di comunione. L'ecumenismo nel magistero di Giovanni Paolo II*. Qiqajon, Magnano 1997.

²⁵ *Acta Apostolicae Sedis* 81 (1989), p. 775.

tiempo lo testimonia cada vez más, no obstante algunas resistencias: los protestantes, también gracias a la *palingenesia mariológica* del catolicismo, han vuelto a abrir el «dossier sobre María», finalizando el ocultamiento mariológico, particularmente evidente y a veces áspero, desde el siglo XVIII. Ahora, también las Iglesias y las teologías de las Iglesias discuten, estudian y buscan puntos de coincidencia sobre la Madre de Jesús, que ya no es vista como *mater divisionis*, sino, como justamente afirmaba San Agustín (+ 430) *mater unitatis* (*Sermo* 192, 2)²⁶.

No podemos dejar de recordar las persistentes y numerosísimas referencias a la Madre de Jesús diseminadas en las múltiples intervenciones y documentos magisteriales que Juan Pablo II publicó en 25 años de servicio pontificio; las innumerables *homilias* o *meditaciones* pronunciadas en conocidos y menos conocidos santuarios de Italia y del mundo, y en sus numerosos viajes nacionales e internacionales. En su servicio pontifical, Juan Pablo II *consagró, confió*, en la línea de la experiencia espiritual de san Luis María Grignion de Montfort y de Maximiliano Kolbe²⁷, a sí mismo y a la Iglesia entera, a la ternura y a la condición ejemplar y celestial de la Madre del Redentor y de la Iglesia, subrayando el *aspecto martirial*: siguiendo a Jesús, el «testigo fiel»

²⁶ Cf. G. BRUNI, *María e la mariologia. Questioni ecumeniche*, en AA.VV. *Prospettive attuali di mariologia*. Monfortane, Roma 2001, pp. 67-83; M. HAUKE, *Introduzione alla Mariologia*. Eupress FTL, Lugano 2008, pp. 293-302: «María, Mater unitatis».

²⁷ Es significativo que Juan Pablo II en la *Redemptoris Mater*, en la cual trata explícitamente de la espiritualidad mariana (cf. RM 48), no use nunca la expresión «consagración a María». Lo subraya también la hermosa carta de la Pontificia Academia Mariana Internacional: «En nuestros días, el concepto de consagración a la Santísima Virgen ha sido frecuentemente objeto de análisis y de reflexiones que están en curso. En este sentido se observa en los textos magisteriales de Juan Pablo II un uso menor del término consagración, en favor de la expresión confiarse» (PONTIFICIA ACADEMIA MARIANA INTERNAZIONALE, *La Madre del Signore*. Memoria Presenza Speranza. PAMI, Ciudad del Vaticano 2000, n. 56, p. 88).

(Ap 1, 5), el devoto de María debe llegar a ser siempre mejor ejemplo de testigo coherente de Cristo, Señor y Salvador (cf. Mt 10, 18.32-33; Lc 21, 12-19) en orden al Reino del Padre.

La enseñanza mariana y mariológica del Papa Wojtyła tuvo la doble finalidad de hacer conocer y amar, en comunión con la gran tradición eclesial, a las generaciones de nuestros días, al Hijo mediante la Madre y a la Madre a través del Hijo, siendo bien consciente de que el pueblo cristiano tiene el derecho y el deber de conocer lo que la Iglesia enseña acerca de la *persona*, el *papel* y el *significado* de la Madre de Jesús en relación con la fe y la vida de fe²⁸. Esta enseñanza, observó Benedicto XVI en una entrevista transmitida en Polonia el 16 de octubre de 2005, «representa un patrimonio riquísimo que aún no ha sido suficientemente asimilado en la Iglesia. Considero que es mi misión, esencial y personal, no emanar muchos nuevos documentos, sino buscar el modo de que estos documentos sean asimilados, porque son un tesoro riquísimo, son la interpretación auténtica del Vaticano II».

En los años del pontificado de Juan Pablo II, la Iglesia con su magisterio, y la teología, han vuelto a motivar y han renovado de manera convincente la mariología, actualizando un modo de proceder en consonancia con la sed sentida hoy de gustar la belleza y la verdad del Misterio²⁹.

Este modo de proceder, que es «antiguo» y «nuevo», permite tomar al santo y humano icono de la Madre de Jesús tal como la

²⁸ Sobre los contenidos teológicos de tan importante y vasto magisterio, me he extendido en S.M., PERRELLA, *La Madre di Gesù nella coscienza ecclesiale contemporanea*. Saggi di teologia. PAMI, Ciudad del Vaticano 2005, pp. 179-296.

²⁹ Véase la excelente panorámica propuesta por A. AMATO, *Maria nell'insegnamento del magistero dal Concilio Vaticano II a oggi*, en AA.VV., *Fons Lucis*. Miscellanea di studi in onore di Ermanno M. Toniolo. Marianum, Roma 2004, pp. 437-472.

divina Revelación la ha *predestinado*, la ha *hecho* y *mostrado* en el relato de la Sagrada Escritura³⁰. Es una empresa que continúa, que apasiona, que empuja más allá de las oscilaciones del tiempo y de los hombres. No se puede olvidar que Santa María está presente desde los comienzos del *hecho cristiano*; más aún, por su persona, su papel y su significado para la fe y para la vida de fe, ha llegado a ser gradualmente parte indeleble del hecho eclesial, como lo demuestra la historia bimilenaria del cristianismo leída e interpretada a la luz de la importante vertiente de la cultura³¹, vertiente, como afirma Stefano Di Fiore, que nos «conduce a vislumbrar a la Madre de Jesús no solamente en el dogma y en el culto de la Iglesia, en el contexto claramente histórico-salvífico y cristológico, sino más aún en la *dinámica cultural* de las distintas épocas como elemento significativo, aunque todavía esté poco estudiado por los historiadores. María aparece en cada época como una figura indispensable que conquista progresivamente el tiempo, el espacio, personas e instituciones, y llega a ser, en las diversas variantes de cada universo simbólico, una persona representativa, fragmento y a la vez síntesis en la que se refleja toda la fe, de la Iglesia, de la sociedad, en una palabra, de cada cultura»³².

Credo, liturgia, piedad popular, teología, praxis pastoral, ecumenismo, interreligiosidad, culturas, etc., son los lugares a través de los cuales la Madre del Señor ha entrado en la concien-

³⁰ Cf. AA.VV., *María secondo le Scritture*, en *Theotokos* 8 (2000) pp. 377-905; AA.VV., *María di Nazaret nella Bibbia*, en *Dizionario di Spiritualità Biblico-Patristica* 40 (2005) pp. 7-395.

³¹ Cf. S. DE FIORES, *María sintesi di valori*. Storia culturale della mariologia. San Paolo, Cinisello Balsamo 2005, pp. 15-38.

³² *Ibidem*, p. 18.

cia eclesial de ayer, de hoy y de siempre³³. Hoy la mariología está cada vez más fuertemente entretrejida con las otras formas del pensamiento y de la propuesta de la fe en el hoy de la Iglesia y del mundo. Ligada a un experimentado estatuto histórico-salvífico y hermenéutico, la mariología será dinámica y creativamente fiel, tanto al irrenunciable y axiológico primado del acontecimiento Palabra-Cristo, como al abigarrado y a veces divagante humor de la cultura humana en la cual está inserta, sin seguir modas pasajeras, sino poniéndose en camino y al servicio de la unidad de los discípulos de Cristo y del hombre y de la mujer de nuestro difícil tiempo post-metafísico, post-moderno, post-cristiano, post-secular, a menudo atormentado por abismales carencias existenciales, de valores y religiosas, pero necesitado de colmarlas sin arriesgarse más a «esperar en lo trágico»³⁴ para reencontrar el gusto de acoger pascalianamente el perenne desafío de la fe³⁵.

El tercer milenio que está comenzando necesita entrar en el cono de luz de la sala nupcial de Caná de Galilea, donde Cristo dio inicio al primero y prototípico de los signos del Reino, manifestó su gloria y creyeron en él (cf. Jn 2, 1-12)³⁶. Ahí la humani-

³³ Cf. I. M. CALABUIG, *Il culto alla Beata Vergine: fondamenti teologici e collocazione nell'ambito del culto cristiano*, en AA.VV., *Aspetti della presenza di Maria nella Chiesa in cammino verso il Duemila*. Marianum, Roma 1989, pp. 190-257; AA.VV., *Mariologia e devozione mariana*, en *Credere oggi* 24 (2004) n. 4, pp. 3-144; F. SCANZIANIK, *Da Lumen gentium VIII ad oggi, il trattato di Mariologia*, en *La Scuola Cattolica* 132 (2004) pp. 75-122; S.M. PERRELLA, *«Quella inconsueta bellezza che si chiama Maria»*. *Il contributo di Giovanni Paolo II*, en *Theotokos* 13 (2005) pp. 275-401.

³⁴ Cf. R. BODEI, *La filosofia del Novecento*. Donzelli, Roma 1997, pp. 22-25.

³⁵ Cf. S. DE FIORES, *Maria sintesi di valori*. Storia culturale della mariologia, cit., 377-548: «Maria nella cultura postmoderna (1989-Inizio Terzo Millennio)»; S. M. PERRELLA, *Credo nel Dio di Gesù Cristo*. La responsabilità del «conoscere» la fede oggi. ISU-Università Cattolica, Milán 2007.

³⁶ Cf. A. SERRA, *Marie à Cana, Marie près de la Croix*. Cerf, Paris 1983, pp. 9-96.

dad de hoy «podrá encontrar la inspiración profética para llenar sus carencias de fiesta, de memoria, de profecía, de don, de belleza, de silencio. Después de las hidrias frías, más aún heladas de la secularización extrema, hace falta que las tinajas se llenen del vino de la edad mesiánica que Cristo ha traído con su Nacimiento (profecía sacrificial de la Cruz) y con su Pascua, milagroso florecimiento del árbol de la Cruz plantado en Navidad sobre aquella «tierra inmaculada» que es la existencia de María. En el tercer milenio se debe presentar el misterio de Caná que celebra el misterio del vino eucarístico, del vino de la gratitud de la criatura y del entusiasmo filial. En el siglo que ha despuntado no es suficiente proponer solamente la ética, aunque esté provista de una ascética rigurosa: a los hombres y mujeres del nuevo milenio se les debe ofrecer el vino de Caná, que da a quien lo bebe la sobria ebriedad mística, porque el cristianismo –se atrevió a decir K. Rahner– en el futuro podrá existir sólo místicamente, lo cual significa sólo de forma *eucarística* y *mariana*»³⁷.

Dos dimensiones, dos formas y dos estilos del vivir y del testimoniar cristiano, fuertemente propuestos por el llorado Juan Pablo II en su largo, apasionado, sufriente y productivo servicio en la *cathedra romana*³⁸. La Madre de Jesús, enseñó hasta el final, es aquella –como también lo enseñan tantas apariciones marianas auténticas y verificadas por parte de la Iglesia³⁹– que continuamente muestra a los fieles la *Oriente Lumen*, es decir, a Jesús que surge cada día en la historia para volver a dar amor, justicia,

³⁷ M. G. MASCIARELLI, *La Maestra*. Lezioni mariane a Cana. LEV, Ciudad del Vaticano 2002, pp. 108-109.

³⁸ Cf. S.M. PERRELLA, *La Madre di Gesù nella coscienza ecclesiale contemporanea*. Saggi di teologia, cit., pp. 238-278.

³⁹ Cf. S.M. PERRELLA, *Le apparizioni mariane*. «Dono» per la fede e «sfida» per la ragione. San Paolo, Cinisello Balsamo 2007; M. GAMBA, *Le lacrime di Maria*. Truffa o prodigio? Messaggero, Padua 2008.

esperanza, bondad, luz y vida que no tiene ocaso, en espera de su gloria.

A las Iglesias y a las comunidades cristianas de este inicio del tercer milenio, Juan Pablo II les ha mostrado la validez y la actualidad de la exhortación celestial «no temas tomar contigo a María» (cf. Mt 1, 20)⁴⁰. En su existencia, Karol Wojtyła entrelazó y vivió con María una tierna, filial y persistente relación, amándola y recibéndola como Madre en el propio «espacio interior», memorial del don pascual que Jesús hizo a cada discípulo suyo. En el Gólgota Jesús «dijo a la Madre: «Mujer, he ahí a tu hijo». Después dijo al discípulo: «He ahí a tu Madre». Y desde ese momento el discípulo la tomó consigo» (Jn 19, 26-27). *Testamentum Domini* que Juan Pablo II insistentemente recordó, profundizó y transmitió a la Iglesia durante los largos años de su servicio petrino.

En la homilía de la Misa exequial del 2 de abril de 2005, presidida por el cardenal Joseph Ratzinger, decano del sacro colegio de los cardenales, el purpurado afirmó que el difunto «Santo Padre encontró el reflejo más puro de la misericordia de Dios en la Madre de Dios. Él, que había perdido en su tierna edad a la mamá, amó aún más a la Madre divina. Sintió como dichas a él, personalmente, las palabras del Señor crucificado: «¡He aquí tu Madre!» E hizo como el discípulo predilecto: la acogió en lo íntimo de su ser (eis tà idia: Jn 19, 27) –*Totus tuus*. Y de la Madre aprendió a conformarse con Cristo»⁴¹.

⁴⁰ Cf. S.M. PERRELLA, «*Non temere di prendere con te Maria*» (Matteo 1, 20). Maria e l'ecumenismo nel postmoderno. Dalla «*Mater divisionis*» alla «*Mater unitatis*». San Paolo, Cinisello Balsamo 2004, pp. 61-94.

⁴¹ *L'Osservatore Romano*, 9 de abril 2005, p. 3.

El conocido pasaje evangélico de Jn 19, 25-27, tan meditado y estudiado⁴² por generaciones enteras de cristianos⁴³, también puede ser tomado como fundamento de la *trayectoria mariana* - como gustó definirla él mismo Juan Pablo II en su libro *Don y misterio*⁴⁴- que siempre unió al discípulo de Jesús Karol Wojtyła con María, Madre del Redentor.

Juan Pablo II fue persuadido por la meditación de este gran misterio de salvación, y con su intenso magisterio mariano «nos ha convencido de que María nos lleva a Cristo» y que «también Cristo nos lleva a su Madre»⁴⁵. Concluyendo el párrafo dedicado a su formación y experiencia mariana y mariológica, el Papa Wojtyła escribe: «Mirando hacia atrás constato cómo 'todo está relacionado': hoy como ayer *nos encontramos con la misma intensidad en los rayos del mismo misterio*»⁴⁶.

⁴² Para una lectura exegética y teológica, cf. I. DE LA POTTERIE, *Maria nel mistero dell'alleanza*. Marietti, Génova 1988, pp. 227-251; A. SERRA, *Maria a Cana e presso la Croce*. Saggio di mariologia giovannea. Centro di Cultura Mariana «Madre della Chiesa», Roma 1991, pp. 79-127; AA.VV., *La Madre di Gesù presso la Croce*, in *Theotokos* 7 (1999) pp. 319-611; R. INFANTE, *Lo sposo e la sposa*. Percorsi di analisi simbolica tra Sacra Scrittura e cristianesimo delle origini. San Paolo, Cinisello Balsamo 2004, pp. 141-150; A. VALENTINI, *Maria secondo le Scritture*. Figlia di Sion e Madre del Signore. EDB, Bologna 2007, pp. 303-324.

⁴³ En la historia de la interpretación del pasaje joánico, se ha pasado de una interpretación que veía en las palabras de Jesús la preocupación filial por la Madre a quien dejaba sin ningún apoyo, a la interpretación místico-simbólica que evidencia la maternidad espiritual de María. En la primera orientación, que prevalece en la exégesis patristica antigua, se sostiene tanto la idea de la virginidad perpetua de María, que después de Jesús no habría tenido otros hijos, como la de dar un ejemplo moral válido para todos los creyentes. La otra orientación, predominante a partir de la exégesis medieval pero ya presente en Ambrosio de Milán, ve en Juan 19, 25-27, la proclamación de la maternidad espiritual de la Virgen respecto a todos los futuros discípulos de Jesús (cf. E.M. TONIOLO, *Gv 19, 25-27, nel pensiero dei Padri*, en *Theotokos* 7 (1999), pp. 339-386).

⁴⁴ JUAN PABLO II, *Don y misterio*. Autobiografía, Plaza y Janés, Barcelona 1997, p. 40.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 43

⁴⁶ *Ibidem*, p. 45.

Acontecimiento de confianza y de recíproco darse entre la *Mater Misericordiae*⁴⁷ y los discípulos del Señor, tan a menudo presente en la enseñanza del Papa Juan Pablo II.

El magisterio de Juan Pablo II sobre Santa María, su gran capacidad de ser para la Iglesia y para cada creyente *conciencia crítica y socio-liberadora* cara a la evangélica Civilización del amor y de la justicia⁴⁸; su poderosa y clemente mediación materna en nuestro favor, que se desarrolla en Cristo Mediador, en el Espíritu Paráclito, en comunión con la Iglesia, sacramento universal en la *celestial compañía* de los santos del cielo y de los justos de la tierra⁴⁹, es la finalidad principal de libro *Todo por medio de María. Juan Pablo II y la mediación materna de la Santísima Virgen*, que el presbítero Jaime Fuentes ha escrito con genuina inteligencia de

⁴⁷ La misericordia de María es participación de la de Dios, de la cual ella es la principal beneficiaria en su concepción inmaculada; gracia de redención y de salvación que la misma Virgen pide insistentemente a la Trinidad para todos sus hijos e hijas, expuestos al pecado, a peligros y afanes, y deseosos de una acogida restauradora. Es la bondad divina de la cual la Madre de Cristo misericordioso nos hace participar con su mediación materna; *munus maternum* (cf. *Lumen gentium* 60-62; *Redemptoris Mater* 38-50) que el magisterio de los Padres, de los Papas y de los Obispos enseña y la misma liturgia de la Iglesia celebra (cf. AA.VV., *María Madre di Misericordia*. Monstra te esse Matrem. A cura di Piergiorgio Di Domenico-Elio Peretto. Messaggero, Padua 2003).

⁴⁸ Esta dimensión socio-liberadora de la Virgen, de la doctrina y de la piedad mariana, así como de las mismas mariofanías, constructiva y profética dimensión tenida bien en cuenta por el magisterio de Juan Pablo II, es fuertemente subrayada y estudiada con gran pericia por el teólogo y profesor brasileño en el «Marianum» de Roma, C. BOFF, *Mariologia social*. O significado da Virgem para a Sociedade. Paulus, Sao Paulo (Brasil), 2006.

⁴⁹ Cf. C. PÉREZ TORO, *La cooperación de María a la obra del Redentor en el «boy» de la Iglesia*. S.e., Roma 2005, pp. 347-568; S. DE FIORES, *Mediatrice*, en IDEM, *María*. Nuovissimo Dizionario. EDB, Bologna 2006, vol. 2, pp. 1081-1141; S. M. PERRELLA, *María cooperatrice di salvezza nel Concilio Vaticano II e nella «Redemptoris Mater» di Giovanni Paolo II*, en AA.VV., *In Cristo unico Mediatore María cooperatrice di salvezza*. A cura di Oliviero Franzoni y Francesco Bacchetti. AMI, Roma 2008, 101-162.

amor, para que los lectores y las lectoras asuman la sabia indicación que nos dejó como testamento Juan Pablo II: abrid las puertas de vuestra existencia a Cristo, Hijo de Dios e hijo del hombre, abandonaos en la filial confianza en la Madre del Señor, que la Iglesia del tercer milenio muestra con alegría como *Buena Pastora*⁵⁰.

El *buscador* de Dios del tiempo postmoderno deberá dejarse *tocar y traspasar* por la Gracia, la única que hace concreta, fecunda y estable la hermosa aventura de la fe⁵¹. Esta fue la aventura histórica de María de Nazaret. Al mismo tiempo es necesario, como María, buscar y buscar continuamente este gran don de la Gracia que es Cristo; buscarlo por Él y buscarlo para los otros: este es el constante magisterio y la constante oración de Santa

⁵⁰ Cf. B. AMATA, *La Vergine Maria «Buona Pastora»*. «L'Erma di Bretschneider», Roma 1992.

⁵¹ La lectura de un escrito de Joseph Ratzinger sobre la obra de San Agustín *El poder y la gracia*, es provechosa para contribuir a eliminar un residuo de error semipelagiano, que consiste en la tentación de transformar el cristianismo en un moralismo y de concentrar todo sobre la acción moral del hombre. Es una tentación fuerte y actual, «porque el hombre se ve sobre todo a sí mismo. Dios permanece invisible, intocable y, en consecuencia, el hombre se apoya sobre la propia acción. Pero si Dios no actúa, si Dios no es un verdadero sujeto agente en la historia, que entra también en mi vida personal, ¿entonces qué quiere decir redención? ¿Qué valor tiene nuestra relación con Cristo y con Dios trino? Me parece que reducir el cristianismo a un moralismo es una grandísima tentación también en nuestro tiempo... Parece que no hay espacio para que Dios pueda actuar en la historia humana y en mi vida. Y entonces tenemos la idea de que Dios no puede entrar más en este cosmos, hecho y cerrado contra Él. ¿Qué es lo que queda? *Nuestra acción*... Y, si se piensa así, el cristianismo entonces ha muerto, el lenguaje religioso llega ser un lenguaje puramente simbólico» (J. RATZINGER, *Presentazione*, en *30 Giorni* 23 (20005) pp. 49-50; cf. todo el artículo en pp. 47-51). Sobre el gran tema de la gracia y del hombre que responde a ella, cf. E. MALNATI, *Antropologia teologica*. Piemme, Casale Monferrato 2002, pp. 71-215; F.G. BRAMBILLA, *Antropologia teologica*. Chi è l'uomo perchè tene curi? Queriniana, Brescia 2005, pp. 413-475.

María, *Inventrix gratiae*⁵², verdadera buscadora y dadora de Jesucristo, buen pastor de nuestras almas.

Al presbítero Jaime Fuentes, mi personal gratitud por este hermoso testimonio de amor y de servicio pastoral a la Madre del único Mediador y Salvador Jesucristo.

⁵² El término latino *invenire* significa *encontrar*, pero implica también el sentido de una *búsqueda precisa*. Esta última tiene necesariamente una finalidad: la caridad de María no busca el propio interés, sino el nuestro. Esta radicalidad es la misma radicalidad de Dios. La hermosa y comprometida expresión *Inventrix gratiae*, que expresa la búsqueda diaria de la Gracia divina por parte de la Virgen, estrechamente emparentada con el tema de la caridad, fue acuñada por san Bernardo de Claraval (+ 1153) basándose en el pasaje de Lc 1, 30-31. La expresión permanece como una de las más bellas y adivinadas de San Bernardo, un *chef de file* de la mariología del siglo XII (cf. E. IABL CZYNSKI, *Maria nella gloria. Assunzione e mediazione di grazia in san Bernardo*, en *Marianum* 54 (1992) pp. 173-174).

INTRODUCCIÓN

Nos tomó por sorpresa. Apareció de repente en la escena del gran teatro del mundo y, como si conociera desde siempre su papel, empezó a interpretarlo con tanta convicción y entrega que se robó la obra.

El éxito le acompañó desde sus primeras representaciones y debió ir a los escenarios de toda la Tierra. En ellos le vieron, le escucharon y aplaudieron una Babel de hombres y mujeres que, cuando se marchaba, sentían en sus almas la frescura de un soplo de Dios.

Decir que su papel fue difícil es decir casi nada: ¿cómo calificar la misión de representar a Jesucristo? Y hacerlo durante más de 26 años, todos los días, en todos los idiomas, con sol y lluvia, sin distinción de personas...

Sí, el éxito le acompañó. Le acompañó como a Aquel a quien debió personificar, que triunfó en el último acto de la obra, destrozado hasta morir.

Condiciones humanas de inteligencia, de memoria, de preparación intelectual, de simpatía -lo que llamamos «carisma»-, tuvo

en abundancia. Pero ellas fueron solamente la envoltura del misterio de un hombre, que el 16 de octubre de 1978 se presentó al mundo diciendo que venía «de un país lejano»...

Confesó desde el balcón de San Pedro que había sentido miedo al recibir su designación, pero que la había aceptado **con espíritu de obediencia y con confianza plena en su Madre, la Virgen Santísima**. Al terminar su breve saludo reiteró que se presentaba a todos, **para confesar nuestra fe común, nuestra esperanza y nuestra confianza en la Madre de Cristo y de la Iglesia**.

¿Qué es confiar? Confiar es tener fe, es ponerse en las manos de quien se sabe que no defraudará. La confianza es el arranque instintivo del hijo, que busca a su madre con la completa certeza de su auxilio. Menos de un minuto habían durado las palabras de saludo del nuevo Papa y dos veces se había referido, espontáneamente, a su confianza en la Santísima Virgen.

Después de la elección se conoció su escudo, que había ideado en 1958, cuando fue nombrado obispo. No se trataba, ciertamente, de una composición sujeta a las reglas de la heráldica, sino que estaba inspirado en los dos inseparables amores de su vida: en la Cruz de Cristo y la *M* de María, estaba resumida su existencia.

Con el paso del tiempo, Juan Pablo II iría descubriendo a los hombres su «trayectoria mariana», **el especial ligamen que me une a la Madre de Dios de forma siempre nueva**.¹

La primera forma, la más antigua, está ligada a las visitas durante la infancia a la imagen de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro en la iglesia parroquial de Wadowice,² su ciudad natal. En ella, sobre una colina, había también un mo-

¹ JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Barcelona 1994, p. 208.

² *Ibid.*

nasterio carmelita. Muchos habitantes de Wadowice acudían allí, y esto tenía su reflejo en la difundida devoción al escapulario de la Virgen del Carmen. También yo lo recibí, creo que cuando tenía diez años, y aún lo llevo.³

Pero fue sobre todo en el santuario de *Kalwaria Zebrzydowska*, próximo a Cracovia y a Wadowice (...), por el que siento gran cariño,⁴ donde el Papa *encontró* a Jesús y a su Madre.

Si hay «lugares» en los que la presencia de la Virgen se siente de un modo particular, *Kalwaria* debe señalarse especialmente: este santuario regional (al que acuden un millón de peregrinos cada año) tiene una particularidad, la de ser no solamente mariano, sino también profundamente cristocéntrico.⁵

Kalwaria es fruto de la fe de un hombre del siglo XVII, el príncipe Mikolaj Zebrzydowski, el cual, movido por el amor a la Pasión de Cristo, quiso reproducir en su tierra, con la mayor fidelidad posible, los lugares que Jesús santificó con su vida y su muerte en la Cruz.

En el año 1600 se comenzó la construcción de la capilla de la Crucifixión del Señor, en la ladera del monte Zarek. Después, usando una maqueta a escala traída de Jerusalén, se fueron edificando otras, con el fin de hacer una reconstrucción completa de todos los lugares relacionados con la Pasión y Muerte de Cristo.

A medida que avanzaban las obras (las «capillas» son verdaderas iglesias para centenares de fieles), fueron cambiando los nombres de algunos accidentes orográficos del lugar: el monte Zarek pasó a llamarse Gólgota; una prominencia cercana pasó a ser el monte de los Olivos; el riachuelo Skawinka fue denominado torrente Cedrón...; etc.

³ JUAN PABLO II, *Don y Misterio*, Barcelona 1997, p. 43.

⁴ JUAN PABLO II, *¡No tengáis miedo!*, Barcelona 1982, p. 132.

⁵ *Cruzando el...* p. 209.

A la muerte de Zebrzydowski, en 1620, su hijo Jan y su nieto Michael, herederos de su fe, continuarían la obra iniciando una segunda serie de capillas, dedicadas a momentos de la vida de María. *Kalwaria* se convirtió así en un centro de peregrinaciones dedicado al mismo tiempo a la Pasión del Señor y a su Madre Santísima. Está formado por 41 iglesias, capillas y otros lugares sagrados, extendidos a lo largo de un circuito de unos 8 kilómetros. Los dos itinerarios -el del Hijo y el de la Madre- discurren en sentidos contrarios, pero paralelos, como reflejando la unidad de sentimientos de sus corazones durante toda la Pasión. El camino de Cristo comprende 28 estaciones; el de la Virgen abarca 24, de las cuales 11 son comunes a las del camino de Cristo. «El símbolo más poderoso del carácter cristocéntrico de la piedad mariana de *Kalwaria* es el cruce de las dos sendas en una de las iglesias más grandes del santuario, la capilla de la Asunción de María a los Cielos. Su situación y diseño se anticiparían a las enseñanzas del Concilio Vaticano II de que María, la primera creyente, es el primer fruto de la obra redentora de Cristo».⁶

Karol, el padre del futuro Papa, llevó a su hijo por primera vez a *Kalwaria*, un año después de fallecer su esposa, Emilia, el 13 de abril de 1929. Desde entonces, y más aún cuando llegó a ser sacerdote y obispo, **iba allí con frecuencia y caminaba en solitario por aquellas sendas presentando en la oración al Señor los diferentes problemas de la Iglesia, sobre todo en el difícil periodo que se vivía bajo el comunismo.**⁷

Además de *Kalwaria*, otro «lugar» de la Virgen que tuvo particular importancia en la trayectoria mariana de Juan Pablo II fue el santuario de *Jasna Gora*, con su icono de la Señora Negra, des-

⁶ G. WEIGEL, *Biografía de Juan Pablo II. Testigo de esperanza*, Barcelona 1999, p. 51.

⁷ *Don y misterio*, p. 45.

de hace siglos venerada como Reina de Polonia. Éste es el santuario de toda la nación. De su Señora y Reina la nación polaca ha buscado durante siglos, y continúa buscando, el apoyo y la fuerza para el renacimiento espiritual.⁸

En efecto, desde que en 1382 llegaron provenientes de Hungría los monjes de San Pablo a Czestokowa, trayendo consigo el icono de la Virgen que depositaron en una pequeña iglesia edificada sobre el Monte Claro (Jasna Gora), que se encuentra en la parte occidental de la ciudad, la Madre de Jesús allí venerada ha sido la referencia religiosa y patriótica de Polonia a lo largo de las muchas vicisitudes de su historia.

La confianza de Karol Wojtyla en María se forjó en lugares de oración y por medio de lecturas. Durante la Segunda Guerra Mundial, mientras trabajaba de obrero en la fábrica Solvay, cayó en sus manos un libro que tendría una gran influencia en su vida espiritual: el *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, de San Luis María Grignon de Monfort, escrito alrededor de 1700. Recuerdo que lo llevé mucho tiempo en el bolsillo, incluso en la fábrica de sosa, y que sus hermosas tapas se mancharon de cal. Releía una y otra vez algunos de sus pasajes.⁹ Gracias a esta obra comprendí que la verdadera devoción a la Madre de Dios es, sin embargo, cristocéntrica, más aún, que está profundamente radicada en el Misterio trinitario de Dios, y en los misterios de la Encarnación y la Redención.¹⁰ Karol Wojtyla, que estaba ya convencido de que *María nos lleva a Cristo*, en aquel periodo empezó a entender que también *Cristo nos lleva a su Madre*.¹¹

⁸ *Cruzando el umbral*, p. 209.

⁹ *¡No tengáis miedo!*, p. 130.

¹⁰ *Cruzando el umbral*, p. 207s.

¹¹ *Don y misterio*, p. 43.

«TOTUS TUUS» rezaba la leyenda del escudo que compuso al ser nombrado obispo. La expresión deriva de San Luis María Grignon de Monfort. Es la abreviatura de la forma más completa de la consagración a la Madre de Dios, que dice: «*Totus tuus ego sum et omnia mea tua sunt. Accipio Te in mea omnia. Praebe mihi cor Tuum, Maria*»¹² (Soy todo tuyo y todas mis cosas son tuyas. Te recibo a Ti en todas ellas. Recíbeme, María, en Tu corazón).

* * * * *

El nuevo Papa era *todo de María*, pero su pertenencia a la Virgen no era solamente una devoción privada: **no se trata sólo de una necesidad del corazón, de una inclinación sentimental, sino que corresponde también a la *verdad objetiva* sobre la Madre de Dios.**¹³ ¿Cuál es esta verdad?

A lo largo de los siglos y hasta hoy, escritores y músicos, poetas, escultores y pintores, obispos, sacerdotes y fieles laicos, mujeres y hombres, teólogos sabios y gentes sencillas han expresado con sus obras y por medio de su oración dirigida a María, la certeza esencial de que la Madre de Jesús es también Madre nuestra y, en consecuencia, que cuida personalmente de sus hijos e intercede delante de Dios en favor de ellos. El «título» que la acredita como *Mediadora* es la cooperación activísima que prestó al plan de Dios, engendrando a su Hijo, dándole a luz, alimentándolo, cuidándolo y padeciendo con Él en el extremo dolor de la Cruz, hasta su muerte.

Esta es la *verdad objetiva* sobre la Santísima Virgen, como siempre ha sido creída, vivida y enseñada en la Iglesia. Lo que

¹² *Cruzando el umbral*, p. 208.

¹³ *Ibid.*

ocurre es que, durante más de un cuarto de siglo, Juan Pablo II profundizó doctrinalmente como nadie antes en esa verdad y, con su ejemplo de honda piedad mariana, ha dejado a la Iglesia una preciosa herencia. El propósito de estas páginas es abrir el cofre de sus enseñanzas sobre la mediación maternal de la Virgen y exponer esas joyas a la contemplación de todos.

Los papas ejercen su misión de enseñar por medio de documentos de distintas clases: encíclicas, exhortaciones y cartas apostólicas, discursos, alocuciones, catequesis, homilías, mensajes... Juan Pablo II, superlativo en todo, escribió 14 encíclicas, 15 exhortaciones apostólicas, 11 constituciones apostólicas y 45 cartas apostólicas; pronunció innumerables homilías y discursos, mensajes y alocuciones, publicó 5 libros... ¿Cómo manejar un volumen de documentación tan enorme?

En la Constitución dogmática *Lumen gentium* se encuentran las pistas que hay que seguir para conocer «la mente y la voluntad» del Sucesor de Pedro y adherirse a ella: es necesario, en primer lugar, atender a «la índole de los documentos» (una encíclica es más importante que un mensaje, por ejemplo), fijándose si se verifica en ellos una «frecuente exposición de la misma doctrina» y, por último, estudiar «el modo de expresarse» (n. 25), es decir, sus acentos, sus énfasis, los recursos que revelan su intención.

Estudiando el magisterio de Juan Pablo II a la luz de estas indicaciones, he ido de asombro en asombro, al advertir que *su entero pontificado* —sus dificultades, sus esperanzas y sus logros— está iluminado por la *mediación materna* de la Santísima Virgen. Gracias a ella, explicada en todos sus matices, la Iglesia dispone de un recurso de incomparable valor para enfrentar los desafíos de nuestro tiempo y de los tiempos futuros.

Lo importante de estas páginas son, naturalmente, las palabras del Papa; ellas piden ser meditadas muchas veces, las necesarias para llegar a tener *con* la Virgen y *en* la Virgen la misma

plena confianza con que Juan Pablo II recurrió a su intercesión materna.

En la homilía del funeral por Juan Pablo II, el 8 de abril de 2005, el Cardenal Joseph Ratzinger lo despidió de una manera inolvidable:

El Santo Padre encontró el reflejo más puro de la misericordia de Dios en la Madre de Dios. Él, que había perdido a su madre cuando era muy joven, amó todavía más a la Madre de Dios. Escuchó las palabras del Señor crucificado como si estuvieran dirigidas a él personalmente: «¿Aquí tienes a tu madre!». E hizo como el discípulo predilecto: la acogió en lo íntimo de su ser (eis ta idia: Jn 19,27)-Totus tuus. Y de la madre aprendió a conformarse con Cristo.

Ninguno de nosotros podrá olvidar cómo en el último domingo de Pascua de su vida, el Santo Padre, marcado por el sufrimiento, se asomó una vez más a la ventana del Palacio Apostólico Vaticano y dio la bendición Urbi et Orbi por última vez. Podemos estar seguros de que nuestro amado Papa está ahora en la ventana de la casa del Padre, nos ve y nos bendice. Sí, bendíganos, Santo Padre. Confiamos tu querida alma a la Madre de Dios, tu Madre, que te ha guiado cada día y te guiará ahora a la gloria eterna de su Hijo, Jesucristo Señor nuestro. Amén.

I. LA IGLESIA, PROPIEDAD DE MARÍA

Las primeras palabras del nuevo Papa fueron una confesión del miedo que había experimentado al recibir su designación como sucesor de Pedro. Pero su ánimo cambió en cuestión de horas: por la confianza en la ayuda maternal que le prestaría la Santísima Virgen para llevar la carga recibida, Karol Wojtyla será capaz, precisamente, de exhortar a los hombres y mujeres del mundo entero a no tener miedo.

Al día siguiente de ser elegido, durante la Misa concelebrada con los cardenales en la Capilla Sixtina, Juan Pablo II abre su corazón para confiarles el estado de su espíritu: **En esta gran hora decisiva que hace temblar, no podemos menos de dirigir, con filial devoción, nuestra mente a la Virgen María, que siempre vive y actúa como Madre en el misterio de Cristo y de la Iglesia, repitiendo las palabras *Totus tuus* todo tuyo, que hace veinte años escribimos en nuestro corazón y en nuestro escudo, el día de nuestra ordenación episcopal.**¹⁴

¹⁴ *L'Osservatore Romano*, edición en lengua castellana, 29-X-1978, p.8. Los destacados en cursiva que aparecen en el texto corresponden al original.

Cinco días más tarde, el 22 de octubre, con la Misa celebrada en la Plaza de San Pedro, comenzó oficialmente su servicio a la Iglesia universal. Nuevamente habla del miedo, pero desde una óptica por completo diferente: se dirige a todos los hombres y mujeres de la Tierra animándolos con emoción inolvidable:

¡No tengáis miedo de acoger a Cristo y de aceptar su potestad! (...) ¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo! ¡Abrid a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas económicos y los políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo! ¡No tengáis miedo!...¹⁵.

Años más tarde, cuando el comunismo haya caído y millones de hombres y mujeres gocen de libertad para conocer y dar a conocer su fe en Cristo -¡se abrieron las puertas!- el Papa confesará que **no era plenamente consciente de lo lejos que me llevarían a mí y a la Iglesia entera (esas palabras). Su contenido provenía más del Espíritu Santo (...) que del hombre que las pronunciaba.**¹⁶

¿Cómo pudo hacerse realidad este sueño, inimaginable en 1978, cuando el mundo vivía en el «equilibrio» del miedo provocado por el poder atómico? Será necesario ir paso a paso, reconociendo la intercesión eficaz de la Madre, a la que el Papa acudió desde los primeros pasos de su pontificado.

Madre de la Iglesia

Al terminar la tercera sesión del Concilio Vaticano II, el 21 de noviembre de 1964, los obispos asistieron al acto de clausura

¹⁵ *Ibid.*, 29 X 1978, p. 4.

¹⁶ JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral*, p. 213

que tuvo lugar en la Basílica de Santa María la Mayor. Fue entonces cuando Pablo VI, «*para gloria de la Virgen y consuelo nuestro*» proclamó «*a María Santísima Madre de la Iglesia, es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores que la llaman Madre amorosa*» expresando su deseo de que «*de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título*». ¹⁷ Un aplauso magnífico —entre ellos, el del arzobispo de Cracovia, mons. Karol Wojtyła— interrumpió al Papa en su discurso...

María, «Madre de la Iglesia». Juan Pablo II siente la necesidad de confiarle a Ella el entero pueblo de Dios que se le ha encomendado. El 8 de diciembre visita por primera vez la Basílica de Santa María la Mayor, conmovido por el recuerdo de aquella solemne ocasión... En su homilía dirá, con total seguridad y sencillez, la misión que tiene la Virgen:

María está llamada a llevar a todos al Redentor. ¹⁸ Y enseguida adelanta una idea que será permanente en su magisterio mariano: por su mediación universal, fruto de su maternidad divina y espiritual, la Virgen llevará la gracia de la Redención también a aquellos que más alejados están de su Hijo: **María está llamada a dar testimonio de Él aun sin palabras, sólo con el amor, en el que se manifiesta la índole de la Madre. A acercar incluso a quienes oponen más resistencia, para los que es más difícil creer en el amor; que juzgan al mundo como un gran campo «de lucha de todos contra todos» (como ha dicho uno de los filósofos del pasado). Está llamada a acercar a todos, es decir, a cada uno a su Hijo.** ¹⁹

¹⁷ PABLO VI, Discurso 21-XI-1964, en *CONCILIO VATICANO II, Constituciones, Declaraciones, Decretos*, Madrid 1995, p. 793s

¹⁸ *Ibid.*, 17-XII-1978, p. 2.

¹⁹ *Ibid.*

Después, con sentidas palabras que salen de su corazón, pone a la Iglesia entera en las manos de María Santísima. Lo hace porque es consciente de la lucha entre el bien y el mal, que invade el corazón de cada hombre, que se desarrolla en la historia de la humanidad. (...) Por esto el Papa, en los comienzos de su servicio episcopal en la Catedral de San Pedro en Roma, desea confiar la Iglesia de modo particular a Aquella en quien se ha cumplido la estupenda y total victoria del bien sobre el mal, del amor sobre el odio, de la gracia sobre el pecado. (...) El Papa confía a la Virgen su propia persona, como siervo de los siervos, y le confía a todos a quienes sirve y a todos los que sirven con él. Le confía la Iglesia romana, como prenda y principio de todas las Iglesias del mundo, en su universal unidad. ¡Se la confía y se la ofrece como propiedad suya! *Totus tuus ego sum et omnia mea tua sunt. Accipio Te in mea omnia!* (Soy todo tuyo, y todas mis cosas tuyas son. Sé Tú mi guía en todo).²⁰

Con la Virgen de Guadalupe

104 viajes fuera de Italia hizo Juan Pablo II. El primero de ellos, tres meses después de su elección, a la Virgen de Guadalupe, Patrona de México y de América Latina; el último, siete meses antes de morir, en el límite de sus fuerzas, a Lourdes.

La ocasión para ir a visitar a «La Morenita» fue la invitación que le hicieron los obispos de nuestro continente, que se reunirían en Puebla de los Ángeles. El sábado 27 de enero, acompañado por todos los representantes de los episcopados de Latinoamérica y delante de la imagen milagrosa de la Virgen de

²⁰ *Ibid.*, p. 8.

Guadalupe, el Papa destacará que **tras cinco siglos de evangelización, casi la mitad de la Iglesia Católica se encuentra en este continente, arraigada en la cultura del pueblo latinoamericano y formando parte de su identidad propia**²¹. Por eso se dirige a la Virgen en confiada oración diciéndole:

Permite pues que yo, Juan Pablo II, Obispo de Roma y Papa, junto con mis Hermanos en el Episcopado que representan a la Iglesia de México y de toda la América Latina, en este solemne momento, confiemos y ofrezcamos a Ti, sierva del Señor, todo el patrimonio del Evangelio, de la Cruz, de la Resurrección, de los que todos nosotros somos testigos, apóstoles, maestros y obispos.

Enseguida, una catarata de ruegos a la Virgen:

¡Oh, Madre! Ayúdanos a ser fieles dispensadores de los grandes misterios de Dios. Ayúdanos a enseñar la verdad que tu Hijo ha anunciado y a extender el amor, que es el primer mandamiento y el primer fruto del Espíritu Santo. Ayúdanos a confirmar a nuestros hermanos en la fe, ayúdanos a despertar la esperanza en la vida eterna. Ayúdanos a guardar los grandes tesoros encerrados en las almas del Pueblo de Dios que nos ha sido encomendado.

Pocas semanas atrás, el Papa había ofrecido la Iglesia en propiedad a la Virgen. En México quiso reiterar el ofrecimiento de la Iglesia que vive en Latinoamérica, rogándole también con plena seguridad:

Te ofrecemos todo este Pueblo De Dios. Te ofrecemos la Iglesia de México y de todo el Continente. Te la ofrecemos como propiedad Tuya. Tú, que has entrado tan adentro en los corazones de los fieles a través de la señal de Tu presencia, que es Tu imagen en el Santuario de Guadalupe,

²¹ Homilía 27-I-1979, en www.vatican.va

vive como en **Tu casa** en estos corazones, también en el futuro. Sé una de casa en nuestras familias, en nuestras parroquias, misiones, diócesis y en todos los pueblos.

Confianza en la intercesión de María, en Guadalupe igual que en Roma; a Ella se dirige con la seguridad de **que Tú estarás con nosotros, y nos ayudarás a realizar lo que Tu Hijo nos ha mandado**. Seguridad completa en la Madre, que le lleva a dirigirse a Ella audazmente: **te traemos esta confianza ilimitada y con ella yo, Juan Pablo II, con todos mis Hermanos en el Episcopado de México y de América Latina, queremos vincularte de modo todavía más fuerte a nuestro ministerio, a la Iglesia y a la vida de nuestras naciones. Deseamos poner en Tus manos nuestro entero porvenir, el porvenir de la evangelización de América Latina.**²²

¡Todo por medio de María!

El Santuario de Jasna Gora, donde se venera a la Virgen de Czestokowa, Reina de Polonia, fue el tercer escenario en el que Juan Pablo II entregó la Iglesia a la Virgen. Solemnemente lo había hecho en Roma y en Guadalupe; pero, en su patria, la trascendencia del acto alcanzó una importancia definitiva.

El 4 de junio de 1979, junto con el episcopado polaco en pleno y ante millones de fieles, celebra la Misa en la inmensa explanada del santuario. En su homilía habla como Pastor Supremo de la Iglesia y hace afirmaciones de extraordinario relieve acerca de la mediación de la Santísima Virgen:

- a) enseña que es una doctrina que debe hacerse vida en toda la Iglesia;

²² *Ibid.*

- b) compromete su suprema potestad de magisterio proclamando que la mediación de la Virgen es la *interpretación auténtica* es decir, llena de la autoridad que le viene de Cristo de la doctrina del Concilio Vaticano II sobre la Madre de Dios;
- c) recurre al testimonio de la Tradición de los santos para fundamentar su enseñanza.

Nos encontramos, pues, ante un texto clave de su magisterio, que el Papa ofrece a la Iglesia apenas ocho meses después de comenzar su pontificado.

En su homilía recordó que el 3 de mayo de 1966, el episcopado polaco había realizado en Jasna Gora un acto de consagración a la Madre de Dios, por la libertad de la Iglesia en el mundo y en Polonia. ¿Cuál fue la esencia de ese acto que ahora asume como propio el Vicario de Cristo? Lo resumió así:

Es un grito que parte del corazón y de la voluntad; grito de todo el ser cristiano, de la persona y de la comunidad por el pleno derecho de anunciar el mensaje salvífico; grito que quiere hacerse universalmente eficaz arraigándose en la época presente y en la futura. ¡Todo por medio de María! Y añade: Esta es la interpretación auténtica de la presencia de la Madre de Dios en el misterio de Cristo y de la Iglesia, como proclama el capítulo VIII de la Constitución *Lumen gentium*. Y concluye: Esta interpretación se ajusta a la tradición de los santos como Bernardo de Claraval, Grignon de Monfort, Maximiliano Kolbe.²³

A lo largo y a lo ancho del mundo, en el transcurso de sus viajes pastorales, Juan Pablo II consagrará y confiará a María Santísima la Iglesia y las naciones que visite, subrayando repetidas veces la fe en su intercesión. Pero el acto realizado en Polo-

²³ Homilía en Jasna Gora, 4-VI-1979, *L'Oss. Romano*, 10-VI-1979, p. 12

nia tiene una relevancia única: además de las razones expuestas, el Vicario de Cristo afirmó que la mediación de la Virgen quiere *hacerse universalmente eficaz*, es decir, debe llegar a ser una verdad vivida por toda la Iglesia, y tan intensamente vivida, que arraigue *en la época presente y en la futura*, en la nueva etapa de la Iglesia y del mundo que comenzaría al terminar el siglo XX.

Al final de la homilía contempla a María Santísima en el centro de esta hora de la historia y exclama: **por tanto, te confío, oh Madre de la Iglesia, todos los problemas de esta Iglesia, toda su misión, todo su servicio, mientras está para concluir un milenio de la historia del cristianismo en la tierra.**²⁴

Antes de leer el acto de consagración a la Virgen, se dirigió a los obispos que le acompañaban para rogarles delicadamente:

Permitid que, como Sucesor de San Pedro, hoy aquí presente con vosotros, confíe toda la Iglesia a la Madre de Cristo, con la misma fe viva, con la misma esperanza heroica, con que lo hicimos el día memorable del 3 de mayo (de 1966) del milenio polaco.

Permitid que yo traiga aquí, como he hecho hace tiempo en la basílica romana de Santa María la Mayor y después en México, en el santuario de Guadalupe, los misterios de los corazones, los dolores y los sufrimientos y, en fin, las esperanzas y esperas de estos últimos años del siglo XX de la era cristiana.

Permitid que confíe todo esto a María. Permitid que se lo confíe de modo nuevo y solemne.

Soy hombre de gran confianza. He aprendido a serlo aquí.²⁵

* * * * *

²⁴ *Ibid.*

²⁵ *Ibid.*

En las manos de la Madre puso el Papa la Iglesia, con la certeza de que siempre precede a sus hijos: abriendo el camino, desbrozando obstáculos, facilitando el encuentro con su Hijo.

Así, de la mano de María y acompañado del entusiasmo de las multitudes, dio sus primeros pasos Juan Pablo II. Pero, al mismo tiempo, conoció el odio de quienes estaban empeñados en mantener cerradas, a cal y canto, las puertas a Cristo.

Lo odiaron hasta el punto de decidir matarlo. Y la Madre debió extremar sus cuidados para proteger a su hijo predilecto.

II. MISTERIO DEL 13 DE MAYO

Dignidad de la Madre

¡Abrid las puertas a Cristo!, fue el grito decidido e implorante con el que el Papa comenzó su pontificado. En el primer domingo de Cuaresma de 1979, esa exclamación estará en el núcleo de su primera encíclica, *Redemptor hominis*, en la que expone el programa de la acción pastoral de la Iglesia.

El Redentor del hombre, Jesucristo, es el centro del cosmos y de la historia, y acercándose el segundo milenio desde que el Hijo de Dios entró en la historia de los hombres, el año 2000 aparece ya como la fecha clave que impulsará toda la actividad de la Iglesia: ese año **será el año de un gran Jubileo (...)** que nos hará recordar y renovar de manera particular la conciencia de la verdad clave de la fe, expresada por San Juan al principio de su evangelio: «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn.1, 14).²⁶

²⁶ *Enc. Redemptor hominis*, 4-III-1979, n. 1.

Dios se hizo hombre para redimir a los hombres de todos los tiempos y la Iglesia, continuadora de su misión, debe llevar la redención a cada generación humana. ¿Cómo hacerlo en nuestra época? La Iglesia podrá realizarlo gracias a la intercesión de la Madre de Cristo, porque **si en esta difícil y responsable fase de la historia de la Iglesia y de la humanidad advertimos una especial necesidad de dirigirnos a Cristo, que es Señor de su Iglesia y Señor de la historia del hombre en virtud del misterio de la Redención, creemos que *ningún otro sabrá introducirnos como María en la dimensión divina y humana de este misterio.***²⁷

El Papa explica la razón de su completa seguridad en la mediación de la Virgen para llevar a los hombres y mujeres de este tiempo, no sólo a la presencia de su Hijo, sino hasta hacerlos participantes vivos de su obra redentora: el motivo es que **nadie como María ha sido introducida en él** (en el misterio de la Redención) **por Dios mismo.**²⁸

En efecto, por ser la Madre de Dios, María es la criatura más excelsa que jamás ha existido y, al mismo tiempo, porque Dios quiso introducirla y contar con su colaboración en el plan redentor, es la más cercana a los hombres. **En esto consiste el carácter excepcional de la Maternidad divina. No sólo es única e irrepetible la dignidad de esta Maternidad en la historia del género humano, sino también única por su profundidad y por su radio de acción es la participación de María, Imagen de la misma Maternidad, en el designio divino de la salvación del hombre a través del misterio de la Redención.**²⁹

²⁷ *Ibid.*, n.22.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ *Ibid.*

Faltaban aún 21 años para el año 2000, un «tiempo de Adviento» en el pensamiento de Juan Pablo II, que esperaba que reviviera en el pueblo de Dios la alegría apostólica de Pentecostés, cuando nació la Iglesia. Era esta una gracia que pedía especialmente a la Virgen. Termina su primera encíclica rogando a María, **la celestial Madre de la Iglesia, que se digne en esta oración del nuevo adviento de la humanidad, perseverar con nosotros que formamos la Iglesia, es decir, el Cuerpo Místico de su hijo unigénito. Espero que, gracias a esta oración, podamos recibir al Espíritu Santo que desciende sobre nosotros (cfr. Act 1, 8) y convertirnos de este modo en testigos de Cristo «hasta los últimos confines de la tierra» (ib.), como aquellos que salieron del Cenáculo de Jerusalén el día de Pentecostés.**³⁰

Madre de Misericordia

Como a san Pablo, a Juan Pablo II le urgía el amor a Jesucristo y hacía todo de su parte para contagiar ese amor. Había pasado poco más de un año desde su primera encíclica y, en el primer domingo de Adviento de 1980, entregaba a la Iglesia una extensa meditación sobre la misericordia de Dios, porque **en estos tiempos críticos y nada fáciles, veía necesario descubrir una vez más en el mismo Cristo el rostro del Padre, que es «misericordioso y Dios de todo consuelo» (2 Cor 1, 3).**³¹

La imagen que presentaba el mundo, donde existe tanto mal físico y moral, era la de un mundo enredado en contradicciones y tensiones y, al mismo tiempo, lleno de amenazas di-

³⁰ *Ibid.*

³¹ Enc. *Dives in misericordia*, 30-XI-1980, n. 1 (DP 314 1980).

rigidas contra la libertad humana, la conciencia y la religión.³²

No obstante este cuadro oscuro, y precisamente por su oscuridad, el Pontífice sintió la necesidad de dar a conocer el infinito amor con que Dios ama a los hombres. De aquí que expusiera cómo Dios, revelando en el Antiguo Testamento su misericordia, fue llevando a los hombres por ese camino de Amor hasta llegar a su plenitud en la encarnación del Verbo. Jesús, con su ejemplo de compasión por los pecadores, manifestado en sus gestos y en sus enseñanzas –la parábola del hijo pródigo es objeto de especial atención en la encíclica- con su muerte en la Cruz revela por completo la misericordia divina.

Y es aquí donde, inseparablemente unida a su Hijo, el Papa encuentra a la **Madre de misericordia, que ha hecho con el sacrificio de su corazón la propia participación en la revelación de la misericordia divina.³³**

Ha sido así, por el camino del dolor de Jesús y de su Madre, como se ha revelado la misericordia de Dios por los hombres, y así también, **en Ella y por Ella, tal amor no cesa de revelarse en la historia de la Iglesia y de la humanidad.³⁴**

La encíclica vuelve a subrayar bellísimamente el fundamento maternal de la intercesión mariana: **tal revelación es especialmente fructuosa, porque se funda, por parte de la Madre de Dios, sobre el tacto singular de su corazón materno, sobre su sensibilidad particular, sobre su especial aptitud para llegar a todos aquellos que *aceptan más fácilmente el amor misericordioso de parte de una madre.* Es este uno de los misterios más grandes y vivificantes del cristianismo, tan íntimamente vin-**

³² *Ibid.*, n.11.

³³ *Ibid.*

³⁴ *Ibid.*

culado con el misterio de la encarnación.³⁵

En el contexto de una dramática llamada con la que implora la misericordia divina y para que se ejercite en las relaciones humanas, el Santo Padre se detiene en el *Magnificat* de la Virgen que proclama «la misericordia de Dios de generación en generación», también en la nuestra:

Las palabras del «Magnificat» mariano tienen un contenido profético, que afecta no sólo al pasado de Israel, sino también al futuro del Pueblo de Dios sobre la tierra. Somos en efecto todos nosotros, los que vivimos en la tierra, la generación que es consciente del aproximarse del tercer milenio y que *siente* profundamente *el cambio* que se está verificando en la historia.³⁶

El Papa anima a los hombres a experimentar la misericordia de Dios, particularmente en el sacramento de la Penitencia; a vivir la misericordia en la convivencia diaria ya que **la justicia por sí sola no es suficiente**³⁷, y expresa su vehemente deseo de que todo cuanto ha dicho en su Carta encíclica *se transforme continuamente en una ferviente plegaria: en un grito que implore la misericordia en conformidad con las necesidades del hombre en el mundo contemporáneo.*³⁸ El recurso a María para obtener la misericordia divina, es también paradigma para la Iglesia, que debe aprender a ser Madre en el ejercicio de su misión en el mundo: **recurramos a Dios mediante Cristo, recordando las palabras del *Magnificat* de María que proclama la misericordia «de generación en generación». Imploremos la misericordia divina para la generación con-**

³⁵ *Ibid.*

³⁶ *Ibid.*, n.10.

³⁷ *Ibid.*, n.12.

³⁸ *Ibid.*, n.15.

temporánea. La Iglesia que, siguiendo el ejemplo de María, trata de ser también madre de los hombres en Dios, exprese en esta plegaria su materna solicitud y al mismo tiempo su amor confiado, del que nace la más ardiente necesidad de la oración. (...) Supliquemos por la intercesión de Aquella que no cesa de proclamar «la misericordia de generación en generación» y también de aquellos en quienes se han cumplido hasta el final las palabras del Sermón de la Montaña: «Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia» (Mt. 5, 7).³⁹

Don y misterio del 13 de Mayo

Tiempos críticos y nada fáciles, había escrito con realismo el Papa, eran los que vivía el mundo; tiempos que requerían ansiosamente la intervención de la misericordia divina. Y quizás fue necesario que el 13 de mayo de 1981, fiesta de la Virgen de Fátima, resonaran en toda la Tierra los disparos que abatieron a Juan Pablo II en la plaza de San Pedro, para que, de Norte a Sur y de Este a Oeste, en todas partes, se elevaran al Cielo las súplicas rogando por su vida.

¿Cómo y por qué el atentado contra el Papa? Dejamos la palabra a quien fue su Secretario personal, «Don Estanislao», actual cardenal y arzobispo de Cracovia, quien veinte años después del atentado hizo un minucioso relato del intento de asesinato y de la evolución de los acontecimientos⁴⁰. En su exposi-

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ El 13 de mayo de 2001, la Universidad Católica de Lublin (Polonia) confirió el doctorado *Honoris causa* en Teología a mons. Estanislao Dziwisz. En esa oportunidad, en lugar de pronunciar un discurso tradicional, relató lo sucedido veinte años atrás. El texto apareció en *L'Osservatore Romano*. Lo hemos tomado de www.interrogantes.net Los subtítulos son nuestros.

ción, junto a numerosos detalles de especial interés, aparece con evidencia la presencia de la Madre.

Quiero sacar de la historia, no demasiado lejana pero importante, algunos hechos referentes a la fecha del 13 de mayo de 1981. Están profundamente grabados en mi corazón y hasta hoy no he tenido el valor de hablar de ellos en público. Sé que no es posible contarlos ni comprenderlos en su totalidad. Pero creo que vale la pena volver a ellos con el recuerdo. Espero que referir los detalles de aquellos acontecimientos, por lo general desconocidos, sirva, más que para satisfacer la curiosidad, sobre todo para ver cómo la vida del Santo Padre fue verdaderamente salvada por una gracia admirable de Dios, por la que debemos dar incesantemente gracias.

El año 1981 constituyó para Polonia un año de tensiones sociales y políticas, pero fue también el anuncio de tiempos nuevos. Las palabras que el Santo Padre pronunció en Gniezno, durante la peregrinación de 1979, sobre el respeto de la dignidad y de los derechos del hombre, de los derechos de las naciones y de las sociedades a la libertad, a la soberanía y a la autodeterminación quedaron profundamente grabadas en la conciencia de la gente. Aún resonaban los ecos de la homilía pronunciada por el Papa durante la santa misa de inauguración de su pontificado: «¡No tengáis miedo; abrid, más aún, abrid de par en par las puertas a Cristo!».

A pesar de todo, también en Italia, el mes de mayo de 1981 fue turbulento. Debía celebrarse el referéndum sobre la ley del aborto. Para el 13 de mayo estaba anunciada, al respecto, una gran manifestación, convocada en Roma por el partido comunista. Ese mismo día, el Santo Padre debía fundar el Instituto de estudios sobre matrimonio y familia en la Pontificia Universidad Lateranense y crear en la Sede apostólica el Consejo pontificio para la familia.

La tarde del día 11 de mayo, por deseo del Papa, visité, en su residencia de Polonia, al cardenal Wyszyński. El «Primado del milenio» ya se veía obligado a guardar cama a causa de una grave enfermedad. Mantuve con el cardenal una larga conversación, durante la cual quiso transmitir al Santo Padre su última voluntad. Le escribió también una carta. Era

consciente de que podía morir. Me pareció muy débil y completamente abandonado a la voluntad de Dios. Se alegraba de la ceremonia, anunciada para el día 8 de junio, de la consagración de la Iglesia y del mundo a la Madre santísima, por el Santo Padre juntamente con los obispos. El Primado tenía un grandísimo deseo de participar en ese acto, que había promovido con todo su empeño. Sin embargo, dado su estado de salud, se limitó a nombrar una delegación que acudiera a Roma.

Volví de Polonia el día siguiente a la visita que había hecho al cardenal. El 13 de mayo el Santo Padre invitó a comer con él al profesor Jérôme Lejeune, de París, experto en genética, de fama mundial, y gran defensor de la vida. A las cinco de la tarde, en la plaza de San Pedro, debía tener lugar la tradicional audiencia general de los miércoles.

EL ATAQUE

Hora 17.17. Mientras daba la segunda vuelta a la plaza, se escucharon los disparos contra Juan Pablo II. Alí Mehmet Agca, un asesino profesional, disparó con una pistola, hiriendo al Santo Padre en el vientre, en el codo derecho y en el dedo índice. Un proyectil traspasó el cuerpo y cayó entre el Papa y yo. Escuché dos tiros. Las balas hirieron a otras dos personas. A mí no me alcanzaron, aunque tenían tanta fuerza que podían atravesar a varias personas.

Pregunté al Santo Padre:

- ¿Dónde?

Respondió:

- En el vientre.

- ¿Le duele?

- Me duele.

Y en aquel instante comenzó a agacharse. Al estar yo detrás de él, pude sostenerlo. Estaba perdiendo las fuerzas.

Fue un momento dramático. Hoy puedo decir que en aquel instante entró en acción una fuerza invisible, que permitió salvar la vida del Santo

Padre, que corría peligro de muerte. No había tiempo para pensar; no había un médico al alcance de la mano. Una sola decisión equivocada podía tener efectos catastróficos. No intentamos prestarle los primeros auxilios, ni pensamos en llevar al Herido a su apartamento. Cada minuto era precioso. Así, inmediatamente lo introdujimos en la ambulancia, se encontró también a su médico personal, el doctor Renato Buzzonetti, y a gran velocidad nos dirigimos al Policlínico Gemelli. Durante el trayecto el Santo Padre estaba aún consciente; perdió el conocimiento al ingresar en el hospital. Mientras le fue posible, oró en voz baja.

En el Policlínico encontramos consternación, pero eso era de esperar. El Herido primero fue trasladado a una habitación del piso décimo, reservada a los casos especiales, y desde allí inmediatamente fue llevado a la sala operatoria. Desde aquel momento pesó sobre los médicos una enorme responsabilidad. Desempeñó un papel especial el cirujano doctor Francesco Crucitti. Más tarde me contó que aquel día no le tocaba su turno, se encontraba en casa, pero una fuerza misteriosa lo impulsó a dirigirse al Policlínico.

Durante el trayecto escuchó por radio la noticia del atentado. Inmediatamente se ofreció para realizar la intervención, sobre todo teniendo en cuenta que el médico jefe de la clínica de cirugía, doctor Castiglioni, se hallaba en Milán y llegó al Gemelli ya al final de la operación. El doctor Crucitti fue asistido por otros médicos. La sala operatoria estaba abarrotada. La situación era muy seria. El organismo se había desangrado. La sangre destinada a la transfusión no resultó adecuada. Con todo, en el Policlínico se encontraron médicos con el mismo grupo sanguíneo, los cuales, sin dudar, dieron sangre al Santo Padre para salvarle la vida.

EN EL UMBRAL DE LA MUERTE

La situación era muy grave. En cierto momento el doctor Buzzonetti se dirigió a mí, pidiéndome que administrara al Paciente la unción de los enfermos, dado que su estado era muy grave: la presión bajaba, y los

latidos del corazón apenas se escuchaban. La transfusión de sangre le devolvió una condición que permitió comenzar la intervención quirúrgica, la cual se presentaba sumamente complicada. La operación duró cinco horas y veinte minutos. Pero minuto tras minuto aumentaban las esperanzas de vida.

Muchísimas personas acudieron al Policlínico: cardenales, empleados de la Curia. No estaba el secretario de Estado, cardenal Agostino Casaroli, porque se hallaba de viaje en Estados Unidos. Llegaron también políticos, con el presidente Sandro Pertini, el cual permaneció al lado del Santo Padre hasta las dos de la mañana. No quiso alejarse antes de que el Papa abandonara la sala operatoria. El comportamiento del Presidente fue conmovedor, lejos de cualquier cálculo.

Asimismo llegaron los jefes de los partidos: Piccoli, Forlani, Craxi, Berlinguer y otros. Añado, al margen, que Berlinguer desconvocó la manifestación en favor del aborto fijada para la tarde del 13 de mayo.

Después de la intervención quirúrgica, el Santo Padre fue trasladado a la Unidad de cuidados intensivos. Los médicos temían una infección y otras complicaciones. El Santo Padre, en cuanto volvió en sí, preguntó:

- ¿Hemos rezado las Completas?

Ya estábamos en el día siguiente al atentado. Durante dos días el Papa sufrió mucho, pero también aumentaban las esperanzas de vida. Permaneció en la Unidad de cuidados intensivos hasta el 18 de mayo.

LA RECUPERACIÓN

El primer día después de la operación el Santo Padre recibió la sagrada Comunión, y en los días sucesivos, estando en la cama, participaba en la concelebración eucarística.

Se comenzó a hablar de una consulta médica internacional. Insistía en hacerla el cardenal Macharski. El domingo por la mañana, día 17 de mayo, el Santo Padre grabó una alocución para el Regina caeli. Fueron

palabras de agradecimiento por las oraciones de muchos fieles, de perdón para el atentador y de abandono en manos de la Virgen. El atentado había unido a la Iglesia y al mundo en torno a la persona del Santo Padre. Fue el primer fruto de su sufrimiento. Polonia velaba de rodillas. En Cracovia tuvo lugar la inolvidable «Marcha Blanca» de los jóvenes.

El Policlínico Gemelli estaba invadido de periodistas, personalidades eclesiásticas y laicas, y millares de personas, gente sencilla. Acudían al Papa con amor. De todo el mundo llegaron telegramas; en los primeros días se contaron quince mil.

Ese mismo día llegaron los expertos: dos médicos de Estados Unidos, uno de Francia, uno de Alemania, uno de España y uno de Cracovia. Se pronunciaron positivamente con respecto al estado de salud del Santo Padre y al desarrollo de los cuidados médicos.

Una semana después del atentado cantamos el *Te Deum*.

Se comenzó a relacionar insistentemente la fecha del atentado con las apariciones de Fátima. Cada vez con mayor frecuencia se habló de una curación milagrosa realizada por intercesión de la Virgen de Fátima.

El Santo Padre, en cuanto se sintió más fuerte, comenzó a recibir visitas, especialmente de sus colaboradores, de los cardenales, y también de representantes de otras confesiones. De ordinario, a las seis de la tarde celebrábamos la santa misa; luego, juntamente con nuestras religiosas, cantábamos las letanías del mes de mayo.

Mientras tanto, de Varsovia llegaban noticias de la agonía del Prímado Wyszyński. El Papa participaba muy intensamente en esos últimos momentos. El 24 de mayo -por teléfono, a través de don Gozdziewicz- le transmitió aún su saludo y su bendición. Al día siguiente, a las 12.15, el Santo Padre pudo hablar por primera vez con el Prímado agonizante. La conversación fue breve. En mi memoria quedaron grabadas las palabras: «Le envió la bendición y un beso».

El 27 de mayo el Santo Padre grabó en una cinta el discurso a los peregrinos de Piekary Slaskie. Con todo, se sentía cansado. Se quejaba de un dolor en el corazón. El estado del Paciente estaba empeorando. Se le

hizo un reconocimiento a fondo. Durante toda la noche los cardiólogos velaron. Los problemas cardíacos, como explicaban los médicos, surgieron a causa de un pequeño émbolo en los pulmones, que gradualmente se fue absorbiendo. Día tras día, del electrocardiograma desaparecían los signos de preocupación.

El 28 de mayo, solemnidad de la Ascensión, el estado de salud mejoró, pero, a pesar de ello, se tuvo que alargar el tiempo de internamiento en el hospital. Aquel día, a las 4.40 de la mañana, murió el Primado Wyszyński. Su muerte no constituyó una sorpresa, pero nos conmovió profundamente a todos. La noticia oficial llegó hacia las 10.00. Sin embargo, en privado, don Piasecki ya nos había dado la noticia a las 6.30. Informé al Santo Padre un poco más tarde. Acogió el anuncio con profunda conmoción.

El 30 de mayo el Papa recibió al cardenal Casaroli y le entregó la carta con el texto que se debería leer durante el funeral del Primado. El secretario de Estado tomó parte en él, en nombre del Santo Padre, que hubiera deseado mucho participar personalmente.

El día 31 de mayo, domingo, el Santo Padre grabó el discurso para el rezo del Regina coeli. Su voz ya era más fuerte. A las cinco de la tarde, a través de Radio Vaticano, participó en la ceremonia fúnebre del Primado Wyszyński. Mientras se desarrollaba la liturgia fúnebre, celebró su propia misa en el Policlínico Gemelli. Después de la eucaristía dijo: «Me faltará. Me unía a él una gran amistad; necesitaba su presencia».

La mañana del 1 de junio, como siempre, el Papa se dedicó a la meditación y a las oraciones. Luego se sometió a las visitas médicas. Además de los médicos de la clínica, se hallaba siempre presente un doctor del Vaticano. El doctor Buzzonetti lo seguía todo puntualmente. Más tarde el Santo Padre solía recibir las visitas oficiales y también las de los amigos. Aquel día, después de la santa misa vespertina, comenzamos las celebraciones en honor del Sagrado Corazón de Jesús.

El 3 de junio fue el día del regreso a casa. Celebramos la santa misa a las 12.30. Antes de abandonar el Policlínico, el Papa recibió al profesor

Lazzati, rector de la Universidad Católica, y por la tarde a los médicos y al personal paramédico. A las 19.00 partió hacia el Vaticano. El encuentro con la Curia y con los habitantes del palacio pontificio fue muy emotivo. La presencia del Santo Padre llenó de nueva vida la Sede apostólica.

NUEVA INTERNACIÓN

El Santo Padre seguía bajo la atención de los médicos del Policlínico Gemelli y de los del Vaticano. El viernes 5 de junio grabó el discurso para la solemnidad de Pentecostés, a la que estaban invitados los obispos de todo el mundo, con ocasión del 1600° aniversario del primer concilio de Constantinopla y del 1550° del de Éfeso. Durante esas celebraciones, el Papa, con el espíritu del mensaje de Fátima, deseaba consagrar a la Madre Santísima la Iglesia y el mundo, de modo particular los países que esperaban ese acto más que todos.

El domingo 7 de junio, solemnidad de Pentecostés, el cardenal Carlo Confalonieri, decano del Colegio cardenalicio, presidió la liturgia en la basílica de San Pedro. La homilía del Santo Padre se escuchó en una grabación, y al final de la liturgia él mismo se asomó al balcón interior de la basílica e impartió la bendición. Fue grande la alegría. También el discurso del Papa que precedió la oración del Regina caeli había sido grabado. El Santo Padre sólo se asomó a la ventana de su biblioteca privada para impartir la bendición a las numerosas personas reunidas en la plaza de San Pedro.

Por la tarde tuvo lugar la gran ceremonia en Santa María la Mayor, con la participación de las delegaciones de los obispos de todos los continentes, durante la cual el Santo Padre consagró la Iglesia y el mundo a la Madre de Dios. Las palabras de este acto, preparadas por el Papa, fueron transmitidas por Radio Vaticano. El Santo Padre siguió por televisión toda la ceremonia. La celebración fue presidida por el cardenal Otunga,

de Nairobi, y la procesión fue encabezada por el cardinal Corripio, de México.

De este modo se cumplió el gran deseo del Episcopado polaco y del Primado Stefan Wyszyński, expresado también durante el Concilio Vaticano II.

Sin embargo, el martes 9 de junio reapareció la fiebre, y con ella volvió el malestar general. Comenzaron los análisis y la búsqueda de las causas. El Pontífice sentía dolores agudos. Comenzó a perder las fuerzas. Por añadidura, los continuos análisis eran muy pesados y no llevaron a resultados concretos. La fiebre alcanzó los 40 grados y se mantuvo durante varios días, debilitando cada vez más el organismo. Al equipo de médicos se añadieron otros dos: el doctor Giunchi, especialista en medicina, y el famoso cirujano doctor Fegiz.

El domingo 14 de junio, el Santo Padre se asomó una vez más para la oración del Regina coeli.

El 17 de junio el Papa recibió brevemente al sindicato «Solidaridad» de agricultores.

La consulta médica, preocupada por su estado de salud, e incluso temiendo por su vida, tomó la decisión de que volviera al Policlínico Gemelli. Se encontraba tan débil que no podía rezar por sí solo el breviario.

El 20 de junio, a las 16.30, el Papa fue trasladado de nuevo al Policlínico para análisis más minuciosos, los cuales, sin embargo, no revelaron inmediatamente las causas del estado del Paciente.

El 22 de junio se descubrieron infiltraciones en los pulmones, que desaparecieron gradualmente. Aquel día se identificó por primera vez el citomegalovirus, causa de todas aquellas complicaciones, muy serias. Ese descubrimiento permitió aplicar la terapia adecuada.

En el Policlínico Gemelli el Santo Padre solía despachar muchos asuntos de oficio. Durante la jornada recibía a los colaboradores, entre ellos al nuncio aquí presente, y también a monseñor Rakoczy, que entonces constituían la sección polaca de la Secretaría de Estado.

En aquel tiempo hubiera debido producirse el nombramiento del nuevo Primado de Polonia. Eso ocupaba la mente y el corazón del Santo Padre. Después de una amplia consulta del Episcopado, la elección recayó en el obispo Józef Glemp. Llegó a Roma el cardenal Franciszek Macharski. Y llegó también el mismo monseñor Józef Glemp.

El 6 de julio el Santo Padre escribió una carta a la Iglesia en Polonia sobre el nombramiento del nuevo Primado.

El estado de salud del Papa mejoraba de tal manera que los médicos comenzaron a pensar en la segunda intervención quirúrgica para cerrar la colostomía. Sin embargo, la mayoría de los doctores proponía posponer la intervención, teniendo en cuenta la debilidad del organismo del Paciente. El Santo Padre opinaba que no se debía aplazar la operación. Quería salir del hospital completamente curado.

SEGUNDA INTERVENCIÓN

El 10 de julio su estado de salud volvió a empeorar. En los pulmones se manifestó un proceso inflamatorio. Según el parecer de los médicos, estos graves síntomas y estas complicaciones eran provocados aún por la presencia del citomegalovirus. Debo subrayar aquí la enorme entrega y solicitud de los médicos del Policlínico Gemelli y de los del Vaticano. Expresamos nuestra gratitud en particular a las enfermeras y a las religiosas del Sagrado Corazón, esclavas fieles del Sacratísimo Corazón de Jesús.

El 16 de julio, día de la Virgen del Carmen, se produjo una evolución decisiva de la enfermedad y se registró una mejoría en las condiciones generales. El Santo Padre afrontó, con renovada vitalidad, los problemas de todos los días: comenzó a elaborar el programa del futuro Sínodo con el arzobispo Jozef Tomko, y siguió los trabajos de la Curia recibiendo cada día al cardenal Casaroli, al arzobispo Martínez Somalo, y a otros jefes de dicasterio. Reanudó el seguimiento de los eventos políticos y de modo particular la situación en Polonia.

El 20 de julio se inició el proceso contra el atentador. La cuestión era delicada para el Santo Padre y para la Sede apostólica. El Papa había perdonado, pero los órganos de la justicia italiana debían cumplir las obligaciones previstas por la ley.

El 23 de julio el Santo Padre participó en la consulta médica, durante la cual presentó su propio punto de vista sobre la terapia, pidiendo que los médicos lo tuvieran en cuenta. Con firmeza insistía en que quería ser operado para poder volver a casa con plena eficiencia. Los médicos parecían desconcertados, pero no excluyeron la posibilidad de la segunda intervención. Fue especialmente el doctor Crucitti quien persuadió a los demás de la conveniencia de tener en cuenta la voluntad del Paciente.

El Santo Padre se sentía cada vez mejor, aunque la resistencia de su organismo fuera aún débil. A pesar de las condiciones de hospitalización, trabajaba con gran empeño. Comenzaba la jornada con el rezo del Oficio parvo en honor de la Virgen y de las oraciones de la mañana y la meditación; luego venían las visitas de los médicos, el rezo del breviario, las visitas de los huéspedes, tanto las oficiales como las ocasionales. Naturalmente se recibía también a los amigos que llegaban de Polonia. En las conversaciones volvían siempre, de modo recurrente, los temas esenciales de la vida de la Iglesia y las cuestiones que se presentaban en los diversos campos de la cultura y la ciencia.

Por la tarde el Santo Padre concelebraba la eucaristía. Siempre participaba en ella un pequeño grupo de invitados. En los últimos días, ante el hospital se daban cita numerosos peregrinos: grupos parroquiales, folclóricos, coros y personas diversas. El Papa los saludaba desde la ventana, e impartía la bendición apostólica.

El 31 de julio debía tomarse la decisión médica con respecto a la segunda intervención quirúrgica. Después de un intenso debate, se fijó la fecha del 5 de agosto. El Santo Padre mismo eligió ese día, dedicado a la Virgen de las Nieves. La operación comenzó a las siete de la mañana y duró una hora. La realizó de nuevo el doctor Crucitti, asistido por otros médicos. Todo se desarrolló de forma favorable. La intervención produjo al

Santo Padre un gran alivio y le permitió una vida normal. Durante el tiempo de la operación, sus más íntimos colaboradores estaban celebrando la santa misa en la capilla del hospital.

REGRESO AL VATICANO

El 6 de agosto el Paciente ya pudo dar algunos pasos en su habitación. Ese día recibió también la visita del Primado Józef Glemp con el arzobispo Bronislaw Dabrowski. Concelebraron juntos la santa misa por Pablo VI, en el aniversario de su muerte.

Durante los días siguientes fue mejorando su salud, ya sin complicaciones.

El 10 de agosto los médicos comenzaron a hablar del regreso a casa. El Santo Padre, cada vez con mayor frecuencia, saludaba desde la ventana del hospital a los numerosos grupos de peregrinos, especialmente a los que acudían desde Polonia. Además de su solicitud por toda la Iglesia, vivía intensamente la situación de Polonia, de la que llegaban noticias sobre maniobras militares, sobre protestas de «Solidaridad» y sobre la convocación del pleno del Comité central del Partido.

El 13 de agosto se reunieron los médicos y, después de la consulta, emitieron un comunicado anunciando la conclusión del internamiento en el hospital y la vuelta a casa del Santo Padre.

La mañana del 14 de agosto, después de las oraciones y la adoración, el Papa dirigió un discurso a las personas internadas, y se despidió de los doctores y del personal paramédico que lo había atendido. En el atrio del Policlínico Gemelli y ante el edificio se había congregado una gran multitud de gente y entre ella numerosos periodistas. El Santo Padre saludó una vez más a los médicos, y luego volvió en automóvil al Vaticano. Después de atravesar la plaza de San Pedro, se dirigió a la basílica. En el patio de San Dámaso dijo a los cardenales y empleados de la Curia presentes: «He hecho una visita a San Pedro para darle gracias por haber

querido dejar con vida a su Sucesor. He visitado las tumbas de Pablo VI y de Juan Pablo I, porque junto a ellas podía haber ya una tercera tumba»

El 15 de agosto, solemnidad de la Asunción de la Virgen, fue el primer día, después del atentado, en que el Santo Padre pudo sentirse completamente libre de los cuidados de los médicos y del hospital. Decenas de miles de personas llegaron a la plaza de San Pedro para participar a mediodía en el Ángelus juntamente con el Papa. Aquel día se concluyó el gran drama, durante el cual el Santo Padre pudo experimentar de modo singular la bondad, la solicitud y la protección de la Madre santísima. El Papa ha albergado y alberga esta convicción hasta hoy. Cuando, cuatro meses después, volvió a la plaza de San Pedro para encontrarse de nuevo con los fieles durante la audiencia general, agradeció a todas las oraciones y confesó: «Y nuevamente me siento deudor de la Virgen santísima y de todos los santos patronos. ¿Podría olvidar que ese acontecimiento tuvo lugar en la plaza de San Pedro en el día y a la hora en que, desde hace más de sesenta años, se recuerda en Fátima, Portugal, la primera aparición de la Madre de Cristo a los pobres campesinos? Porque en todo lo que me sucedió precisamente en ese día he percibido la extraordinaria protección y solicitud materna, que se mostró más fuerte que el proyectil asesino» (7 de octubre de 1981).

DON Y MISTERIO

. Don fue el regreso, el milagroso regreso del Santo Padre a la vida y a la salud. Sigue siendo un misterio, en la dimensión humana, el atentado. En efecto, no lo ha aclarado ni el proceso ni el largo encarcelamiento del atacante. Fui testigo de la visita del Santo Padre a Ali Agca en la cárcel. El Papa lo había perdonado públicamente ya en su primer discurso después del atentado. No he escuchado una sola palabra de petición de perdón por parte del preso. Sólo le interesaba el misterio de Fátima, turbado por la fuerza que lo había superado. Él había apuntado bien, pero la Víctima

había permanecido viva. En el año del gran jubileo el Santo Padre se dirigió, mediante una carta, al presidente de la República italiana para que Ali Agca fuera liberado: esta petición, como se sabe, fue aceptada por el presidente Carlo Azeglio Ciampi. El Santo Padre acogió con alivio la liberación de Ali Agca. Muchas veces había recibido a su madre y a sus familiares. A menudo preguntaba por él a los capellanes de la cárcel.

En la dimensión divina el misterio está constituido por este dramático evento, que debilitó fuertemente la salud y las fuerzas del Santo Padre, pero al mismo tiempo no quedó sin efecto en lo que atañe a los contenidos y a la fecundidad de su ministerio apostólico en la Iglesia y en el mundo. Recuerdo que, durante una conversación, el Santo Padre confesó: «Ha sido una gran gracia de Dios. Veo en esto una analogía con el encarcelamiento del Primado. Sólo que aquella experiencia duró tres años, y esta...».

Creo que no es exagerado aplicar a este caso el dicho antiguo: Sanguis martyrum, semen christianorum. Tal vez hacía falta esa sangre en la plaza de San Pedro, en el lugar del martirio de los primeros cristianos. En este contexto me vienen a la mente cuatro reflexiones.

Sin duda, el primer fruto de aquella sangre derramada fue la unión de toda la Iglesia en la gran oración por la salvación del Papa. A lo largo de toda la noche que siguió al atentado, los peregrinos que habían acudido a la audiencia general, y una multitud cada vez mayor de romanos, oraban en la plaza de San Pedro. Durante los días sucesivos, en las catedrales, en las iglesias y en las capillas del mundo entero se celebraron santas misas y se ofrecieron oraciones según sus intenciones. El mismo Santo Padre decía a este respecto: «Me resulta difícil pensar en todo esto sin conmoción, sin una profunda gratitud hacia todos. Hacia todos los que el día 13 de mayo se reunieron en oración. Y hacia todos los que han seguido orando durante todo este tiempo. (...) Doy las gracias a Cristo Señor y al Espíritu Santo, el cual, mediante este acontecimiento que tuvo lugar en la plaza de San Pedro el día 13 de mayo a las 17.17, impulsó a tantos corazones a la oración común. Y pensando en esta gran oración, no puedo olvidar las palabras de los Hechos de los Apóstoles, que se refieren a Pedro: «la

Iglesia oraba insistentemente por él a Dios» (Hch 12, 5)» (5 de octubre de 1981).

En aquellos días llegaron expresiones de benevolencia también de numerosos ambientes que no tenían relación con la Iglesia, de jefes de Estado, de representantes de organizaciones internacionales y de diversos organismos políticos y sociales de todo el mundo. Parece que los sentimientos que se expresaban entonces contribuyeron a formar, hasta hoy, su convicción de que el Santo Padre es una Autoridad moral en el mundo.

La preocupación por la vida y la salud del Papa no sólo se manifestó en la Iglesia católica, sino también en las comunidades de otras confesiones cristianas, e incluso de otras religiones. Recuerdo que el Secretariado para la unión de los cristianos recibió centenares de telegramas de sus representantes. Desde Constantinopla llegó un enviado especial del patriarca Demetrio, para expresar su profunda participación en los sufrimientos del Obispo de Roma. Se recibieron telegramas de los patriarcas de Moscú, Jerusalén, Armenia y muchas otras Iglesias ortodoxas. Enviaron telegramas el Primado de la Comunión anglicana y también los jefes de numerosas comunidades protestantes. Estoy profundamente convencido de que el sufrimiento del Papa dio una gran contribución a la obra de la unidad de los cristianos, a la que él se ha entregado con tanto empeño.

Ya he mencionado que aquel día, que se ha hecho memorable, estaba prevista en Roma una gran manifestación organizada por ambientes que se pronunciaban en favor del derecho al aborto; manifestación que, a causa del atentado, fue desconvocada. En los planes de la divina Providencia nada acontece por casualidad. Tal vez fuera necesaria aquella sangre inocente y aquella desesperada lucha por la vida, para que se despertara en el corazón de los hombres la conciencia del valor de la vida y la voluntad de defenderla desde la concepción hasta su muerte natural. El hecho de que aquel día se instituyeran tanto el Consejo pontificio para la familia como el Instituto para la familia en la Pontificia Universidad Lateranense, parece confirmar esa intuición. Independientemente del estado efectivo de las leyes y de las costumbres, en la cuestión del respeto por la vida en las

sociedades contemporáneas, se puede decir que el compromiso del Santo Padre y de la Iglesia en favor de la familia y de la vida concebida recibió aquel día un nuevo impulso y una nueva motivación existencial. Ciertamente, se podría profundizar más en el misterio del atentado, de aquella lucha por la vida y la salvación del Santo Padre, citando ulteriores frutos que se han producido y que hoy, a veinte años de distancia, es posible descubrir. Sin embargo, soy consciente de que su sentido definitivo permanecerá en los inescrutables designios de la divina Providencia. A pesar de ello, en este momento deseo expresar mi profunda convicción de que la sangre derramada en la plaza de San Pedro el 13 de mayo fructificó en la primavera de la Iglesia del año 2000. No ceso de dar gracias a Dios por este don y por este misterio, del que he podido ser testigo ocular. Al concluir este testimonio, quiero citar las palabras del cardenal Wojtyla tomadas de su poesía Stanislaw: «Si la palabra no ha convertido, será la sangre la que convierta».

* * * * *

«Toda la biografía de Karol Wojtyla está inscrita dentro de las coordenadas de la entrega, el misterio y el sufrimiento», escribió el cardenal Tarcisio Bertone, actual Secretario de Estado de Benedicto XVI. «No murió en el atentado, pero, de alguna manera, moría a diario en la oblación de su vida consumada por el bien de la Iglesia. El atentado le hizo, en cierto sentido, morir todos los días. La misma enfermedad de Parkinson fue consecuencia, con toda probabilidad, de aquel acto criminal».⁴¹

Dos observaciones más hace el Cardenal sobre cómo influyó el atentado en la persona de Juan Pablo II: «Nada más ser elegido Papa, Juan Pablo II se propuso el objetivo de volver a evangelizar el

⁴¹ T. BERTONE-G.DE CARLI, *La última vidente de Fátima. Mis conversaciones con Sor Lucía*, Madrid 2007, p. 111 y 102.

*mundo. El signo de la sangre modificó la popularidad, ya inmensa, del Papa: la hizo como levitar, insertándole un elemento de mayor profundidad (...). Seguramente el signo de la sangre lo empujó a que su propósito fuese una total entrega a su misión, por encima de cualquier cálculo de prudencia humana, incluido el instintivo y primordial de la seguridad física. Después del atentado (...) nos hemos encontrado ante una vida que tenía ribetes de absoluto».*⁴²

Por otra parte, el Papa «*se sintió más ligado todavía a la Virgen, a Fátima*».⁴³ En efecto, como si el 13 de mayo hubiera sido la señal para abrirse a una confianza aún mayor en la Santísima Virgen, a partir de entonces Juan Pablo II no reparará en esfuerzos hasta depositar en el Corazón Inmaculado de María la suerte de este mundo nuestro.

⁴² *Ibid.*, p. 73

⁴³ *Ibid.*, p. 102

III. EN EL CORAZÓN DE LA VIRGEN

El Papa había perdonado a su agresor, **al hermano que me hirió**, desde el primer momento. Pero en el atentado vio más allá de su persona: vio a los millones de hombres y de mujeres que vivían oprimidos bajo el sistema que había querido acabar con él, y de una forma muy intensa sintió la necesidad de confiar el mundo entero a la intercesión maternal del Corazón Inmaculado de María.

Lo hizo el domingo 7 de junio, Solemnidad de Pentecostés, apenas 25 días después del atentado. Había abandonado temporalmente el Hospital Gemelli y, aunque se encontraba muy débil, quiso participar en los actos programados para celebrar el 1600° aniversario del Concilio de Constantinopla, que expresó la fe en la divinidad del Espíritu Santo, y los 1550 años del Concilio de Éfeso, que proclamó la maternidad divina de María.

Por la tarde, en la Basílica de Santa María la Mayor, están reunidos 300 cardenales y obispos de todo el mundo, que escuchan con emoción la frágil voz del Pontífice. Se dirige a la **Madre de los hombres y de los pueblos** para encomendarle, es-

pecialmente —quien pueda entender lo entenderá— a sus hijos más necesitados...

Tú sientes maternalmente todas las luchas entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas que sacuden al mundo. Acoge nuestro grito dirigido en el Espíritu Santo directamente a tu Corazón y abraza con el amor de la Madre y de la Esclava del Señor a los que más esperan este abrazo, y, al mismo tiempo, a aquellos cuya entrega Tú esperas de modo especial. Toma bajo tu protección materna a toda la familia humana, a la que, con todo afecto a ti, Madre, confiamos. Que se acerque para todos el tiempo de la paz y de la libertad, el tiempo de la verdad, de la justicia y de la esperanza.⁴⁴

En Fátima, por primera vez

De a poco, el Papa fue reanudando su ritmo habitual de trabajo y en febrero de 1982 visita en una semana Nigeria, Benin, Gabón y Guinea Ecuatorial. Tres meses más tarde, cuando va a cumplirse un año del atentado, llega a Fátima.

El 12 de mayo explica a los fieles congregados en el santuario su íntima ilusión, ahora satisfecha; **hace mucho tiempo que yo deseaba venir a Fátima, como tuve ocasión de decir a mi llegada a Lisboa; pero, desde que se produjo el conocido atentado en la Plaza de San Pedro, hace un año, al recuperar la conciencia, mi pensamiento se dirigió inmediatamente a este Santuario, para depositar en el corazón de la Madre celestial mi gratitud, por haberme salvado del peli-**

⁴⁴ *L'Oss. Rom.*, 14-VI-1981, p. 4

gro. Vi en todo lo que fue sucediendo no me canso de repetirlo una especial protección maternal de Nuestra Señora. Y en esta coincidencia y no hay meras coincidencias en los designios de la Providencia divina vi también una indicación y, acaso, una llamada de atención para el mensaje que de aquí partió hace 65 años, por intermedio de tres niños, hijos de gente humilde del campo, los pastorcillos de Fátima, como son universalmente conocidos.⁴⁵

¿Cuál fue el mensaje que la Virgen trajo a la Tierra en 1917, mientras Europa se desangraba durante la primera Guerra Mundial? La Madre de misericordia, apareciéndose a tres niños, quiso advertir a sus hijos de cualquier tiempo que «el porvenir de los pueblos y de los hombres, incluso el más inmediato y cruento, depende en la providencia de Dios de los pecados personales, de la apostasía o de la reparación».⁴⁶

El rezo del Rosario, la penitencia por los pecados, la conversión a Cristo: este es el itinerario que la Virgen señaló en Fátima para recibir la paz de Dios y extenderla en la convivencia entre los hombres, al tiempo que esperaba la consagración del mundo a su Corazón Inmaculado.

El 13 de mayo de 1982, en el lugar bendito por la presencia de la Madre, agradeciéndole a la Virgen su intercesión, el Papa tuvo ocasión de explicar con la mayor profundidad los motivos por los cuales su mediación es una preciosa mediación maternal.

La maternidad espiritual de María comenzó con la entrega que Jesús hizo de Ella en la Cruz y cuando el apóstol Juan «la recibió en su casa» (cfr. Jn. 19, 27). En ese momento, el Corazón materno de María fue abierto «de un modo nuevo» y con una

⁴⁵ *Ibid.*, p. 3 (DP 138 1982).

⁴⁶ F. PEREZ EMBID, en *Introducción a C. BARTHAS, La Virgen de Fátima*, 3a. ed., Madrid 1975, p. 18.

amplitud sin límites, que abraza en su amor a todos y a cada uno de los hombres y mujeres de todos los tiempos. Fue por el Espíritu Santo, «dador de vida», Amor de Dios hecho Persona, que María aceptó a todos los hombres como hijos suyos. Su maternidad espiritual, que es participación en el poder del Espíritu Santo, es un amor que cristaliza en obras de solicitud por todos sus hijos, y busca incesantemente que ellos participen de los frutos de la Redención de su Hijo. Aquella afirmación, «**María está llamada a llevar a todos al Redentor**», anunciada el 8 de diciembre de 1978, se despliega en Fátima con conceptos de inusual belleza y profundidad-- en la contemplación del misterio de la Cruz de Cristo: aquí se encuentra a María Mediadora.

Desde el tiempo en que Jesús, muriendo en la Cruz, dijo a Juan: «He ahí a tu Madre»; desde el tiempo en que el discípulo «la recibió en su casa», el misterio de la *maternidad espiritual* de María ha tenido su cumplimiento en la historia con una amplitud sin límites. Maternidad quiere decir solicitud por la vida del hijo. Ahora bien, si María es madre de todos los hombres su atención por la vida del hombre es *de un alcance universal*. El cuidado de una madre alcanza al hombre entero. La maternidad de María comienza en el cuidado maternal de Cristo. En Cristo, a los pies de la Cruz, Ella aceptó a Juan y, en él, *aceptó a todos los hombres* y al hombre en su totalidad. María abraza a todos, con una solicitud particular, *en el Espíritu Santo*. En efecto, es Él, como profesamos en el Credo, el que «da la vida». Es Él el que da la plenitud de la vida abierta hacia la eternidad. La maternidad espiritual de María es pues *participación* en el *poder del Espíritu Santo*, en el poder de Aquel que «da la vida». Y es al mismo tiempo el

servicio humilde de Aquella que dice de sí misma «he aquí la sierva del Señor» (Lc. 1, 38)⁴⁷.

A continuación, deteniéndose otra vez en las extremas palabras de Jesús a su Madre —«Mujer, he ahí a tu hijo»— explica que con ellas **de un modo nuevo *abrió el corazón de la Madre*, el Corazón Inmaculado, y le reveló la nueva dimensión y el nuevo alcance del amor, al que era llamada en el Espíritu Santo, en virtud del sacrificio de la cruz. La revelación del alcance que a partir de ese momento tendrá su amor por todos y cada uno de los hombres, hace que el amor de la Madre del Salvador llega dondequiera que llega la obra de la salvación. Objeto de su cuidado son todos *los hombres de nuestra época*, y, a la vez, las sociedades, las naciones y los pueblos. Las sociedades amenazadas por la apostasía y la degradación moral. El hundimiento de la moralidad lleva consigo la caída de las sociedades.**

Jesús muere y un soldado abrió su corazón de una lanzada. Ese corazón traspasado se ha convertido en el signo de la redención realizada por medio de la muerte del Cordero de Dios. A su vez, el Corazón Inmaculado de María, abierto por las palabras: «Mujer, he ahí a tu hijo», se encuentra espiritualmente en el corazón del Hijo, abierto por la lanza del soldado. Esto significa que el Corazón de María ha sido ***abierto por el mismo amor hacia el hombre y el mundo*, con el que Cristo ha amado al hombre y al mundo, ofreciéndose a Sí mismo por ellos en la Cruz, hasta aquella lanzada del soldado.⁴⁸**

Al terminar la Misa celebrada en Fátima, el Papa consagró el mundo, por primera vez en su pontificado, al Corazón Inmacula-

⁴⁷ *L'Oss. Rom.*, 23-V-1982, p. 5-6 (DP 140-1982).

⁴⁸ *Ibid.*

do de María. Él, que no pocas veces ya había enseñado el carácter maternal de la mediación de María, que además de su propia persona le había confiado la Iglesia en tres ocasiones, en Fátima encendió antorchas de esperanza que iluminan la marcha de los hombres en la oscuridad de nuestro tiempo.

Explicó en primer lugar el significado de su acto. **Consagrar el mundo al Corazón Inmaculado de María significa acercarnos, por intercesión de la Madre, a la misma fuente de la Vida, que brotó en el Gólgota. Este manantial corre ininterrumpidamente, brotando de él la redención y la gracia.** En consecuencia, **consagrar el mundo al Inmaculado Corazón de la Madre, significa volver de nuevo junto a la cruz del Hijo.**

El Corazón de la Madre late al unísono con el de Jesús. Por esto, la consagración del mundo a su Corazón es, en realidad, consagración al **Corazón traspasado del Salvador, haciéndolo volver a la fuente misma de la redención.** En consecuencia —y descubría el Papa su propia intimidad— **si por un lado el corazón se siente oprimido por el sentido del pecado del mundo, así como por la serie de amenazas que se ciernen sobre el mundo, por otro lado el mismo corazón humano se abre a la esperanza al realizar una vez más lo que han hecho mis predecesores: es decir, entregar y confiar el mundo al Corazón de la Madre, confiarle especialmente aquellos pueblos que lo necesitan de modo particular. Este acto quiere significar entregar y confiar el mundo a Aquel que es Santidad infinita. Esta Santidad significa redención, significa amor más poderoso que el mal. Jamás un «pecado del mundo» podrá superar este Amor.**⁴⁹

La consagración del mundo al Corazón Inmaculado de María —y, como se ha visto, de aquellos hombres y naciones que más

⁴⁹ L'Oss. Rom., 23-V-1982, p. 6.

cerrados estaban a la Verdad de Cristo, el mundo comunista fue una plegaria que el Papa hizo con fe incommovible en el poder de la Santísima Virgen delante de Dios. Comenzó su oración con la antífona mariana más antigua que conoce la Iglesia *Sub tuum praesidium*⁵⁰ - y que es canal de la fe de todas las generaciones en la mediación de Santa María:

«Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios». Pronunciando las palabras de esta antífona, con la que la Iglesia de Cristo reza desde hace siglos, me encuentro hoy en este lugar elegido por ti, Madre, y amado por ti de manera particular.⁵¹

Se dirigió a la Virgen, **Madre de los hombres y de los pueblos**, sabiéndose unido a todos los Pastores de la Iglesia y prolongando en el tiempo la consagración hecha por Pío XII hace **cuarenta años y nuevamente diez años después.**⁵²

Juan Pablo II explica en su oración que el amor de Dios al mundo **hizo que el Hijo de Dios se consagrara a Sí mismo: «Yo por ellos me santifico para que ellos sean santificados en la verdad» (Jn. 17,19).** En virtud de esta consagración, los discípulos de todos los tiempos están llamados a entregarse por la salvación del mundo, a añadir algo a los sufrimientos de Cristo en favor de su Cuerpo que es la Iglesia (cfr. 2 Col 12, 15; Col 1, 24).⁵³

⁵⁰ Recientemente ha sido descubierto un fragmento de un papiro griego del siglo III, que reproduce la antífona «Sub tuum praesidium» (DIZIONARIO MARIOLOGICO THEOTOKOS p. 269).

⁵¹ *L'Uss. Rom.*, 23-V-1982, p. 7.

⁵² *Ibid.* El 31 de octubre de 1942, Pío XII consagró el mundo al Inmaculado Corazón de María, con ocasión de las fiestas jubilares de los veinticinco años de las apariciones de Fátima. El 7 de julio de 1952 hizo la consagración particular de Rusia. (Cfr. C. BARTHAS, *o.c.* p. 549ss).

⁵³ *Ibid.*

María es mediadora de la gracia por su maternidad divina y por su dolorosísima participación personal en la muerte redentora de su Hijo en la Cruz. La muerte de Dios hecho hombre tiene una eficacia infinita que, en el plan divino de la salvación, quiere alcanzar a todos los hombres de todos los tiempos. El Papa sentía profundamente que la muerte redentora de Jesucristo no llegaba a nuestra generación según el deseo del Redentor, por la falta de santidad y por la abundancia de tibieza de tantos miembros de la Iglesia. Por eso, su consagración del mundo a la Virgen fue, sobre todo, un revivir el drama del Calvario participando en los sentimientos redentores de Jesús: en su plegaria reflexionaba con dolor dirigiéndose a la Madre:

Ante ti, Madre de Cristo, delante de tu Corazón Inmaculado, yo deseo en este día, juntamente con toda la Iglesia, unirme con nuestro Redentor en esta su consagración por el mundo y por los hombres, la única que en su Corazón divino tiene el poder de conseguir el perdón y procurar la reparación.

La fuerza de esta consagración dura para siempre y abarca a todos los hombres, pueblos y naciones, y supera todo el mal que el espíritu de las tinieblas es capaz de despertar en el corazón del hombre y en su historia y que, de hecho, ha despertado en nuestros tiempos.

A esta consagración de nuestro Redentor, mediante el servicio del Sucesor de Pedro, se une la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo.

¡Oh, cuán profundamente sentimos la necesidad de consagración para la humanidad y para el mundo: para nuestro mundo contemporáneo, en la unidad con el mismo Cristo! En verdad, la obra redentora de Cristo debe ser participada por todo el mundo por medio de la Iglesia.

¡Oh, cuánto nos duele, por tanto, todo lo que en la Iglesia y en cada uno de nosotros se opone a la santidad y a la consagración! ¡Cuánto nos duele que la invitación a la penitencia, a la conversión y a la oración no haya encontrado aquella acogida que debía!

¡Cuánto nos duele que muchos participen tan friamente en la obra de la redención de Cristo! ¡Que se complete tan insuficientemente en nuestra carne «lo que falta a las tribulaciones de Cristo» (Col 1, 24)!⁵⁴

La consagración del mundo a la Virgen en el Santuario de Fátima, es un hito en el pontificado de Juan Pablo II. Así como tres veces le había entregado la Iglesia, en tres ocasiones también pondrá en sus manos el mundo y, más aún, en cada una de las naciones que visite irá en peregrinación al santuario de la principal advocación mariana del país para consagrarlo a la Virgen, a la Madre, a la Reina.

En Fátima, más que rogar imploraba:

¡Madre de la Iglesia, ilumina al Pueblo de Dios por los caminos de la fe, la esperanza y la caridad! ¡Ayúdanos a vivir, con toda la verdad de la consagración de Cristo, en favor de toda la familia humana, en el mundo contemporáneo!

Al poner bajo tu confianza, Madre, el mundo, todos los hombres y todos los pueblos, te confiamos también la misma consagración en favor del mundo, poniéndola en tu corazón maternal.⁵⁵

⁵⁴ *Ibid.*

⁵⁵ *Ibid.*

Un Año Santo extraordinario

En su primera encíclica, el Papa había explicado extensamente el contenido de la fuerte invitación que había hecho al comenzar su pontificado: **¡Abrid las puertas a Cristo!** En Fátima se dolió amargamente de la frialdad con la que muchos, en la Iglesia, participan de la obra redentora de Jesús. Un año después, en 1983, el Pastor Universal decide hacer algo fuera de lo común y sale a la búsqueda de las ovejas perdidas, convocando un Año Santo extraordinario, que comenzaría en la fiesta de la Anunciación de 1983.

Abrid las puertas al Redentor. He aquí la llamada que (...) dirijo a toda la Iglesia, renovando la invitación hecha a los pocos días de mi elección a la Cátedra de Pedro. Desde aquel instante, mis sentimientos y mi pensamiento se han orientado más que nunca a Cristo Redentor, a su ministerio pascual, vértice de la Revelación divina y actuación suprema de la misericordia divina para con los hombres de todos los tiempos.⁵⁶

En la mente del Papa, el Año Santo debía ser para toda la Iglesia un tiempo de fuerte preparación para el gran Jubileo del comienzo del tercer milenio, un tiempo de esperanza enraizada en la penitencia, una gracia, en definitiva, que esperaba alcanzar de Dios por medio de María, intercesora y modelo ejemplar:

La Iglesia entera, desde los Obispos hasta los fieles más pequeños y humildes se siente llamada a vivir la última fase de este siglo XX de la redención con un renovado *espíritu de Adviento*, que la prepare para el tercer milenio ya cercano, con los mismos sentimientos con los que la Virgen

⁵⁶ *Ibid.*, 30-1-1983, p. 1 (DP 12 1983).

María esperaba el nacimiento del Señor en la humildad de nuestra naturaleza humana. Como María ha precedido a la Iglesia en la fe y en el amor en el alba de la era de la redención, así la preceda hoy, mientras en este Jubileo se prepara hacia el nuevo milenio de la redención.⁵⁷

El Año Santo de la Redención sería, pues, un año de dones extraordinarios que llegarían a los fieles por medio de María. La Iglesia abrió las puertas de la gracia redentora, dando a los fieles facilidades verdaderamente maternas para recibirla mediante la indulgencia plenaria. Y es que, contemplando a María mientras esperaba el momento de ser Madre, el Papa veía en Ella el modelo que debe imitar la Iglesia para realizar la misión que Jesucristo le confió.

En su primera encíclica, *Redemptor hominis*, refiriéndose a esa misión, había escrito: **si somos conscientes de esta incumbencia, entonces nos parece comprender mejor lo que significa decir que la Iglesia es madre (cfr. Const. *Lumen gentium* 63 64) y, más aún, lo que significa que la Iglesia, siempre y en especial en nuestros tiempos, tiene necesidad de una Madre.⁵⁸** Al convocar el Año Santo de la Redención, deseaba para la Iglesia esta gracia de conversión:

Como María aceptando la Palabra divina, llegó a ser Madre de Jesús y se consagró totalmente a Sí misma a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo al misterio de la redención (cfr. Const. *Lumen gentium*, 56), así la Iglesia debe proclamar hoy y siempre que no conoce, en medio de los hombres, sino a Jesucristo crucificado, que por nosotros se ha hecho sabiduría, justificación, santificación y redención (cfr. 1 Cor 1, 30; 2,2). Con este testimonio de Cristo

⁵⁷ *Ibid.*, p. 11.

⁵⁸ Enc. *Redemptor hominis*, n.22.

Redentor afirma con profunda fe en la intercesión maternal de la **Virgen** también la **Iglesia**, como **María**, podrá encender la llama de una nueva esperanza para el mundo entero.⁵⁹

En Roma y en todo el mundo

Nada fue improvisado. Cada una de las iniciativas de Juan Pablo II era el fruto de meditaciones maduras en la presencia de Dios. En la Solemnidad de la Inmaculada Concepción de 1983, mientras se celebraba el Año Santo extraordinario, dirigió una carta a todos los obispos de la Iglesia diciéndoles que, meditando en el poder salvífico de la Redención de Cristo en la concepción de la Mujer, destinada a ser la Madre del Redentor, encuentra un nuevo estímulo para que se haga un recurso más intenso al poder de la Redención. ¿Cómo alcanzar este propósito, que veía tan necesario ante las amenazas para la humanidad contemporánea que tienen su raíz en el pecado? ¿Quién, si no la Virgen, podría interceder delante de Dios para conseguir la apertura de los hombres a la gracia redentora de Cristo?

¡Mis queridos hermanos!, exhortó el Papa a los obispos, Hermanos suyos en el cuidado de los fieles, invitándolos a profesar este poder (...) mediante el Corazón Inmaculado de la Madre de Dios, que en medida del todo particular experimentó este poder salvífico. Quería comunicarles, concretamente, su deseo de que todos y cada uno, en sus respectivas diócesis, renovaran el 25 de marzo, Solemnidad de la Anunciación del Señor, el acto de consagración que había hecho en Fátima.

⁵⁹ *L'Uss. Rom.*, 30-1-1983, p. 11.

En Roma fue un día extraordinario. Juan Pablo II pidió que llevaran a Roma la imagen original de la Virgen de Fátima, la misma que dos años atrás había recibido su primera consagración del mundo. Colocada en la Plaza de San Pedro, ella fue la que recogió la renovación del ofrecimiento del mundo que hizo el Papa. La crónica de *L'Osservatore Romano* es expresiva del extraordinario clima de fe vivido junto al Santo Padre con ocasión de la visita de la Virgen de Fátima:

«Ha sido sin duda una gracia excepcional la visita de la imagen de la Virgen de Fátima a Roma, al Vaticano. Juan Pablo II lo ha puesto de relieve con sus palabras y gestos. Y realmente la crónica es incapaz de reflejar lo que ha significado este evento. Hay algo especial que pertenece a un conjunto de cosas de por sí inenarrables: las vivencias espirituales del Papa en esta ocasión forman parte sin duda de ese conjunto. Hay que intuir las y tratar de entrar en comunión con ellas. Las alocuciones, las fotos, los gestos dicen ya mucho. La imagen fue recibida en el Vaticano como un simulacro que representa a una persona viva y entrañablemente amada, como una Reina, la Reina del cielo.

La imagen de Nuestra Señora salió de Fátima el sábado por la mañana. La acompañaba el obispo de Leiria, mons. Alberto Cosme do Amaral, y el rector del santuario, mons. Luciano Guerra.

A las 15, llegó al aeropuerto de Fiumicino, donde fue recibida por el Vicario del Papa, cardenal Ugo Poletti, y por el ordinario local (diócesis de Porto e Santa Rufina), mons. Andrea Pangrazio, con un grupo de fieles.

A las 16:15, en helicóptero, llegó al helipuerto de los jardines vaticanos. El Cardenal Secretario de Estado con otros cardenales, obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares, que residen o trabajan en el Vaticano, la recibieron y acompañaron procesionalmente, recitando el Rosario, hasta el patio de San Dámaso, que es como la plaza central del pequeño Estado pontificio. Allí la esperaba el Santo Padre. La recibió con una inmensa devoción y afecto, besó el rosario que caía de sus manos y se colocó a su lado

para acompañarla hasta la capilla Paulina, en el Palacio Apostólico. La Guardia Suiza rindió honores y su banda tocó un himno religioso.

En la capilla Paulina la imagen de la Virgen blanca fue colocada sobre un podio de claveles. Se cantó la Salve, se hicieron algunas súplicas. El Papa permaneció luego largo rato orando.

A las 9 de la noche, la imagen fue trasladada desde la capilla Paulina, situada en el primer piso de los Palacios Apostólicos, hasta el tercer piso, a la capilla privada del Santo Padre. Juan Pablo II salió a recibirla a la entrada de su apartamento y luego permaneció gran parte de la noche orando ante el Santísimo, junto a la imagen de la Virgen.

Por la mañana, antes de la Misa, la imagen fue llevada en procesión a la plaza de San Pedro y colocada junto al altar de la celebración eucarística.

Al final de la Misa, Juan Pablo II se arrodilló ante la imagen de Nuestra Señora de Fátima, colocada junto al altar sobre un podio de claveles blancos, y recitó el acto de ofrecimiento y consagración de los hombres y de los pueblos a la Virgen. Un cuarto de hora duró la plegaria que Juan Pablo II fue recitando con gran énfasis, mientras la inmensa multitud estaba en un profundo y atento silencio, empapado de emoción. En la plaza de San Pedro, Plaza Pío XII y Vía de la Conciliación, había ya más de ciento cincuenta mil personas.

Terminada la ceremonia en la plaza, la imagen, acompañada del Romano Pontífice y concelebrantes, entró en la basilica de San Pedro y fue colocada en el podio de claveles blancos sobre el altar la Confesión. Miles de fieles pudieron visitarla y acercarse a sus pies para rezar.⁶⁰

En el año 2000, cuando sea publicado el «secreto» de Fátima, se conocerá que «Sor Lucía confirmó personalmente que este acto solemne y universal de consagración correspondía a los deseos de Nuestra Señora»⁶¹.

⁶⁰ *Ibid.*, 1-IV-1984, p. 24.

⁶¹ Congregación para la Doctrina de la Fe, *El Mensaje de Fátima*. El texto completo se encuentra en www.vatican.va - «1929. En Túy, en la capilla. La Virgen se le aparece (a Sor Lucía) y pide la consagración de Rusia, hecha por el Papa en unión con los obispos de todo el mundo. La Hermana Lucía (...) se preocupó de que la petición de la Virgen referente a Rusia llegase a conocimiento de S.S. el Papa Pío XI» (C. BARTHAS, o.c., p. 546s).

IV. ¿PARA QUÉ SUFRIR?

Otra de las «casas» de María, donde se advierte de modo particular su presencia maternal, se encuentra en Lourdes. Si en Fátima la Virgen Santísima dirigió a los hombres un mensaje de oración y penitencia por las ofensas cometidas contra su Hijo, en Lourdes, desde hace más de 150 años la Inmaculada Concepción lleva a sus hijos enfermos el consuelo de sus cuidados maternales.

El 11 de febrero de 1984, en la memoria litúrgica de Nuestra Señora de Lourdes, el Papa entregó su tercera encíclica, *Salvifici doloris*, sobre el sentido cristiano del sufrimiento humano.

Para un mundo materializado y hedonista, que se enfrenta con el dolor como con el mayor de los males y se horroriza ante él porque desconoce su sentido en el plan de Dios, Juan Pablo II escribe una larga carta en la que explica el valor redentor del sufrimiento: en la Cruz no sólo se ha cumplido la Redención mediante el dolor, sino que también el mismo sufrimiento humano ha sido redimido y tiene desde entonces fuerza de redención.

Al empezar el capítulo VI de la encíclica, se lee:

Los testigos de la cruz y de la resurrección de Cristo han transmitido a la Iglesia y a la humanidad un específico Evangelio del sufrimiento. Es el mismo Redentor quien ha escrito este Evangelio ante todo con el propio sufrimiento asumido por amor.⁶²

Pero Jesucristo no estuvo solo mientras redactaba el decreto liberador de los hombres. Es ante todo consolador como es evangélica e históricamente exacto- -notar que al lado de Cristo, en primerísimo y muy destacado lugar junto a El está siempre su Madre Santísima, por el testimonio ejemplar que *con su vida entera* da a este particular Evangelio del sufrimiento. En Ella los numerosos e intensos sufrimientos se acumularon en una tal conexión y relación, que si bien fueron prueba de su fe inquebrantable, fueron también una contribución a la redención de todos.⁶³

El Papa ha subrayado que el «evangelio del sufrimiento» lo han escrito, de común acuerdo en la aceptación llena de amor del plan de Dios, Jesús y su Madre. En el Calvario, el dolor de María llegó a la cumbre junto a la Cruz de su Hijo, pero ella, en realidad, lo conoció cuando Jesús aún no podía dar sus primeros pasos...

Desde el antiguo coloquio tenido con el ángel, Ella entrevé en su misión de madre el «destino» a compartir de manera única e irrepetible la misión misma del Hijo. Y la confirmación de ello le vino bastante pronto, tanto de los acontecimientos que acompañaron el nacimiento de Jesús en Belén, cuanto el anuncio formal del anciano Simeón, que habló de una espada muy aguda que le traspasaría el

⁶² Enc. *Salvifici doloris*, 11-II-1984, n.25 (DP 39-1984).

⁶³ *Ibid.*

alma, así como de las ansias y estrecheces de la fuga precipitada a Egipto, provocada por la cruel decisión de Herodes.⁶⁴

La pasión de Cristo fue más que suficiente para redimir a los hombres, pero el plan de Dios involucraba también a la Virgen Santísima en esa misión de amor.

Después de los acontecimientos de la vida oculta y pública de su Hijo, indudablemente compartidos por Ella con aguda sensibilidad, fue en el Calvario donde el sufrimiento de María Santísima, junto al de Jesús, alcanzó un vértice ya difícilmente imaginable en su profundidad desde el punto de vista humano, pero ciertamente misterioso y sobrenaturalmente fecundo para los fines de su salvación universal. (...) Testigo de la pasión de su Hijo con su *presencia* y participe de la misma con su *compasión*, María Santísima ofreció una aportación singular al evangelio del sufrimiento, realizando por adelantado la expresión paulina citada al comienzo: («Suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia», Col 1, 24. Con esta cita comienza la encíclica). Ciertamente Ella tiene títulos especialísimos para poder afirmar lo de completar en su carne -como también en su corazón- lo que falta a la pasión de Cristo.⁶⁵

El «Evangelio del sufrimiento» la «buena nueva» del sufrimiento, podemos decir lo escribió Jesús con la ayuda de su Madre, pero también está escrito, a lo largo de las generaciones, por aquellos que sufren persecuciones por Cristo. (...) Lo escriben todos los que sufren con Cristo, uniendo los propios sufrimientos humanos a su sufrimiento salvador.⁶⁶

⁶⁴ *Ibid.*

⁶⁵ *Ibid.*

⁶⁶ *Ibid.*, n.26.

Juan Pablo II, que en 1981 había experimentado en su carne el dolor por la Iglesia como ningún Papa de este siglo, advierte que en el correr de la historia sólo es explicable por la gracia la nueva dimensión que muchos hombres, precisamente mediante el sufrimiento, han adquirido para sus vidas:

Cristo, mediante su propio sufrimiento salvífico se encuentra muy dentro de todo sufrimiento humano, y puede actuar desde el interior del mismo con el poder de su Espíritu de Verdad, de su Espíritu Consolador.⁶⁷

Cuando parecía terminar aquí su pensamiento, el Papa se detiene, lo medita nuevamente y exclama: **No basta, no es suficiente, parece querer decir. Quien sufre el dolor debe saber que el divino Redentor quiere penetrar en el ánimo de todo paciente a través del corazón de su Madre Santísima, primicia y vértice de todos los redimidos.**⁶⁸

Una vez más, como lo había hecho en Fátima, subraya la mediación maternal de María y cómo la ejercita al acompañar a cada hombre, hijo suyo, en el camino del sufrimiento hasta la Cruz: el dolor humano se hace así fortaleza redentora. Como continuación de la maternidad que por obra del Espíritu Santo le había dado la vida, Cristo moribundo confirió a la siempre Virgen María una nueva maternidad espiritual y universal hacia todos los hombres, a fin de que cada uno, en la peregrinación de la fe, quedara, junto con María, estrechamente unido a El hasta la Cruz, y cada sufrimiento, regenerado con la fuerza de esta cruz, se convirtiera, desde la debilidad del hombre, en fuerza de Dios.⁶⁹

Salvifici doloris es, para los miembros de la Iglesia y para el mundo, una enseñanza riquísima sobre el sentido cristiano del

⁶⁷ *Ibid.*

⁶⁸ *Ibid.*

⁶⁹ *Ibid.*

dolor, la realidad que más difícilmente acepta el hombre. Para quien tiene fe y sufre el dolor, la enseñanza del Papa constituye un feliz descubrimiento de su valor redentor. Para todos, la encíclica es un apreciadísimo consuelo. Pero, aún más, en *Salvifici doloris* Juan Pablo II ha enseñado que, por la participación de María en el dolor redentor de su Hijo, y por su mediación, Jesucristo quiere que el sufrimiento de cada hombre adquiera eficacia divina. En su tercera encíclica, contemplando el dolor de María, ha desvelado el misterio del dolor humano.

El Espíritu del Padre y del Hijo

En la Solemnidad de Pentecostés de 1986, Juan Pablo II, que ya había entregado a la Iglesia dos encíclicas sobre el Padre y el Hijo (*Dives in misericordia* y *Redemptor hominis*), quiso ofrecer una extensa meditación sobre la divina tercera Persona de la Santísima Trinidad. **En nuestra época estamos de nuevo llamados, por la fe siempre antigua y siempre nueva de la Iglesia, a acercarnos al Espíritu Santo, que es dador de vida.**⁷⁰

Nuevamente el año 2000 es la fecha guía del pensamiento pontificio. La Iglesia, junto con la familia humana, se acerca **al final del segundo milenio después de Cristo**. En la perspectiva de un cielo y una tierra que 'pasarán', la Iglesia sabe bien que adquieren especial elocuencia las «palabras que no pasarán» (cfr. Mt. 24, 35). Son las palabras de Cristo sobre el Espíritu Santo, fuente inagotable del «agua que salta hasta la vida eterna» (Jn. 4, 14), que es verdad y gracia salvadora. Sobre estas palabras quiere reflexionar y hacia ellas quiere llamar la atención de los creyentes y de todos

⁷⁰ Enc. *Dominum et vivificantem*, 18-V-1986, n.2 (DP 112-1986).

los hombres, mientras se prepara a celebrar como se dirá más adelante el gran Jubileo que señalará el paso del segundo al tercer milenio cristiano.⁷¹

La primera parte de la encíclica lleva por título «El Espíritu del Padre y del Hijo dado a la Iglesia». Desde la promesa y la revelación del Espíritu Santo hechas por Jesús durante la Cena pascual, recorriendo con detalle los «momentos» progresivos de la revelación y de la acción de la tercera Persona de la Trinidad en la Iglesia, Juan Pablo II llegará a la contemplación de «El Espíritu que convence al mundo en lo referente al pecado», estudio que aborda en la segunda parte de *Dominum et vivificantem*. La tercera y última parte —«El Espíritu que da la vida» se abre con esta afirmación:

El pensamiento y el corazón de la Iglesia se dirigen al Espíritu Santo al final del siglo veinte y en la perspectiva del tercer milenio de la venida de Jesucristo al mundo, mientras miramos al gran Jubileo con el que la Iglesia celebrará este acontecimiento.⁷² Y explica un poco más adelante: para nosotros los cristianos este acontecimiento significa, según el Apóstol, la plenitud de los tiempos (Gal 4, 4), porque a través de ellos Dios mismo, con su «medida», penetró completamente en la historia del hombre: es una presencia trascendente en el «*ahora*» («nunc») eterno.⁷³

Dominum et vivificantem, además de una profunda meditación teológica sobre el Espíritu Santo en la vida de la Iglesia y del mundo, es un himno a la fe en el poder del amor de Dios hecho Persona que, al llegar la nueva «plenitud de los tiempos» señalada por el comienzo del tercer milenio, quiere alumbrar una

⁷¹ *Ibid.*

⁷² *Ibid.*, n.49.

⁷³ *Ibid.*

nueva época para la vida de los hombres y de la Esposa de Cristo.

El gran *Jubileo*, que concluirá el segundo milenio al que la Iglesia ya se prepara, tiene directamente una *dimensión cristológica*; en efecto, se trata de celebrar el nacimiento de Jesucristo. Al mismo tiempo, tiene una *dimensión pneumatológica*, ya que el misterio de la encarnación se realizó «por obra del Espíritu Santo».⁷⁴

Desde ángulos distintos, admirado primero ante el misterio de la encarnación, la encíclica explica los motivos del Jubileo del tercer milenio:

La concepción y el nacimiento de Jesucristo son la obra más grande realizada por el Espíritu Santo en la historia de la creación y de la salvación: la suprema gracia —«la gracia de la unión» fuente de todas las demás gracias (...). A esta obra se refiere el gran Jubileo y se refiere también si penetramos en su profundidad al artífice de esta obra: la *Persona del Espíritu Santo*.⁷⁵

(...) Todo esto (el misterio de la encarnación como plenitud definitiva de la autocomunicación de Dios) se realiza por obra del Espíritu Santo y, por consiguiente, pertenece al contenido del gran Jubileo futuro. La Iglesia no puede *prepararse* a ello de otro modo, *si no es por el Espíritu Santo*. Lo que en la «plenitud de los tiempos» se realizó por obra del Espíritu Santo, solamente por obra suya puede ahora surgir de la memoria de la Iglesia. Por obra suya puede hacerse presente en la nueva fase de la historia del hombre sobre la tierra: el año dos mil del nacimiento de Cristo.

⁷⁴ *Ibid.*, n.50.

⁷⁵ *Ibid.*

El Espíritu Santo, que cubrió con su sombra el cuerpo virginal de *María*, dando *comienzo en ella a la maternidad divina*, al mismo tiempo hizo que su corazón fuera perfectamente obediente a aquella autocomunicación de Dios que superaba todo concepto y toda facultad humana.⁷⁶

El Papa fija su mirada en el materialismo ateo que cabalga sobre nuestro tiempo interpreta que es el desarrollo sistemático y coherente de la oposición paulina entre «la carne» y «el espíritu» (cfr. Gal 5, 16) y añade proféticamente:

En esta perspectiva tan característica de nuestro tiempo se deben subrayar las «apetencias del espíritu» en los preparativos del gran Jubileo, como llamadas que resuenan en la noche de un nuevo tiempo de adviento, donde al final, como hace dos mil años, ‘todos verán la salvación de Dios’ (Lc 3, 6; cfr. Is 40, 5). Esta es una posibilidad y una esperanza, que la Iglesia confía a los hombres de hoy.⁷⁷

¿Cuál es la misión de la Madre de Dios, Esposa del Espíritu Santo, en el adviento de la nueva era? ¿Por qué Juan Pablo II apenas ha esbozado el papel de *María*, de quien el Verbo asumió la naturaleza humana cuando se encarnó por obra del Espíritu Santo? Hay que responder que tanta es la grandiosidad del misterio de la Santísima Virgen, que merecerá un desarrollo magisterial exclusivo, enteramente dedicado a exponerlo en toda su belleza.

No obstante, con la esperanza de nuevos y fecundos tiempos, escribe ahora, **la Iglesia persevera en oración con *María*. Esta unión de la Iglesia orante con la madre de Cristo forma parte del misterio de la Iglesia desde el principio: la vemos presente en este misterio como está presente en el misterio de su Hijo.⁷⁸**

⁷⁶ *Ibid.*, n.51.

⁷⁷ *Ibid.*, n.56.

⁷⁸ *Ibid.*, n.66.

Antes de terminar el extraordinario cuadro de la acción del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia y del mundo, el Papa da una precisa pincelada mariana:

(La oración de la Iglesia) en la perspectiva del tercer milenio después de Cristo (...) es una oración encaminada a los destinos salvíficos hacia los cuales el Espíritu Santo abre los corazones con su acción a través de toda la historia del hombre en la tierra. Pero al mismo tiempo, esta oración se orienta hacia un momento concreto de la historia, en el que se pone de relieve la «plenitud de los tiempos», marcada por el año dos mil. La Iglesia desea prepararse a este Jubileo por medio del Espíritu Santo, así como por el Espíritu Santo fue preparada la Virgen de Nazaret, en la que el Verbo se hizo carne.⁷⁹

⁷⁹ *Ibid.*

V. LA MADRE DEL REDENTOR

Cuando el 25 de marzo de 1987, Solemnidad de la Anunciación del Señor, Juan Pablo II entrega a la Iglesia la encíclica *Redemptoris Mater*, comienza el movimiento central majestuoso, vibrante, jubiloso de un concierto cuya interpretación había empezado el día de su elección a la Cátedra de Pedro, el 16 de octubre de 1978. En efecto, su recurso a la Santísima Virgen, iniciado desde la logia de la Plaza Mayor del mundo, fue la breve llamada con la que el maestro de la dirección orquestal pide la atención de sus músicos para comenzar la ejecución sinfónica. Después, la Basílica de Santa María la Mayor, en Roma; el Santuario de la Virgen de Guadalupe, en México; el de la Virgen de Czestokowa, en Polonia; el de Nuestra Señora de Fátima, en Portugal, fueron los escenarios en los que la Iglesia asistió al desarrollo impecable de cada uno de los movimientos de un extraordinario concierto magisterial en honor de Santa María, Madre Mediadora de los hombres.

Fue en su patria natal donde el Papa señaló diáfananamente el tema de su obra -**¡Todo por medio de María!**-, indicando así la melodía que debía seguir la Iglesia mientras se acercaba al tercer

milenio de la encarnación redentora del Hijo de Dios. Posteriormente, cada una de sus intervenciones estuvo animada por el convencimiento incoado en Polonia. Al llegar el año 1987, noveno de su pontificado, la Iglesia comprende de un modo nuevo que junto al Redentor del hombre siempre está su Madre Santísima.

Para interpretar el último movimiento de este gran concierto, Juan Pablo II eligió un escenario a la medida: *Redemptoris Mater* fue presentada en el marco de un año dedicado por entero a la contemplación de la Virgen Santísima, puesto que desde la Solemnidad de Pentecostés de 1987, hasta la Solemnidad de la Asunción de la Virgen del año 1988, el Papa había decidido convocar un Año Mariano en toda la Iglesia.

Su motivo inmediato, explica al principio de la encíclica, fue hacer preceder el Jubileo bimilenario del nacimiento de Jesús, por un análogo Jubileo dedicado a celebrar el nacimiento de María. En realidad, continúa, aunque no sea posible establecer un preciso *punto cronológico* para fijar la fecha del nacimiento de María, es constante por parte de la Iglesia la conciencia de que *María apareció antes de Cristo* en el horizonte de la *historia de la salvación*. Es un hecho que, mientras se acercaba definitivamente «la plenitud de los tiempos» o sea el acontecimiento salvífico del Emmanuel, la que había sido destinada desde la eternidad para ser su Madre ya existía en la tierra. Este «preceder» suyo a la venida de Cristo se refleja cada año en la *liturgia de Adviento*. Por consiguiente, si los años que se acercan a la conclusión del segundo milenio después de Cristo y al comienzo del tercero se refieren a aquella antigua espera histórica del Salvador, es plenamente comprensible que en este período deseemos dirigirnos de modo particular a la que, en la noche de la espera de Adviento, comenzó a resplande-

cer como una verdadera «estrella de la mañana» (*Stella matutina*). En efecto, igual que esta estrella junto con la «aurora» precede la salida del sol, así María desde su concepción ha precedido la venida del Salvador, la salida del «sol de justicia» en la historia del género humano.⁸⁰

Explicado el propósito, comienza a desarrollar su pensamiento fijándose, precisamente, en la grandiosidad del misterio de la encarnación que había adelantado en *Dominum et vivificantem*. La primera parte de la encíclica, titulada «María en el misterio de Cristo», se abre con la contemplación de la «llena de gracia». El Papa explica el significado de estas palabras celestiales y extrae sus maravillosas consecuencias:

En el contexto del anuncio del ángel se refiere ante todo a la elección de María como Madre del hijo de Dios. Pero, al mismo tiempo, la plenitud de gracia indica la dádiva sobrenatural, de la que se beneficia María porque ha sido elegida y destinada a ser Madre de Cristo. Si esta elección es fundamental para el cumplimiento de los designios salvíficos de Dios respecto a la humanidad, si la elección eterna en Cristo y la destinación a la dignidad de hijos adoptivos se refieren a todos los hombres, la elección de María es del todo excepcional y única. De aquí, la singularidad y unicidad de su lugar en el misterio de Cristo.⁸¹

Después del misterio de la Anunciación, *Redemptoris Mater* guía los pasos de los fieles hasta la ciudad de Judá en la que María es saludada por la obediencia de su fe: «¡Feliz la que ha creído!» (Lc 1, 45). Después, el nacimiento de Jesús, su presentación en el templo, su extravío durante tres días, son las circunstancias que Juan Pablo II despliega ante los ojos de la Igle-

⁸⁰ Enc. *Redemptoris Mater*, 25-III-1987, n.3.

⁸¹ *Ibid.*, n.9.

sia para admirar cómo avanzó la Virgen «en la peregrinación de la fe», según la expresión conciliar que hace suya (cfr. *Lumen gentium*, 58).

María en Caná de Galilea. Aquí contempla la solicitud de María por los hombres, **el ir a su encuentro en toda la gama de sus necesidades.**⁸² La preocupación por aquella particular indigencia («no tienen vino»), **tiene un valor simbólico. El ir al encuentro de las necesidades del hombre significa, al mismo tiempo, su introducción en el radio de acción de la misión mesiánica y del poder salvífico de Cristo. Por consiguiente, se da una mediación: María se pone entre su Hijo y los hombres en la realidad de sus privaciones, indigencias y sufrimientos. Se pone «en medio», o sea que hace de mediadora no como una persona extraña, sino en su papel de madre, consciente de que como tal puede más bien, «tiene el derecho de» hacer presente al Hijo las necesidades de los hombres. Su mediación, por tanto, tiene un carácter de intercesión: María «intercede» por los hombres. No sólo: como Madre desea también que se manifieste el poder mesiánico del Hijo, es decir su poder salvífico encaminado a socorrer la desventura humana, a liberar al hombre del mal que bajo diversas formas y medidas pesa sobre su vida.**⁸³

La mediación de María se hace intercesión por los hombres, ha dicho Juan Pablo II. Y, después de escuchar el «haced lo que Él os diga» de la Madre de Jesús a los servidores, explica:

La Madre de Cristo se presenta ante los hombres como portavoz de la voluntad del Hijo, indicadora de aquellas

⁸² *Ibid.*, n.21.

⁸³ *Ibid.*

exigencias que deben cumplirse para que pueda manifestarse el poder salvífico del Mesías. En Caná, merced a la intercesión de María y a la obediencia de los criados, Jesús da comienzo a «su hora». En Caná, María aparece como la *que cree en Jesús*; su fe provoca la primera «señal» y contribuye a suscitar la fe de los discípulos.⁸⁴

Ya está introducido el nervio de la doctrina que el Vicario de Cristo quiere difundir intensamente en la corriente vital de la Iglesia: María es Madre Mediadora en la comunicación de los hombres con Dios y acerca a los hombres el querer de Dios para ellos. No es posible, aquí y ahora, meditar todas las afirmaciones de *Redemptoris Mater*. Lo que interesa subrayar es que la primera y la segunda parte de la encíclica en ésta se refiere a «La Madre de Dios en el centro de la Iglesia peregrina»- constituyen la preparación del estudio que hace el Papa en la última parte del documento: la «Mediación materna», que será objeto de una particular atención.

«La elaboración conceptual, verdadera y propia» escribió el Cardenal Ratzinger *de lo que realmente constituye el carácter específico de la intercesión de María se hace, sobre todo, en la tercera parte, una vez más a través de una correlación muy sutil entre diversos pasajes de la Escritura, que aparentemente no tienen nada que ver el uno con el otro, pero que, precisamente en su relación recíproca, proyectan una luz sorprendentemente nueva. La tesis fundamental del Papa es la siguiente: el carácter específico de la mediación de María consiste en el hecho de que se trata de una intercesión materna, ordenada a un nacimiento siempre nuevo de Cristo en el mundo. Ella custodia la dimensión femenina en la actividad actual de la Iglesia y sigue siendo su origen permanente. En este contexto la encíclica cita las palabras de Pablo: «¡Hijitos míos!, por quienes sufro de nuevo*

⁸⁴ *Ibid.*

dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros' (Gal. 4,19). El Papa ve expresada aquí la tan a menudo olvidada, 'conciencia materna de la Iglesia primitiva' (n. 43)).⁸⁵

Hay que recordar que en su primer viaje a Polonia, Juan Pablo II había afirmado que la *interpretación auténtica* del capítulo VIII de la Constitución *Lumen gentium*, era la mediación de María. Ahora, en un documento magisterial de primera importancia, partiendo de los textos conciliares, engarza con tal arte la joya de la mediación mariana, que embellece aún más la doctrina conciliar.

«Es cierto que el Concilio Vaticano II había recurrido ya al título de «Mediatrice» (*Lumen gentium*, 62) y había hablado también de la mediación de María (*Lumen gentium*, 60 y 62). Sin embargo, hasta ahora, este tema no se había expuesto de manera tan extensa en ningún documento magisterial. Por lo que respecta al contenido, la encíclica va más allá de cuanto ya había dicho el Concilio, a cuya terminología se atiene. Pero la encíclica profundiza en los elementos conciliares y les da un nuevo peso para la teología y para la piedad».⁸⁶

La idea fundamental es que la mediación de María *está íntimamente unida a su maternidad* y posee un carácter específicamente materno que la distingue del de las demás criaturas que, de un modo diverso y siempre subordinado, participan de la única mediación de Cristo, siendo también la suya una mediación subordinada.⁸⁷

Un conocido teólogo escribió: «Por lo que se refiere a la terminología, la novedad está constituida por la expresión *mediación materna*, como añadidura y como explicación del lenguaje conciliar. Dándole a esta expresión los precisos contenidos doctrinales, el Santo Padre delinea

⁸⁵ J. RATZINGER, *La Encíclica «Redemptoris Mater»*, en *L'Oss. Rom.*, 16 VIII 1987, p. 2.

⁸⁶ *Ibid.*

⁸⁷ *Enc. Redemptoris Mater*, n.38.

la naturaleza, el fundamento, los límites de la cooperación especial y extraordinaria de la Esclava del Señor con la persona y con la obra salvífica de Cristo, tanto en la vida histórica como en la Comunión de los Santos. No se trata de un reflujó terminológico de la teología preconiliar, sino de una «expresión nueva» que, salvaguardando la unicidad y la universalidad de la mediación de Cristo, se dirige a un coherente desarrollo de la doctrina de la función materna de María. El título **mediación materna** (...) permanece como el más significativo para designar la acción de María en la historia de la salvación».⁸⁸

Aclarado este punto de no fácil aceptación por parte de la teología protestante, la encíclica subraya también que en el caso de María se trata de una mediación especial y excepcional, basada sobre su «plenitud de gracia», que se traducirá en la plena disponibilidad de la «esclava del Señor».

Jesucristo, como respuesta a esta disponibilidad interior de su Madre, **la preparaba** cada vez más a ser para los hombres «madre en el orden de la gracia».⁸⁹

María comenzará a ejercitar su maternidad espiritual después de la ascensión del Hijo. Su maternidad permanece en la Iglesia como mediación materna; intercediendo por todos sus hijos, la Madre coopera en la acción salvífica del Hijo, Redentor del mundo.⁹⁰

Jesús quiso tener consigo en el Cielo, en cuerpo y alma, a su Madre. No se desentiende por eso de sus hijos, sino que, por el contrario, por su cooperación constante con Él (...) tiene también aquella función, propia de la madre, de mediadora de clemencia.⁹¹

⁸⁸ S.M. MEO, *La mediazione materna» di Maria nella enc. «Redemptoris Mater», en Marianum* 51 (1989) p. 165s).

⁸⁹ Enc. *Redemptoris Mater*, n.39.

⁹⁰ *Ibid.*, n.40.

⁹¹ *Ibid.* n. 41

María es Madre de la Iglesia, y esta relación maternal tiene precisas consecuencias. Ella participa maternalmente en aquella «dura batalla contra el poder de las tinieblas» (cf. *Gaudium el Spes*, n. 37) que se desarrolla a lo largo de toda la historia humana. En este permanente combate, es motivo de esperanza y consuelo el hecho de que la Iglesia, a lo largo de toda su vida, mantiene con la Madre de Dios un vínculo que comprende, en el misterio salvífico, el pasado, el presente y el futuro, y la venera como madre espiritual de la humanidad y abogada de gracia.⁹² Quiere subrayar el Papa que María es también la que, precisamente como esclava del Señor, coopera sin cesar en la obra de la salvación llevada a cabo por Cristo, su Hijo.⁹³

Con razón se ha escrito también que, a partir de la *Redemptoris Mater*, «las afirmaciones que nos presentan a la Virgen como el «cuello» o el «acueducto» a través de los cuales nos llega la gracia de la Cabeza o de la Fuente, aún conservando un cierto valor metafórico, se manifiestan como insuficientes. Más bien se deberá decir que los hombres reciben la gracia de Dios a través de Cristo y María porque, en un sentido mucho más real y profundo y, por eso, también más misterioso que el de las palabras de San Lucas referidas a los primeros cristianos (cfr. Act 4, 32), María es «*cor unum et anima una*» (un solo corazón y una sola alma) con Cristo. Por eso, como decía Mons. Escrivá, el cristiano encuentra en María «todo el amor de Cristo» y, en Cristo, se ve «metido en la vida inefable de Dios Padre, de Dios Hijo, de Dios Espíritu Santo» (J. Escrivá, *Amigos de Dios*, Madrid 1983, 8a. ed., n. 293).⁹⁴

⁹² *Ibid.*, n.47.

⁹³ *Ibid.*, n.49.

⁹⁴ F. OCARIZ, *La mediazione materna. (Riflessione teologica sull'Enc. Redemptoris Mater)*, en *Romana* (1987) n.5, p. 317.

Durante el Año Mariano, Rusia celebraba el milenio desde que la fe en Cristo había empezado a difundirse por los pueblos de la antigua Rus'. De un modo especial el Papa ruega por ellos a la Virgen —millones de hombres y mujeres que no podían confesar en libertad su fe— y se dirige a la Madre del Redentor meditando las estrofas del antiguo himno litúrgico *Alma Redemptoris Mater*.

«Salve, Madre soberana del Redentor, puerta del cielo siempre abierta, estrella del mar, socorre al pueblo que sucumbe y lucha por levantarse, tú que para asombro de la naturaleza has dado el ser humano a tu Creador».

Mientras con toda la humanidad se acerca al confín de los dos Milenios, la Iglesia, por su parte, con toda la comunidad de los creyentes y en unión con todo hombre de buena voluntad, recoge el gran desafío contenido en las palabras de la antifona sobre «el pueblo que sucumbe y lucha por levantarse» y se dirige conjuntamente al Redentor y a su Madre con la invocación «Socorre». En efecto, la Iglesia ve y lo confirma esta plegaria a la Bienaventurada Madre de Dios en el misterio salvífico de Cristo y en su propio misterio; la ve profundamente arraigada en la historia de la humanidad, en la eterna vocación del hombre según el designio providencial que Dios ha predispuesto eternamente para él; la ve maternalmente presente y partícipe en los múltiples y complejos problemas que acompañan hoy la vida de los individuos, de las familias y de las naciones; la ve socorriendo al pueblo cristiano en la lucha incesante entre el bien y el mal, para que «no caiga» o, si cae, «se levante».⁹⁵

⁹⁵ *Ibid.*, n.52.

VI. LA MADRE DE DIOS Y EL MISTERIO DE LA MUJER

A lo largo de su historia de más de veinte siglos, no pocas mujeres se han destacado por su extraordinario amor a la Iglesia de Jesucristo. En momentos de especiales dificultades, armadas con una profunda fe en Dios, con el encanto y la valentía propias de su condición, realizaron trabajos imponentes de reconstrucción y reforma de la Iglesia.

Catalina Benincasa, que sería conocida para siempre como Santa Catalina de Siena, fue una de esas mujeres. Vivió en el siglo XIV, en un tiempo en el que la Iglesia se veía sacudida por agitaciones doctrinales y su rostro estaba desfigurado por la mala conducta de no pocos de sus pastores. Catalina Benincasa era una mujer de fuego. Dominada por el amor a Cristo crucificado, no tuvo respetos humanos ni miedos de ninguna clase: habló y escribió a cardenales y obispos, a los señores de las ciudades, a mujeres influyentes, al mismo Papa, al que llamaba *il dolce Cristo in terra*. Fue Catalina en persona quien viajó a Avignon y consiguió, con sus ruegos llenos de autoridad, que el Papa Gregorio XI volviera a Roma.

En el año 1970, Santa Catalina de Siena, junto con Santa Teresa de Jesús, se convirtió en la primera mujer en la historia que recibió el título de Doctora de la Iglesia, hasta entonces otorgado solamente a hombres santos especialmente destacados por la excelencia de su doctrina.

Cuando Juan Pablo II estaba apenas iniciándose en su ministerio de Sucesor de Pedro, el domingo 5 de noviembre de 1978 fue a rezar delante de los restos de Santa Catalina –Patrona de Italia, junto con San Francisco de Asís– que se veneran, en Roma, en la basílica de *Santa Maria sopra Minerva*.

Dijo el Papa en su discurso que veía en la Santa **un signo visible de la misión de la mujer en la Iglesia**. Abundando en la idea, recordó que la Iglesia, además de ser de Jesucristo y de los Apóstoles, es **Iglesia-Madre e Iglesia-Esposa**. Y explicó que estas expresiones bíblicas **revelan con claridad cuán profundamente está inscrito en el misterio de la Iglesia la misión de la mujer**. Manifestó también que sobre este tema –la misión de la mujer– **quisiera decir muchas cosas...**,⁹⁶ dando a entender que en su momento las diría.

Contemplando el entero arco de su pontificado, no se puede decir solamente que Juan Pablo II haya «hablado» sobre la mujer: en realidad, formó un verdadero cuerpo de doctrina, de enseñanzas inéditas que están destinadas a dar fruto en el correr del tiempo.

Algunas de las «muchas cosas» que tenía para decir sobre la mujer las había adelantado en la encíclica *La Madre del Redentor*.⁹⁷ refiriéndose a la importancia que tiene la Virgen en la vida

⁹⁶ *L'Osservatore Romano*, 12-XI-1978, p. 7.

⁹⁷ Anteriormente, desde septiembre de 1979 hasta noviembre de 1984, en distintas etapas, el Papa había dedicado las Audiencias generales de los miércoles a la *Teología del cuerpo*, tema complejo y extenso en el que fundamenta sus posteriores enseñanzas sobre la mujer.

cristiana, destacó que **Ella adquiere un acento peculiar respecto a la mujer**, por el hecho sublime y único en la historia, de que Dios se entregó al **ministerio libre y activo de una mujer**, por medio de la cual vino al mundo. En consecuencia, **la mujer, al mirar a María, encuentra en ella el secreto para vivir dignamente su feminidad y para llevar a cabo su verdadera promoción.**⁹⁸

Mucho más quería decir sobre la mujer, y en la encíclica anunció que se trataba de **un tema que podrá profundizarse en otro lugar**. No obstante, ya entonces su pluma describió en conceptos espléndidos la singular grandeza de la mujer, que tiene como paradigma a la Santísima Virgen.

A la luz de María la Iglesia lee en el rostro de la mujer los reflejos de una belleza, que es espejo de los más altos sentimientos de que es capaz el corazón humano: la oblación total del amor, la fuerza que sabe resistir los más grandes dolores, la fidelidad sin límites, la laboriosidad infatigable y la capacidad de conjugar la intuición penetrante con la palabra de apoyo y de estímulo.⁹⁹

Al encuentro de la dignidad de la mujer

La ocasión privilegiada para profundizar en el misterio de la mujer, la encontró el Papa en la solemnidad de la Asunción de la Santísima Virgen del año 1988. Así como había inaugurado el Año Mariano entregando a la Iglesia la encíclica *Redemptoris Mater*, quiso concluir la celebración regalándole una *meditación* —así la definió— *Sobre la dignidad de la mujer*, en la que intentó —como

⁹⁸ Enc. *Redemptoris Mater*, n. 46.

⁹⁹ *Ibid.*

diría a sus colaboradores más íntimos- **recoger el mensaje revelado sobre la dignidad y la vocación de la mujer en la Iglesia y en la sociedad.**¹⁰⁰

¿Por qué una Carta apostólica enteramente dedicada a la mujer? La respuesta –lo recuerda al comenzar su meditación– debe buscarse en el llamamiento a las mujeres que hicieron todos los obispos de la Iglesia al clausurar el Concilio Vaticano II en 1965. En el Mensaje final habían declarado:

*«Llega la hora, ha llegado la hora en que la vocación de la mujer adquiere en el mundo una influencia, un peso, un poder jamás alcanzados hasta ahora. Por eso, en este momento en que la humanidad conoce una mutación tan profunda, las mujeres llenas del espíritu del evangelio pueden ayudar tanto a que la humanidad no decaiga.»*¹⁰¹

Para poder llevar a cabo una misión de tamaña responsabilidad, resulta indispensable ir a la fuente del ser mismo de la mujer. *Mulieris dignitatem* no será la reflexión de un filósofo sobre la condición femenina, sino la meditación del primer custodio e intérprete de la Revelación divina, sobre **la razón y las consecuencias de la decisión del Creador, que ha hecho que el ser humano pueda existir sólo como mujer o como varón.**¹⁰²

La consideración fundamental, el punto de partida es éste: siendo Cristo quien da a conocer plenamente al hombre quién es el hombre, **¿no se debe quizás descubrir un puesto particular para aquella «mujer» que fue la Madre de Cristo?**¹⁰³ En otras palabras, conociendo más profundamente a María se podrá responder a esta pregunta clave: ¿quién es la mujer?

¹⁰⁰ Alocución a los Cardenales y prelados de la Curia Romana, 22-XII-1988, (DP-144, 1988).

¹⁰¹ Mensaje del Concilio a las Mujeres, 8-XII-1965, cit. en Carta ap. *Mulieris dignitatem*, 15-VIII-1988, n.1.

¹⁰² *Ibid.*

¹⁰³ *Ibid.*, n.2.

La Revelación enseña que la promesa de la salvación, hecha por Dios en los albores de la humanidad después del pecado original (cfr. Génesis 3, 15), **tiene su comienzo con una mujer, la «mujer», en la anunciación de Nazaret.** Este acontecimiento, que el Papa califica como **la absoluta novedad del evangelio,** constituye el comienzo de la nueva alianza, eterna e irrevocable, de Dios con los hombres. Y aquí **está la mujer: la Virgen de Nazaret,**¹⁰⁴ a la que nunca dejarán las generaciones de admirar y alabar: **en ella y por medio de ella**¹⁰⁵ el Verbo se hizo carne, Dios asumió la naturaleza humana.

* La grandeza de haber sido preparada y elegida por Dios para esta misión única en la historia, hace que María represente la **humanidad que es propia de todos los seres humanos, ya sean hombres o mujeres.**¹⁰⁶ Ahora bien, en atención a su maternidad divina, la Santísima Virgen fue «llena de gracia», reuniendo en sí todas las perfecciones. Por eso, ella es la mujer que expresa en sí **la plenitud de la perfección, de lo «que es característico de la mujer», de «lo que es femenino».** María es el modelo, el ideal, el ejemplo, **el arquetipo de la dignidad personal de la mujer.**¹⁰⁷

En otras palabras: mirándose en Santa María, agraciada en plenitud por Dios en atención a la misión para la que fue predestinada, es donde la mujer, cada mujer, encuentra el sentido de su propio ser y descubre su dignidad. Más aún, también en la contemplación de María se descubre la grandeza del misterio más profundo que lleva en sí la mujer: su maternidad.

Dios ha querido hacerla partícipe de su propio poder creador, dándole la capacidad de ser madre. En el plano de la Alianza

¹⁰⁴ *Ibid.*, n.11.

¹⁰⁵ *Ibid.*, n.3.

¹⁰⁶ *Ibid.*, n.4.

¹⁰⁷ *Ibid.*, n.5.

que ha realizado con los hombres en Jesucristo, esto significa que, por la maternidad de María, en esa alianza **ha sido introducida la maternidad de la mujer**. Y cada vez, todas las veces que *la maternidad de la mujer* se repite en la historia humana sobre la tierra, está siempre en *relación con la Alianza* que Dios ha establecido con el género humano mediante la maternidad de la Madre de Dios.¹⁰⁸

Partiendo de este sublime principio (deberíamos besar cada paso de la mujer que espera un hijo), el Papa continúa su meditación contemplando la delicadeza y la confianza que distinguieron a Jesús en su trato con las mujeres; estudia las dos dimensiones (maternidad y virginidad) de la vocación de la mujer; se detiene en la consideración de la Iglesia como «Esposa de Cristo»... *Mulieris dignitatem* es un tesoro de incalculable valor, un viento del Espíritu que limpia por completo las oscuridades y confusiones de nuestro tiempo acerca de la condición de la mujer, sacando a la luz su divina grandeza.

Por esto, en el año especialmente dedicado a la Santísima Virgen, «la mujer» por excelencia, **la Iglesia**, se lee al terminar la Carta, **desea dar gracias a la Santísima Trinidad por el «misterio de la mujer» y por cada mujer**. (...) **En definitiva, ¿no se ha obrado en ella y por medio de ella lo más grande que existe en la historia del hombre sobre la tierra, es decir, el acontecimiento de que Dios mismo se ha hecho hombre?**¹⁰⁹

¹⁰⁸ *Ibid.*, n.19.

¹⁰⁹ *Ibid.*, n.31.

Por una cultura de la vida

El año en que nació Catalina Benincasa, 1347, fue también el año en que, comenzando en Florencia, se extendió por toda Europa una de las epidemias más terribles de la historia: en tres años, la «peste negra» acabó con un tercio de su población: «no se había conocido nada semejante. Los vivos apenas eran suficientes para enterrar a los muertos», se lee en la «Vida de los Papas de Avignon».

Al terminar el siglo XX, una epidemia de no menor gravedad se difunde por todo el mundo: es la **«cultura de la muerte»**. Inmersos en ella, **amplios estratos de la opinión pública justifican algunos delitos contra la vida en nombre de los derechos de la libertad individual, y pretenden con este presupuesto no sólo su impunidad, sino incluso la autorización del Estado para poder practicarlos con absoluta libertad e incluso con la intervención gratuita de las estructuras sanitarias.**

Si esta situación es a todas luces gravísima, **no menos grave e inquietante es el hecho de que la misma conciencia (...) tiene cada vez más dificultades para percibir la distinción entre el bien y el mal en lo que afecta al propio valor de la vida humana.**

En abril de 1991, una reunión extraordinaria de los Cardenales estuvo dedicada a tratar estas alarmantes circunstancias que afectan a todo el mundo. Fruto de ese consistorio fue la petición unánime que hicieron al Papa para que, con la autoridad del Sucesor de Pedro, ratificara el valor de la vida humana y su carácter inviolable. El 25 de marzo de 1995, Solemnidad de la Anunciación del Señor, Juan Pablo II, después de consultar a todos los obispos de la Iglesia, respondió a la petición que se le

había hecho con la encíclica *El Evangelio de la vida*,¹¹⁰ sobre el valor y el carácter inviolable de la vida humana: la trascendencia de lo que estaba y está en juego requería un pronunciamiento de esta índole.

El Evangelio de la vida está en el centro del mensaje de Jesús,¹¹¹ afirma al comenzar la extensa, profunda y clara explicación del valor de la vida humana, a la luz de lo que dicen la razón y la Revelación de Dios. Lo que está en juego es, nada menos, que la cultura de la vida contra una «cultura de la muerte» promovida activamente por poderosas corrientes culturales, económicas y políticas, portadoras de una concepción eficientista de la sociedad. **Se puede realmente hablar de una guerra de los poderosos contra los débiles: se considera inútil la vida, que exigiría más acogida, amor y cuidado, (los no nacidos, los enfermos y los ancianos) y se la considera como un peso insoportable y por tanto se la rechaza de muchas maneras. No se piense que es un asunto que afecta solamente a las relaciones individuales y familiares: va bastante más allá, hasta mellar y trastornar con alcance mundial las relaciones entre los pueblos y los Estados.**¹¹²

Por el alcance y la gravedad del tema, Juan Pablo II expresa en tres pronunciamientos el juicio moral de la Iglesia sobre los atentados contra la vida, **con la autoridad que Cristo dio a Pedro y a sus Sucesores**¹¹³ y **en comunión con los Obispos de la Iglesia católica:**¹¹⁴

- 1) la muerte directa y voluntaria de un ser humano inocente, es declarada **siempre gravemente inmoral** (n. 57);

¹¹⁰ Enc. *Evangelium vitae*, 2-III-1995, n. 4, las dos citas anteriores.

¹¹¹ *Ibid.*, n.1.

¹¹² *Ibid.*, n.12.

¹¹³ Cft. *ibid.*, ns. 57 y 62.

¹¹⁴ Cft. *ibid.*, ns. 57, 62, 65.

- 2) el aborto directo, es decir, querido como fin o como medio, es declarado **siempre un desorden moral grave** (n. 62);
- 3) la eutanasia verdadera se declara **siempre una violación grave de la ley de Dios, en cuanto muerte deliberada, moralmente inaceptable, de una persona humana** (n. 65).¹¹⁵

Al mismo tiempo que condena los atentados contra la vida, *Evangelium vitae* (la encíclica reclama tiempo de lectura, reflexión y estudio sereno) es una fuerte y urgente invitación, dirigida particularmente a los miembros de la Iglesia, a construir una nueva **cultura de la vida**. Para llevar a la práctica este proyecto, la Santísima Virgen, que **en nombre de todos y para bien de todos fue quien acogió «la Vida»**,¹¹⁶ es el modelo a quien mirar e imitar.

Como lo hiciera en *Mulieris dignitatem*, Juan Pablo II contempla la maternidad de María y extrae de ella dos convicciones: por una parte, la Iglesia descubre en ella **el sentido de su propia maternidad y el modo con que está llamada a expresarla**; por otra, siendo también ella Madre, la Iglesia comprende **la experiencia de María como modelo incomparable de acogida y cuidado de la vida**.¹¹⁷

Acerca del primer aspecto, partiendo de «la Mujer vestida del sol» que aparece en el Apocalipsis (12, 1), enseña que en ella ve la Iglesia **una imagen de su propio misterio** —la Iglesia está en la historia y al mismo tiempo trasciende la historia— y, a su vez,

¹¹⁵ Es muy significativo que, en los tres «pronunciamientos», el texto haga referencia al n. 25 de la Const. *Lumen gentium*, que enseña la infalibilidad de los obispos cuando «enseñando auténticamente en materia de fe y costumbres convienen en que una doctrina ha de ser tenida como definitiva».

¹¹⁶ *Ibid.*, n.102.

¹¹⁷ *Ibid.*

repara en que es un misterio que se ha realizado de modo pleno y ejemplar en María.¹¹⁸

Así como la Mujer del Apocalipsis «está encinta» (12, 2), la Iglesia lleva consigo al Salvador del mundo y está llamada a **darlo al mundo, regenerando a los hombres la vida misma de Dios**. En ningún momento puede olvidar la Iglesia que ella realiza esta divina misión **gracias a la maternidad de María que es verdaderamente Madre de Dios**. Admirado ante la Santísima Virgen, vuelve a destacar esta idea fundamental, de la que ya había escrito en *Mulieris dignitatem*: en la maternidad de María viene exaltada al máximo la vocación a la maternidad inscrita por Dios en cada mujer.¹¹⁹

Un paso más da la encíclica, un paso necesaria y venturosamente doloroso. Según la revelación del Apocalipsis, la Mujer sufría «los dolores y el tormento de dar a luz» (12, 2). La maternidad de la Iglesia también se realiza así, **en la perenne tensión con las fuerzas del mal, que continúan atravesando el mundo y marcando el corazón de los hombres**.

La Virgen, como la Iglesia, también tuvo **que vivir su maternidad bajo el signo del sufrimiento**: «Éste está puesto... para ser señal de contradicción —le dijo Simeón a María al presentarlo en el templo de Jerusalén— ¡y a ti misma una espada te atravesará el alma!» (Lc 2, 34-35). Desde el inicio de su vida Jesús sufre el rechazo, que alcanzará su culmen en el Calvario. Aquí, «junto a la cruz de Jesús» (Jn 19, 25) María participa de la entrega que el Hijo hace de sí mismo: ofrece a Jesús, lo da, lo engendra definitivamente para nosotros. En expresión bellísima, dirá el Papa que recibiendo a todos los hombres como

¹¹⁸ *Ibid.*, n.103.

¹¹⁹ *Ibid.*

hijos —«Mujer, ahí tienes a tu hijo» (Jn 19, 26)- el «sí» de la **Anunciación madura plenamente en la Cruz.**¹²⁰

Pero la figura gloriosa de Santa María, (vestida del sol en el cielo después de haber sido vestida de dolor en la tierra), en el libro del Apocalipsis es acompañada por «otra señal»: **se trata de «un gran Dragón rojo» (12, 3), que simboliza a Satanás, potencia espiritual maléfica, y al mismo tiempo a todas las fuerzas del mal que intervienen y dificultan la misión de la Iglesia.**¹²¹ El Dragón quiere devorar al Niño recién nacido (cfr. Apc 12, 4)... María debió huir con José y el Niño a Egipto... **María ayuda así a la Iglesia a tomar conciencia de que la vida está siempre en el centro de una gran lucha entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas: ese Niño, al que el Dragón pretende devorar, es el que la Iglesia debe presentar continuamente a los hombres de las diversas épocas de la historia. Al mismo tiempo y en cierto modo es también figura de cada hombre, de cada niño, especialmente de cada criatura débil y amenazada.**¹²²

La batalla está planteada desde siempre, pero hoy en día ha adquirido un relieve insospechado en otras épocas: la ley de los hombres, que debería ser reflejo de la ley de Dios, se rebela contra el mismo Creador y permite que se atente impunemente contra el don sagrado de la vida desde su comienzo. En el trabajo de largo aliento de alcanzar la victoria frente a la cultura de la muerte, la Iglesia mira y reza a María, Madre Mediadora de la oración de sus hijos:

¹²⁰ *Ibid.*

¹²¹ *Ibid.*, n.104.

¹²² *Ibid.*

Oh María,
aurora del mundo nuevo,
Madre de los vivientes,
a Ti confiamos *la causa de la vida*:
mira, Madre, al número inmenso
de niños a quienes se impide nacer,
de pobres a quienes se hace difícil vivir,
de hombres y mujeres víctimas
de violencia inhumana,
de ancianos y enfermos muertos
a causa de la indiferencia
o de una presunta piedad.
Haz que quienes creen en tu Hijo
sepan anunciar con firmeza y amor
a los hombres de nuestro tiempo
el *Evangelio de la vida*.
Alcánzales la gracia de *acogerlo*
como don siempre nuevo,
la alegría de *celebrarlo* con gratitud
durante toda su existencia
y la valentía de *testimoniarlo*
con solícita constancia, para construir,
junto con todos los hombres de buena voluntad,
la civilización de la verdad y del amor,
para alabanza y gloria de Dios Creador
y amante de la vida.¹²³

¹²³ *Ibid.*

El «genio femenino», esperanza del mundo

1995 fue un año en el que la atención de Juan Pablo II estuvo especialmente centrada en la mujer. Eran muchas las cosas que tenía para decir sobre ella: ya había adelantado algunas en *Redemptoris Mater*, que profundizó en *Mulieris dignitatem*. Después, llegando al fondo, en *Evangelium vitae* explicó el divino misterio de la maternidad y el respeto sagrado de la vida. El 1 de enero de 1995, Día Mundial de la Paz, el tema elegido por el Papa fue «*Las mujeres, maestras de la paz*»; y, en febrero, comenzó una serie de 15 alocuciones dominicales, a la hora del rezo del *Angelus*, en las que continuó explicando, en el contexto de las coordenadas culturales de nuestro tiempo¹²⁴, el plan de Dios para la mujer. El 29 de junio, finalmente, tuvo una inédita iniciativa y escribió una *Carta dirigida A vosotras, mujeres del mundo entero*.

La *Carta a las Mujeres* estuvo motivada por la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer, organizada por las Naciones Unidas, que tendría lugar en Pekín en el siguiente mes de septiembre. Tomando ocasión de esta circunstancia, pero abriéndose a una **perspectiva más general de la realidad y de los problemas de las mujeres en su conjunto**, el Papa quiso dirigirse directamente a cada mujer, **para reflexionar con ella sobre sus problemas y las perspectivas de la condición femenina en nues-**

¹²⁴ En los *Documentos Palabra 1995* se encuentran recogidas buena parte de estas Alocuciones: 29-VI: *En Cristo, las mujeres recuperan la propia subjetividad y dignidad* (68); 30-VII: *La mujer enriquece el plan integral de educación* (79); 6-VIII: *Hombre y mujer son complementarios en el campo cultural* (82); 13-VIII: *Talento especial de las mujeres en los aspectos más humanos de la medicina* (84); 15-VIII: *Contribución indispensable de la mujer en la promoción humana* (85); 20-VIII: *El ser mujer y madre no ha de comportar una discriminación* (87); 27-VIII: *La calidad de la política se mide por sus valores* (89); 3-IX: *La mujer ha de participar más en la comunidad eclesial* (91). En la *Carta a los sacerdotes para el Jueves Santo* (25-III-1995), se refirió a *La importancia de la mujer en la vida del sacerdote* (36).

tro tiempo, deteniéndome en particular sobre el tema esencial de la *dignidad* y de los *derechos* de las mujeres, considerados a la luz de la Palabra de Dios.¹²⁵

Después de agradecer a las mujeres todas y a cada mujer sus esfuerzos en la gestación de la vida, en el cuidado del hogar, en la educación de los hijos y por los múltiples papeles, tantas veces ocultos y desconsiderados, que llevan a cabo en la sociedad; después de reclamar a los estados y a los hombres respeto hacia la mujer y su maternidad, y unas condiciones laborales que reconozcan su misión insustituible, el Papa, como ya había hecho en *Mulieris dignitatem*, vuelve al relato revelado del libro del Génesis para **descubrir con claridad el radical fundamento antropológico** de la dignidad de la mujer y, partiendo de él, para animar a **una nueva toma de conciencia de la múltiple aportación que la mujer ofrece a la vida de todas las sociedades y naciones.**¹²⁶

En este tiempo nuestro, en el que se multiplican las corrientes feministas —no pocas de ellas bien orientadas; otras, viciadas desde la raíz— y la mujer adquiere un relieve histórico en la construcción de la sociedad, es una referencia obligada la que ofrece explicando el plan original de Dios al crear al ser humano como varón y mujer: «No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada», se lee en el libro del Génesis (2, 18). Comenta este soliloquio divino afirmando que en la creación de la mujer está inscrito, desde el inicio, *el principio de la ayuda*, aclarando, para evitar cualquier malentendido, que la ayuda —mírese bien— no es unilateral, sino *recíproca*. La mujer es el complemento del hombre, como el hombre es el complemento de la mujer: mujer y hombre son entre sí

¹²⁵ Carta a las Mujeres, 29-VI-1995, n.1.

¹²⁶ *Ibid.*, n.8.

complementarios. Y añade, usando términos técnicos que precisan sus conceptos: la femineidad realiza lo «humano» tanto como la masculinidad, pero con una modulación diversa y complementaria, que no se refiere solamente al modo de obrar, sino también al *ser*: sólo gracias a la dualidad de lo «masculino» y de lo «femenino» lo «humano» se realiza plenamente.¹²⁷

Hombre y mujer, con igual responsabilidad porque ambos son seres creados «a imagen y semejanza de Dios» (Gen 1, 26), han recibido el encargo —que esencialmente es obra de cultura— de transformar la faz de la tierra. Esta consiste no sólo en la procreación y la vida de la familia, sino en la construcción misma de la historia.¹²⁸ El Papa auspiciaba que la Conferencia de Pekín fuera la ocasión propicia para una nueva toma de conciencia de la múltiple aportación que la mujer ofrece a la vida de todas las sociedades y naciones, que es, ante todo, de naturaleza espiritual y cultural, pero también socio-política y económica.¹²⁹

¿Dónde encontrar sino en la Madre de Dios, el paradigma del ser y del obrar propios de la mujer? Con toda razón, *la Iglesia ve en María la máxima expresión del «genio femenino» y encuentra en ella una fuente de continua inspiración.*¹³⁰

El motivo de este convencimiento lo encuentra admirando en la Virgen la disposición más íntima de su persona, con la que acogió su vocación, nada fácil, de esposa y de madre en la familia de Nazaret. Una sola palabra resume la actitud de María: *servicio*, un *servicio de amor*. María se ha dedicado a servir a Dios y a los hombres, y es precisamente este servicio suyo el que le ha permitido realizar en su vida la experiencia de un

¹²⁷ *Ibid.*, n.7.

¹²⁸ *Ibid.*, n.8.

¹²⁹ *Ibid.*

¹³⁰ *Ibid.*, n.10.

misterioso pero auténtico «reinar». No es por casualidad, dice el Papa, que se invoque a la Virgen como «Reina del cielo y de la tierra» y que en muchos países también se la llame «Reina». Lo que causa admiración es esto: *¡Su «reinar» es servir! ¡Su servir es «reinar»!*¹³¹

Mientras estuvo en la tierra, la Madre de Dios vivió una existencia sencilla y ordinaria, como una mujer más de su tiempo. ¿Acaso no es necesaria una gran dosis de «genio», de humildad vibrante de Amor, para gastar así la propia vida? De la contemplación de María, concluye Papa en la necesidad de dar su **debido relieve al «genio de la mujer», teniendo en cuenta no sólo a las mujeres importantes y famosas del pasado o contemporáneas, sino también a las sencillas, que expresan su talento femenino en el servicio de los demás en lo ordinario de cada día.**¹³²

Al terminar su *Carta a las Mujeres*, piensa de modo especial en Santa Catalina de Siena y en Santa Teresa de Jesús, porque fueron mujeres de gran talla que han dejado amplia y beneficiosa huella de sí mismas en el tiempo. (Ambas apren-

¹³¹*Ibid.* En este sentido, es significativo el testimonio de la reina Sofía de España. La periodista le pregunta «qué cosa es ser reina» y ella responde: (...) «*Tal como yo entiendo el concepto de reina, puede darse, y se da, en cualquier familia donde la mujer es la cabeza y el corazón de esa familia, y sabe que su misión más importante es atender y cuidar ese hogar: ella, entonces, es la reina de la casa. Cada ser humano, cada mortal que habita este planeta nuestro, puede tener ese mismo concepto de su vida como servicio. Es la más alta dignidad que cabe en un hombre, en una mujer: vivir para los demás. El hombre que sirve es rey. La más útil y la más bella y la más buena forma de reinar es servir: estar a disposición de los demás. Yo, porque soy reina, no puedo permitirme ser egoísta. No puedo decir «de esto paso, a aquello no voy porque no me apetece...». Yo no estoy para hacer lo que quiero, sino lo que necesiten de mí. A mi me programan cada día y cada hora! de mi vida, en función de los intereses del país. Yo voy donde conviene que vaya, por el bien de los demás. Y esto es lo mismo que hace una mujer de su casa, una mujer cabeza de familia: no piensa en ella, piensa en los suyos. Es en ese sentido en el que digo que una reina, como una madre de familia, es cualquier cosa menos una profesional» (P. URBANO, *La Reina*, Barcelona 1996, p. 308s).*

¹³² *Carta a las mujeres*, n.12.

dieron la «cultura de la vida» en sus hogares: Teresa, con sus once hermanos; Catalina, siendo la penúltima de veinticinco...). Previendo el futuro de la Iglesia, adelanta que **en el tercer milenio no dejarán de darse ciertamente nuevas y admirables manifestaciones del «genio femenino».**¹³³

Que así sea, para el bien de todos. En cualquier caso, Catalina, Teresa y cuantas mujeres, importantes o desconocidas, se han decidido a seguir a Jesucristo, han buscado a la Virgen como modelo y mediadora porque María siempre despierta una **profunda confianza en quien se dirige a Ella, para ser guiado por los difíciles caminos de la vida, al propio y definitivo destino trascendente.**¹³⁴

¹³³ *Ibid.*, n.11.

¹³⁴ *Ibid.*, n.10.

VII. ¿POR QUÉ CAYÓ EL COMUNISMO?

«En el curso de los siglos se han ido sucediendo unas a otras las convulsiones hasta llegar a la revolución de nuestros días (...), que supera en amplitud y violencia a cuanto hubo de sufrirse en las precedentes persecuciones contra la Iglesia (...): es el comunismo bolchevique y ateo, que tiende a derrumbar el orden social y a socavar los fundamentos mismos de la civilización cristiana».

El Papa Pío XI sabía bien lo que decía, en marzo de 1937, al describir en la encíclica *Divini Redemptoris* la naturaleza, los errores y los horrores del comunismo: primero en Rusia y en poco tiempo en buena parte de Europa, como un gigantesco oso de hierro, el sistema comunista, ateo por definición, mientras devoraba naciones enteras fue edificando el reino de la lucha de clases, el imperio del miedo y la mentira, del odio a Dios y del desprecio por el tesoro más precioso del ser humano: su libertad.

Centenares de millones de hombres y mujeres sufrieron durante más de setenta años esta pesadilla, obligados por la fuerza de las armas y el terror de las cárceles. El despotismo estatal pisoteó los derechos más elementales de la persona: el de educar a los hijos; el de informarse y el de dar la propia opinión; el de

asociarse con otros; el de cambiar de residencia; el de reunirse; el de profesar la religión en privado y en público... El Estado odiaba a la religión, a cualquier religión, en primer lugar a la católica.

El comunismo se extendía en el mundo a golpe de violencia. Las fuerzas del Pacto de Varsovia, armadas hasta los dientes, en pocas horas podían llegar a cualquier «país hermano» a poner orden, a imponer su orden sin rendir cuentas a nadie.

En los países dominados por el comunismo vivía la que se dio en llamar «Iglesia del silencio». Era una Iglesia formada por católicos que alimentaban su fe a riesgo de sus vidas, que vivían muy cerca de Dios y olvidados de los que habitábamos el mundo libre. Eran mártires que iban a los tribunales, acusados de traicionar a la patria por tener unos evangelios. Mujeres y hombres apaleados por asistir a una Misa clandestina; discriminados en los trabajos por su religión; llevados a los campos de concentración por acusaciones delirantes...

*«Fui consagrado obispo en la clandestinidad, porque al comienzo de la persecución de 1948 me arrestaron inmediatamente. Logré escapar y trabajé durante dos años, tres meses y dos semanas clandestinamente. Vivía en una casita muy pequeña. Luego me descubrieron y me condenaron a cadena perpetua. Estuve 16 años en prisión. De ese periodo que pasé en la cárcel, tres años estuve en una celda de dos metros por tres, sin hablar con nadie. Sufrí congelación en los pies y en las manos; en una ocasión me caí y no pude levantarme durante tres o cuatro días, y nadie me prestó auxilio. Después, con la ayuda de Dios, de la Virgen, del ángel custodio, logré levantarme y subir a mi camastro. Todos los obispos, sacerdotes y fieles hemos sumado, en conjunto, mil años de cárcel por el Papa. También había mujeres que ayudaban a la Iglesia y a los sacerdotes, dándoles algo de comer. Fueron condenados a 20 y 25 años».*¹³⁵

¹³⁵ Mons. Alexandrus Todea, arzobispo rumano greco-católico de Fagaras y Alba Julia, en *L'Osservatore Romano*, 29-VII-1990, p. 5.

Hasta la elección del primer Papa eslavo de la historia, la «Iglesia del silencio» no tenía casi fuerzas para hacerse oír. Fue Juan Pablo II quien le dio voz a esos hombres y mujeres, y a todos los que esperaban con hambre la libertad.

* * * * *

«*La primavera ha venido / nadie sabe como ha sido...*», escribió Antonio Machado reflejando el cambio de la naturaleza con aparente facilidad. Así, de improviso, el comunismo terminó. ¿Cómo fue posible? ¿Por qué ese gigantesco imperio de fuerza militar y política se derrumbó de un modo tan fácil, tan «natural»? ¿Cómo explicar el amanecer de la libertad?

«*Nunca en la historia de la humanidad habíamos asistido a un cambio político y social tan rápido como el que se ha registrado en los países de la Europa del Este, escribía un periodista al cumplirse un año de lo sucedido. En tan sólo cinco meses —de agosto a diciembre de 1989— Polonia, Hungría, la antigua Alemania Oriental, Bulgaria, Checoslovaquia, Rumania y la antigua Unión Soviética han sufrido transformaciones más profundas que en los últimos cuarenta y cinco años de régimen comunista*».¹³⁶

¿Cómo fue posible esta revolución pacífica que nadie había pronosticado? Mijail Gorbachov afirmó: «*Todo lo que ha sucedido en la Europa oriental en estos últimos años no habría sido posible sin la presencia de este Papa, sin el gran papel, incluso político, que ha desempeñado en la escena mundial*».¹³⁷ El juicio del promotor de la «perestroika» es compartido por todo el mundo,¹³⁸ pero a la hora

¹³⁶ E. CARLIER, en *Palabra*, XI-1990, p. 40.

¹³⁷ *Palabra*, IV-1992, p. 55.

¹³⁸ Cfr., por ej., B. LECOMTE, *Cómo el Papa venció al comunismo. La verdad triunfa siempre*, Madrid 1992.

de explicar el derrumbamiento del comunismo, también hay que tener en cuenta «otros» factores.

Cuando el 21 de abril de 1990 Juan Pablo II viajó a Checoslovaquia, en el aeropuerto de Praga fue recibido por su flamante presidente, Vaclav Havel, quien desde su agnosticismo lo recibió con unas palabras por demás significativas:

Santidad,

Queridos conciudadanos:

No estoy seguro de saber qué es un milagro. A pesar de ello, me atrevo a decir que en este momento participo en un milagro: el hombre que hace seis meses era arrestado como enemigo del Estado se halla aquí en el día de hoy como presidente de ese Estado, y da la bienvenida al primer pontífice que pone el pie en este país en toda la historia de la Iglesia católica.

No estoy seguro de saber qué es un milagro. A pesar de ello, me atrevo a decir que esta tarde participaré en un milagro: hoy, en el mismo lugar donde hace cinco meses nos llenó de alegría la canonización de Inés de Bohemia, ese día en que se decidió el futuro de nuestro país, en ese lugar, digo, el principal representante de la Iglesia católica oficiará misa, y probablemente agradezca a nuestra santa su intercesión ante aquel en cuya mano está el curso inescrutable de todas las cosas.

No estoy seguro de saber qué es un milagro. A pesar de ello, me atrevo a decir que en este momento participo en un milagro: a un país devastado por el gobierno de los ignorantes, llega el símbolo vivo de la cultura; a un país que hasta hace poco era devastado por la idea del enfrentamiento y la división en el mundo, llega el mensajero de la paz, el diálo-

go, la tolerancia, la estima y la sosegada comprensión, el mensajero de la unidad fraternal en la diversidad.

Durante estas largas décadas, el Espíritu Santo fue desterrado de nuestro país. Tengo el honor de presenciar el momento en que su suelo es besado por el apóstol de la espiritualidad.

Bienvenido a Checoslovaquia, Santidad.¹³⁹

Al responder al saludo, Juan Pablo II se refirió indirectamente a «otros» factores que intervinieron en la conquista de la libertad de los hombres de los países comunistas.

Lo que fue imposible durante años, hoy se ha hecho realidad. ¿Cómo ha podido ser? ¿Qué coordenadas han concurrido y concurren para explicar la situación en la que nos encontramos? Varsovia, Moscú, Budapest, Berlín, Praga, Sofía, Bucarest, por sólo citar capitales, se han convertido en las etapas de una larga peregrinación hacia la libertad.¹⁴⁰

¿Cómo ha podido ser? ... Mejor que nadie sabía el Papa que la Madre de los hombres, durante las décadas del comunismo ateo, mientras consolaba a sus hijos intercedía por ellos delante de Dios.

Poder de la oración

La oración lo puede todo. A la hora de explicar la caída del comunismo, no es posible olvidar que fue durante el Año Mariano

¹³⁹ Cit. en G. WEIGEL, *Biografía de Juan Pablo II. Testigo de esperanza*, Barcelona 1999, p. 809s.

¹⁴⁰ DP-63, 1990.

cuando se celebró *el Milenio del bautismo de San Vladimiro, Gran Príncipe de Kiev* (a. 988), que dio comienzo al cristianismo en los territorios de la Rus' de entonces y, a continuación, en otros territorios de Europa Oriental. En consecuencia, había escrito el Papa en la encíclica *Redemptoris Mater*, queremos, especialmente a lo largo de este Año, unirnos en plegaria con cuantos celebran el Milenio de este bautismo, ortodoxos y católicos.¹⁴¹

La oración del Papa fue un permanente *in crescendo* de petición a la Virgen por los millones de hombres y mujeres que no podían gozar de la libertad. En la *Oración del Año Mariano*, que compuso para ser rezada en toda la Iglesia, pedía por los pueblos de «la antigua Rus», que formaban parte de la hoy desaparecida Unión Soviética, y por Lituania, que celebraba los seiscientos años del comienzo del cristianismo:¹⁴²

*A Ti, Madre de los cristianos,
confiamos de modo especial los pueblos que celebran
el sexto centenario o el milenario
de su adhesión al Evangelio.
Su ya larga historia
está marcada por una profunda devoción a Ti.
Vuelve a ellos tu mirada amorosa;
y fortalece a cuantos sufren por la fe.*

¹⁴¹ Enc. *Redemptoris Mater*, n. 50.

¹⁴² El 5 de junio de 1987, Juan Pablo II escribió una *Carta Apostólica con motivo del sexto centenario del «bautismo» de Lituania*. En ella quiso rendir homenaje a los católicos víctimas del comunismo, que «han afrontado humillaciones, discriminaciones, padecimientos, a veces la persecución e incluso el exilio, la cárcel, la deportación y la muerte» (DP-99, 1987).

El primer día del año 1988, en la homilía de la misa en honor de Santa María, Madre de Dios, confesaba que **desde hace ya tiempo rezamos a la Madre de Dios para que esté con nosotros de modo especial este año, en el que —después de dos mil años— daremos gracias a la Santísima Trinidad por el bautismo que tuvo lugar a la orilla del Dnieper, en Kiev.**¹⁴³

El 14 de febrero el Papa ahonda en su petición a la Virgen por la Rus' de Kiev. En el Mensaje *Magnum Baptismi donum*, escrito con ocasión del «bautismo» de Rusia, se dirige a la Santísima Virgen en confiada súplica:

Oh Madre del Consuelo, en tus manos pongo todos los dolores seculares y los sufrimientos, las oraciones y testimonios de vida de tantos hijos tuyos; a Ti encomiendo las esperanzas y deseos de los herederos del bautismo de la Rus', los cuales esperan por tu intercesión que la antigua ascendencia cristiana pueda conocer el esplendor de un nuevo florecimiento.

Abraza, oh Madre, a la gente que sufre por la nostalgia de lo que ha perdido, pero que no deja de esperar en la venida de tiempos mejores.¹⁴⁴

Poco más de un mes había pasado y, en su Mensaje Pascual, la oración a la Virgen tiene un tono de apremio extraordinario:

¡Ruega por nosotros! En este año, dedicado de modo particular a Ti, en este Año Mariano, hazte presente de manera especial en la Iglesia, hazte presente en todos los caminos del Pueblo de Dios, iluminados por la luz de Cristo.

(...) ¡Ruega por nosotros! Con nuestra alegría pascual, insistimos y una y otra vez repetimos: ruega por nosotros.

¹⁴³ DP-2, 1988.

¹⁴⁴ DP-43, 1988.

Ruega por todo el mundo, por toda la humanidad, por todos los pueblos.

(...) Ruega por la paz en el mundo, por la justicia. Ruega por los derechos del hombre, especialmente por la libertad religiosa para todo hombre, para cada cristiano y no cristiano, en cualquier lugar. ¡Ruega por nosotros! Ruega por la solidaridad de los pueblos de todos los mundos: primero y tercero, segundo y cuarto, por todos los mundos.¹⁴⁵

En la fiesta grande de la Asunción de la Virgen de 1988 terminó el Año Mariano. Y a los pocos meses...

La Virgen blanca de Fátima

La caída del muro comunista significó para la Iglesia el comienzo de una nueva época de su historia. A ella se refería Juan Pablo II al recibir al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, en el tradicional intercambio de felicitaciones con motivo del comienzo del año 1991.

En su discurso manifestó la alegría de dar la bienvenida a los embajadores de Polonia, Hungría y de la República Federativa Checa y Eslovaca, mientras esperaba recibir pronto a los representantes **de Rumania y de Bulgaria, países que por primera vez en su historia, han manifestado el deseo de tener relaciones diplomáticas con la Santa Sede.**

El mundo acaba de vivir un año particularmente rico de acontecimientos singulares. Toda Europa, dijo resumiendo lo sucedido, ha sentido pasar el viento regenerador de la libertad, una libertad conquistada al precio de duros sacri-

¹⁴⁵ DP-33, 1988.

ficios por pueblos que valoran cuán exigente es el ideal encarnado por el Estado de derecho.

No obstante este motivo de profunda alegría, en el mensaje del Romano Pontífice había también motivos de graves preocupaciones. En Europa occidental **da la impresión de que los ciudadanos (...) carecen de ideal.** Una vez alcanzados niveles de vida altos, con los que se creyó que se podría **asegurar definitivamente la felicidad, (...) hoy las generaciones jóvenes caen en la cuenta de que «el hombre no vive sólo de pan» (Lc 4, 4).** Ellas buscan **«sentido»,** sentido que los cristianos deberían dar a los proyectos de las sociedades en que viven: un **«suplemento de alma» que muchos buscan ávidamente, a veces sin clara conciencia de ello.**

En los países del centro y del Este de Europa, constataba, también se padecen por razones diferentes las mismas dificultades. Porque **no basta rechazar el monopolio de un partido; hay que tener también razones para vivir y trabajar con el objeto de construir algo. (...)** En dichos países, cuyo tejido moral y social ha quedado profundamente lacerado, es menester que la familia y la escuela vuelvan a ser lugares de formación de las conciencias; es imprescindible encontrar de nuevo el gusto por el trabajo bien hecho, pues sirven a la causa del bien común.¹⁴⁶

Con estas y otras preocupaciones –la situación en Palestina, la Guerra del Golfo, sobre la que el Papa advertía que **la paz conseguida mediante las armas sólo podrá preparar nuevas violencias-** y con un hondo sentimiento de gratitud, el 10 de mayo de 1991 fue nuevamente a Fátima, movido*por una imperiosa necesidad de arrodillarse ante la Virgen y dejar en sus

¹⁴⁶ Discurso al Cuerpo Diplomático, 12-I-1991 (DP-6, 1991).

manos la acción de gracias por la libertad conseguida y también los agobios del mundo entero.

En el aeropuerto de Lisboa, sus primeras palabras fueron de esperanza: en una época de cambios tan rápidos y profundos, hizo suya la respuesta que San Agustín había dado en su tiempo a los que temían los ataques de los vándalos: **«¡No tengáis miedo, queridos hijos! Este no es un mundo antiguo que acaba, sino un mundo nuevo que comienza»**. En palabras del Papa: **una nueva aurora parece despuntar en el cielo de la historia, invitando a los cristianos a ser sal y luz de un mundo que tiene gran necesidad de Cristo, Redentor de los hombres**.

Cinco meses antes de emprender esta peregrinación había entregado a la Iglesia la encíclica *Redemptoris Missio*, sobre la tarea misionera de la Iglesia, en la que explicaba los urgentes motivos y los modos de llevar la doctrina de Jesucristo a todos los rincones del mundo. Al llegar a Portugal le encomienda a **la Virgen y Madre de todas las generaciones los buenos propósitos y los caminos de nuestra generación —la generación de los siglos XX y XXI—, a fin de que se empeñe seriamente en rehacer su fe, y pide a todos los fieles que se unan a su súplica a fin de que el mundo vuelva a caminar hacia el Evangelio y Dios haga brillar sobre todos los pueblos la luz resplandeciente de Jesucristo**.

Además de confiar a la Virgen de Fátima estas preocupaciones, el Papa quería ir a visitarla por dos motivos: agradecerle la **protección que ha dado a la Iglesia en esos años,**¹⁴⁷ en que

¹⁴⁷ Es significativo el testimonio de Mons. Tadeusz Kondrusiewicz, nombrado primer Obispo de Bielorrusia el 20 de octubre de 1989. Explica que en ese país viven unos 10 millones de personas, de las cuales 2,5 millones son católicos. *«Hay que subrayar la arraigada devoción mariana del pueblo bielorruso. No hay hogar católico que no tenga una imagen de la Virgen de Ostrobrama, que tiene su santuario en Vilnius; también se lleva esa imagen en la cartera o se coloca en el lugar de trabajo. (...) Manifestación de esta devoción a la Virgen es*

han tenido lugar transformaciones sociales rápidas y profundas, que han abierto nuevas esperanzas para los diversos pueblos oprimidos por ideologías ateas que impedían la práctica de su fe, y también por su especial protección, que me salvó la vida en el atentado de hace diez años, más precisamente el 13 de mayo de 1981, en la plaza de San Pedro.¹⁴⁸

«Rusia se convertirá»

Fátima. Esta advocación y la imagen blanca de Nuestra Señora han quedado vinculadas para siempre con el pontificado de Juan Pablo II.

En la historia de las apariciones de la Virgen en Fátima, la tercera de ellas, el 13 de julio de 1917, reviste un interés singular. La Señora, después de pedir a los tres «pastorcitos», Lucía, Jacinta y Francisco, que rezaran el Rosario con la intención de obtener la terminación de la primera guerra mundial, quiso que vieran un instante el infierno y que ellos advirtieran a los hombres que, si no escuchaban los ruegos de la Madre y dejaban de ofender a Dios, Rusia propagaría *sus errores por el mundo, provocando guerras y persecuciones contra la Iglesia; muchos buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá mucho que sufrir; algunas naciones serán aniquiladas...*

Los hombres no escucharon el requerimiento del Cielo y con la segunda guerra mundial llegó el horror. Pero el 13 de julio de

la popularidad del rezo del Santo Rosario: es raro el católico bielorruso que no tiene un rosario y no lo utiliza a menudo. En los transportes públicos, en la calle, en las colas, es costumbre rezar los misterios del rosario. También es una oración muy común en las familias y en las iglesias» (Palabra, X-1990, p. 567).

¹⁴⁸ DP-82, 1991.

1917 fue también un día de esperanza, porque después de confiarles un «secreto», la Virgen había anunciado:

...*Pero finalmente mi Corazón Inmaculado triunfará, Rusia será consagrada y se convertirá, y un tiempo de paz será dado al mundo.*¹⁴⁹

Desde que se dio a conocer, y durante más de medio siglo, esta profecía mariana fue un motivo de esperanza y de oración, especialmente del rezo del Rosario «por la conversión de Rusia». Cuando termina el comunismo, el periodista Vittorio Messori pregunta a Juan Pablo II los motivos de su caída, de su fracaso... Quiere saber, concretamente, si ha visto en ese acontecimiento el *digitus Dei*, la intervención de Dios...

El Papa respondió cautamente, advirtiendo que era necesario evitar una simplificación excesiva. (...) **El comunismo como sistema, en cierto sentido, se ha caído solo (...), como consecuencia de sus propios errores y abusos.**¹⁵⁰ No obstante, expresa claramente su íntima convicción de la intervención materna de la Virgen:

¿Qué decir de los tres niños portugueses de Fátima, que, de improviso, en vísperas del estallido de la Revolución de Octubre, oyeron: «Rusia se convertirá» y «Al final, mi Corazón triunfará»? No pudieron ser ellos quienes inventaron tales predicciones. No sabían historia ni geografía, y sabían aún menos de los movimientos sociales y de la evolución de las ideologías. Y, sin embargo, ha sucedido exactamente cuanto habían anunciado.¹⁵¹

¹⁴⁹ C. BARTHAS, *La Virgen de Fátima*, o.c., p. 598.

¹⁵⁰ JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral*, p. 142.

¹⁵¹ *Ibid.*, p. 140. C. BARTHAS, o.c., atestigua: «la propia Sor Lúcia nos dijo que, antes de su instrucción, ignoraba en absoluto lo que era Rusia, *A Russia*, de la que le había hablado la Señora. ¿Y quién, antes de los acontecimientos que siguieron a la guerra de 1939-45, hubiese podido suponer el papel nefasto que ha desempeñado Rusia en la vida internacional?» (p. 540).

A Fátima acudió el Papa un año después del atentado, para agradecerle a la Virgen su protección y, delante de su imagen, para consagrarle el mundo. Después, como se vio, la renovó en Roma el 25 de marzo de 1984, en unión con todos los obispos de la Iglesia. En 1991 se dirige a la Señora conmovido:

¡Salve, oh Madre Santa!, exclama ante la Virgen el 12 de mayo. ¡Salve, oh esperanza segura que nunca defrauda! ¡Totus tuus, oh Madre! ¡Gracias, Pastora Celestial, por haber guiado con cariño maternal a los pueblos hacia la libertad!

En las dos ocasiones anteriores, el Papa había depositado en el Corazón Inmaculado de María la suerte de los millones de hombres y mujeres que no gozaban de la libertad; en esta oportunidad es otra la preocupación que presenta a María: le ruega que nos auxilie **en este desierto sin Dios, en el que nuestra generación y la generación de sus hijos parecen perdidos, para que encuentren finalmente las fuentes divinas de su vida y en ellas descansen.**¹⁵²

Al día siguiente, fiesta de la Virgen de Fátima, pronuncia una homilía memorable delante de millares de fieles. Recordando una vez más el sublime momento de la Cruz, cuando María es investida por su Hijo de la maternidad hacia todos los hombres, afirma que Fátima **encierra en sí mismo un mensaje importante para la época que estamos viviendo. Es como si aquí, al comienzo de nuestro siglo, hubieran resonado con un eco nuevo las palabras pronunciadas en el Gólgota.**

Recogiendo el diagnóstico de las enfermedades de los hombres de nuestro tiempo (es la generación de millones de muertos en dos guerras mundiales, en la guerra civil española, en la revo-

¹⁵² DP-86, 1991.

lución mexicana...; es la generación del pisoteo de las libertades; la generación del asesinato en masa de inocentes en el vientre de sus madres; la generación del terrorismo; la generación de la corrupción a todos los niveles; la generación del olvido de Dios) el Papa señala que mientras que en el Gólgota su Hijo le señalaba un solo hombre, Juan, su discípulo amado, aquí *tuvo que acoger a todos. A todos nosotros, hombres de este siglo, con nuestra historia difícil y dramática.*

En estos hombres del siglo XX, continúa explicitando más su pensamiento, se ha revelado con igual grandeza su capacidad de someter la tierra y su libertad de no respetar el mandamiento de Dios y de negarlo, como herencia del pecado. Esta posibilidad, grandiosa y terrible a la vez, se muestra como una loca aspiración a *construir el mundo* —un mundo creado por el hombre— «*como si Dios no existiera*». Y como si no existiera aquella cruz del Gólgota en la que se manifiesta que el amor es más poderoso que la muerte, y que la gloria de Dios es el hombre vivo.

No obstante el inconmensurable sufrimiento que los hombres nos hemos causado unos a otros y, se podría tal vez decir, a pesar también de que nuestra generación es la que más dolor ha causado a la Madre en toda la historia de la humanidad, la certeza de su amor supera la miseria de sus hijos y hace que la oración del Papa sea audazmente segura:

Posaste y sigues posando tu mirada en los corazones de estos hijos e hijas que ya pertenecen al tercer milenio. Velaste y sigues velando por ellos con mil cuidados de Madre, defendiendo con tu intercesión poderosa el amanecer de la luz de Cristo en el seno de los pueblos y de las naciones.

Estás y permanecerás, porque el Hijo unigénito de Dios, tu Hijo, te confió a todos los hombres cuando, al morir en

la cruz, nos introdujo en el nuevo principio de todo cuanto existe. Tu maternidad universal, oh Virgen María, es el ancla segura de la salvación de la humanidad entera.¹⁵³

Oración de petición y oración de acción de gracias; confianza ilimitada en el poder de intercesión de la Madre de Dios. Aquel ¡abrid las puertas a Cristo!, con el que comenzó su pontificado, es hoy una real posibilidad gozosa para millones de hombres y mujeres.¹⁵⁴ Por esto, Fátima es el signo de nuestra eterna gratitud por el don de Jesucristo, que la humanidad de este siglo ha vuelto a encontrar casi en los umbrales del tercer milenio. Creemos que la solicitud poderosa de María nos lo ha alcanzado y que, con ese designio, allí (en Fátima) se nos manifestó.¹⁵⁵

¹⁵³ DP-88, 1991.

¹⁵⁴ Testimonio conmovedor que viene de Albania, país que el gobierno comunista declaró «el primer estado ateo del mundo». En 1945 había 7 obispos, 200 sacerdotes y 200 religiosas. Sobrevivieron a la persecución 1 obispo, 30 sacerdotes y 30 religiosas, todos de edad avanzada y la mayoría con muchos años transcurridos en las cárceles. El sacerdote Simon Jubani (65 años) cuenta: «Después de 26 años de prisión y liberado el 12 de abril de 1989, me fui a vivir a casa de mi cuñada y empecé desde entonces a ejercer mi sacerdocio. Durante el día me quedaba en casa y sólo por las noches visitaba a las familias y administraba los sacramentos. Entonces llegó el 4 de noviembre de 1990. Una ambulancia se paró frente a la casa de mi cuñada. El chófer me dijo que tenía que acudir al cementerio de Scútari, porque allí me esperaban unas cuatro o cinco mil personas que deseaban oír la Santa Misa. Yo contesté que estaba dispuesto. Una mesita me sirvió de altar. Después del Evangelio, pronuncié un sermón improvisado en el que agradecí a los presentes que me hubieran llamado para recordar juntos en la Santa Misa a los difuntos. Al domingo siguiente, 11 de noviembre, calculo que acudieron a la Misa del cementerio de cincuenta a sesenta mil personas venidas de todo Albania, no sólo católicos, sino también musulmanes. Había muchos jóvenes que querían protegerme. De haber sido atacado, se hubieran desencadenado altercados. La policía, como era consciente de ello, no intervino y se mezcló entre los fieles. En la homilía cité una frase de nuestro héroe nacional, Skanderberg: «No os traigo la libertad, ésta la encuentro en vuestros corazones». Luego les dije a los fieles: «No os traigo la religión, ésta ya arde en vuestros corazones, como demuestra vuestra presencia aquí para rezar al Señor y darle gracias» (Palabra, IV, 1993, p. 215).

¹⁵⁵ DP-89, 1991.

Por tercera vez volverá el Papa a ese lugar santo. Durante el Gran Jubileo del año 2000, meta de su pontificado y arranque de un tiempo nuevo en la historia de la Iglesia, revelará el «secreto» de la Madre.

María y la unidad de la Iglesia

Se acercaba el año 2000. En junio de 1994 fueron convocados a Roma los cardenales, los colaboradores más directos del Papa, para urgirles la preparación del Jubileo.

En el discurso de apertura de la reunión hizo un balance de lo ocurrido en la Iglesia desde el último consistorio extraordinario, que había tenido lugar en abril de 1991. Se refirió a las luces y sombras de este periodo: nuevos Estados habían concretado relaciones diplomáticas con la Santa Sede; la publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica* y de la encíclica *Veritatis splendor*; los pasos ecuménicos importantes dados con el patriarca de Constantinopla... Pero lamentó también el Papa la decisión de la Iglesia anglicana de proceder a la ordenación sacerdotal de mujeres, **decisión que ha creado un serio obstáculo en el camino hacia la unidad...**

Al terminar el largo discurso, hace una inesperada declaración: afirma que no puede finalizar **sin *testimoniar la peculiar presencia materna de María, que yo mismo he experimentado durante toda mi vida y, sobre todo, como Obispo de Roma.*** Dirigió entonces su pensamiento a los santuarios de la Virgen de Guadalupe, de la Virgen de Lourdes y de la Virgen de La Salette..., y volvió a detenerse en Fátima:

Yo, personalmente, pude comprobar de modo especial el mensaje de la *Virgen de Fátima*: la primera vez el 13 de mayo de 1981, en el momento del atentado contra la vida

del Papa; luego, una vez más, al final de la década de los años ochenta, con ocasión de la caída del comunismo en los países del bloque soviético. Creo que se trata de una experiencia bastante transparente para todos.

Juan Pablo II anima a sus colaboradores. Es un momento especialmente delicado el que vive el mundo, pero tiene confianza en la mediación de Santa María: **Ella, que precede al pueblo de Dios a lo largo de su peregrinación en la historia, nos ayudará a superar las dificultades que, después de 1989, han estado siempre presentes en las naciones de Europa y de los demás continentes. Confiamos en que la Madre de Dios nos ayudará a evitar todos los peligros, particularmente los que se han manifestado con ocasión del conflicto en los Balcanes.**

Por último, exhorta a los cardenales a tener confianza en que la Virgen encontrará el modo de alcanzar un objetivo humanamente casi imposible: **según la lógica de su corazón materno, Ella nos ayudará a hallar el camino del acuerdo mutuo entre el Occidente católico y el Oriente ortodoxo. Esta es quizá la mayor tarea con vistas al año 2000. *No podemos presentarnos ante Cristo, Señor de la historia, tan divididos como, por desgracia, nos hemos hallado durante el segundo milenio.***¹⁵⁶

Cinco meses después de clausurar el consistorio extraordinario, Juan Pablo II puso en estado de vigilia a toda la Iglesia, entregándole la Carta apostólica *Mientras se aproxima el tercer milenio*, en la que señalaba las distintas etapas y contenidos del tiempo de preparación del Gran Jubileo. En uno de sus capítulos manifiesta abiertamente la convicción que había adelantado a los

¹⁵⁶ DP-72, 1994.

cardenales, sobre la intervención maternal de la Virgen en el proceso de derrumbamiento del comunismo:

Es difícil no advertir cómo el Año Mariano precedió de cerca *los acontecimientos de 1989*. Son sucesos que sorprenden por su envergadura y especialmente por su rápido desarrollo. Los años ochenta se habían sucedido arrastrando un peligro creciente, en la estela de la «guerra fría»; el año 1989 trajo consigo una solución pacífica que ha tenido casi la forma de un desarrollo «orgánico». (...) Se podía percibir cómo, en la trama de lo sucedido, operaba con premura materna la mano invisible de la Providencia: «¿Acaso olvida una madre a su niño de pecho?» (Is 49, 15).¹⁵⁷

En ese mismo año 1994, en la entrada del santuario de Fátima fue colocado un módulo del muro de Berlín. En una placa se lee:

Muro de Berlín. Levantado el 13.08.1961. Derrumbado el 09.11.1989.

¡Gracias, Pastora Celestial, por haber guiado con cariño maternal a los pueblos hacia la libertad!

Juan Pablo II en Fátima, 12.05.1991

¹⁵⁷ Carta ap. *Tertio millennio adveniente*, 10-XI-1994, n. 27.

VIII. DE MARIA NUNQUAM SATIS

A San Bernardo de Claraval (1090-1153), gran devoto de la Santísima Virgen, se le atribuye una expresión que ha pasado a la historia. Admirado ante las gracias con las que Dios quiso favorecer a María y por su misión en la obra de la redención de los hombres, el santo doctor habría expresado que *de Maria numquam satis*, que «nunca se dirá bastante» de la Madre de Dios.

Sin ninguna duda, Juan Pablo II hizo suya esa máxima en su magisterio sobre la Virgen: ningún otro Romano Pontífice ha enseñado tanto y tan profundamente acerca de María Santísima. Aquí queremos continuar descubriendo su docencia mariana: centrada en la mediación materna de Santa María, contemplarla es un manantial de inagotable inspiración.

Al día siguiente de comenzar el Año Mariano, en junio de 1987, el Papa viaja a Polonia e inaugura en Varsovia un Congreso Eucarístico Nacional. En la homilía de la Misa recuerda una vez más la «precedencia» de la Santísima Virgen —Ella «precede con su luz al Pueblo de Dios peregrinante», enseña la *Lumen*

gentium, n. 68- y afirma que ese «ir por delante» de la Madre es el principal contenido de la inspiración para el Año Mariano.¹⁵⁸

Así se entiende bien cuanto se ha visto en el capítulo anterior: la certeza de que *María está presente en el misterio de la Iglesia mediante su especial maternidad*,¹⁵⁹ precediendo como Madre buena a sus hijos e intercediendo por ellos, llevó al Papa a rogarle con vivísima fe por todos los pueblos del mundo, especialmente por los que estaban cerrados al Evangelio, y a obtener de Ella que las puertas se abrieran a Cristo. «Fue una década sorprendente. El 9 de noviembre de 1989 cae el muro de Berlín y el 25 de diciembre de 1991, el día de Navidad, la bandera roja es arriada del mástil más alto del Kremlin. Disuelto el comunismo, sale a la luz la religiosidad del pueblo ruso, religiosidad caracterizada por la devoción mariana»¹⁶⁰.

Gobernar la Iglesia imitando a María

Cuando termina 1987 y el Año Mariano se encuentra en la mitad de su camino, Juan Pablo II vuelve a considerar la «precedencia» de María en la Iglesia, de una manera del todo singular. Ya había sido una sorpresa no pequeña la *Redemptoris Mater* al comenzar el año dedicado a la Virgen y, al clausurarlo, la *Mulieris dignitatem*. Pero el asombro fue aún mayor cuando reveló a los miembros de la Curia Romana, el órgano máximo de coopera-

¹⁵⁸ Homilía de inauguración del Congreso Eucarístico Nacional, en Varsovia, 8-VI-1987 (DP-95,1987).

¹⁵⁹ *Ibid.*

¹⁶⁰ T. BERTONE, *o.c.*, p. 123

ción con el Papa en el gobierno de la Iglesia,¹⁶¹ su deseo de que la Iglesia se renueve totalmente mediante la presencia de la Madre de Dios, que —como enseñaban los Padres— es «modelo» (*typus*) de la Iglesia.¹⁶²

¿Qué clase de renovación alentaba el Romano Pontífice? La respuesta es profundamente teológica y, en consecuencia, plena de consecuencias prácticas. Apoyándose en la enseñanza del Concilio (*Lumen gentium*, 63), presenta a la Iglesia como **casi prolongación** del misterio de Jesucristo, que asumió su naturaleza humana de María Virgen. En consecuencia, como **no puede pensarse en la realidad misma de la Encarnación sin hacer referencia a María, Madre del Verbo encarnado**, es también en la Santísima Virgen donde la Iglesia encuentra la **imagen más alta y perfecta de su misión específica**.

El Papa subraya la misteriosa presencia de la Virgen en la Iglesia y el misterio de la Iglesia personificada en la Virgen, hasta este magnífico extremo: es verdad que la Iglesia está asentada en Pedro y los apóstoles, en el Sucesor de Pedro y en los obispos, pero ella tiene una «**dimensión mariana**», un «**perfil mariano**» que es más —si no lo es mucho más— **fundamental y característico** (...) que el **perfil apostólico y petrino**, al que está profundamente unido.

Ahondando en su pensamiento, destacará que el vínculo que une a los dos perfiles de la Iglesia, mariano y petrino, es **estrecho, profundo y complementario**, aunque sea el primero

¹⁶¹ «En el ejercicio de su potestad suprema, plena e inmediata sobre la Iglesia universal, el Romano Pontífice se vale de los dicasterios de la Curia romana, los cuales, por lo tanto, cumplen su función en nombre y por autoridad del mismo Pontífice, para bien de las Iglesias y en servicio de los sagrados Pastores» (Concilio Vaticano II, Decr. *Christus Dominus*, n. 9).

¹⁶² Discurso a la Curia Romana, 22-XII-1987 (DP-193, 1987).

anterior, tanto en el designio de Dios cuanto en el tiempo, así como más alto y preeminente, más rico de implicaciones personales y comunitarias para cada una de las vocaciones eclesiales.

Si se tiene en cuenta aquel «¡reinar es servir!» y «¡servir es reinar!» que escribió en la *Carta a las Mujeres*,¹⁶³ se verá mejor que lo que quería el Papa era pedir a los integrantes de la Curia Romana, que se encuentra directamente ligada al perfil petrino, conservar y valorar la dimensión mariana de su servicio a Pedro, puesto que su misión no tiende más que a formar a la Iglesia en ese ideal de santidad, que ya está formado y figurado con María. Por lo tanto, bajo esta luz vive y debe vivir la Curia Romana, debemos vivir todos nosotros.

Es evidente que, en esta perspectiva, no hay lugar para ninguna forma de *clericalismo*,¹⁶⁴ o abuso de poder y, en cambio, queda abierta por completo la puerta del servicio: María precede también a todos nosotros, los de la Curia, que servimos al misterio del Verbo encarnado, así como precede a toda la Iglesia para la que vivimos.¹⁶⁵ En lenguaje teológico: así como María está al servicio de Dios y de los hombres, el sacerdocio ministerial debe estar, de veras y con todas sus consecuencias, al servicio del sacerdocio común de los fieles.

En definitiva, inspirándose en la Virgen, Madre de la Iglesia, y durante el año dedicado a Ella, Juan Pablo II quiso sembrar en sus colaboradores más cercanos la fundamental persuasión, teológica y práctica, de que es la disponibilidad para servir y el ser-

¹⁶³ N. 10.

¹⁶⁴ La Real Academia lo define como la «intervención excesiva del clero en la vida de la Iglesia, que impide el ejercicio de los derechos a los demás miembros del pueblo de Dios».

¹⁶⁵ Discurso a la Curia Romana, 22-XII-1987 (DP-193, 1987).

vicio eficaz lo que verdaderamente cuenta: es así como debería entenderse la autoridad, *tanto en la familia como en la sociedad y en la Iglesia*.¹⁶⁶

Antes de terminar el discurso a la Curia Romana, el Papa quiso anunciar oficialmente la publicación no lejana de una *Carta Encíclica* con el fin de conmemorar el *vigésimo aniversario de la «Populorum progressio»* de Pablo VI, al tiempo que la confiaba a la Virgen Santa (...) para que encuentre respuesta en la sociedad.¹⁶⁷

El 30 de diciembre de 1987, en efecto, firma su gran encíclica sobre el interés de la Iglesia por la cuestión social (*Sollicitudo rei socialis*), con la que intentó poner de relieve las nuevas temáticas y responder a los nuevos problemas (que) se han planteado a la conciencia del hombre de hoy.¹⁶⁸

En ella confía a la Madre de Dios y de los hombres, de cada hombre y de cada mujer, *la difícil coyuntura* del mundo actual, (...) las difíciles situaciones individuales, a fin de que, exponiéndolas a su Hijo, obtenga de Él que las alivie y transforme.

Al mismo tiempo que en su carácter *personal*, único e irrepetible, le presenta a la Virgen también las *situaciones sociales* y la misma *crisis internacional*, en sus aspectos preocupantes de miseria, desempleo, carencia de alimentos, carrera

¹⁶⁶ Carta a las Mujeres, n. 10. En su último libro, el Papa subraya de manera inolvidable la misma idea: El obispo debe dirigir y hacer de guía. Será escuchado y amado por sus fieles en la medida que imite a Cristo, el Buen Pastor, que «no ha venido para que le sirvan, sino para dar su vida en rescate por muchos» (Mt 20,28). «Servir» ¡Cómo me gusta esta palabra! Sacerdocio «ministerial», un término que sorprende... (Juan Pablo II, ¡Levantaos! ¡Vamos!, Buenos Aires, 2004, p. 52).

¹⁶⁷ Discurso a la Curia, cit.

¹⁶⁸ *Ibid.*

armamentista, desprecio de los derechos humanos, situaciones o peligros de conflicto parcial o total, puesto que su solicitud maternal llega a los aspectos personales y sociales de la vida de los hombres en la tierra.¹⁶⁹

70 lecciones sobre la Virgen

De Maria numquam satis. Juan Pablo II lo cumplió con creces, pues *a lo largo de más de dos años*, desde el 6 de setiembre de 1995 hasta el 12 de noviembre de 1997, en las Audiencias generales de los miércoles, después de las exposiciones que había hecho sobre las tres Divinas Personas de la Santísima Trinidad y sobre la Iglesia, quiso enseñar con cuidadoso amor quién es la Madre de Dios y de los hombres.

Su propósito fue **proponer una síntesis esencial de la fe de la Iglesia sobre María, (...) siguiendo la constitución dogmática *Lumen gentium***, pero sin pretender, como afirmó citando el mismo documento, **'exponer una mariología completa' ni 'resolver las cuestiones que todavía los teólogos no han aclarado del todo' (*Lumen gentium*, 54).**

La verdad es que recurriendo a los datos de la Escritura y de la Tradición apostólica y teniendo en cuenta el desarrollo doctrinal que se ha alcanzado en la Iglesia hasta nuestros días¹⁷⁰ -éstas serían las fuentes de su enseñanza- su magisterio ha significado una extraordinaria profundización en la fe sobre la Santísima Virgen y, en concreto, como veremos, sobre su mediación materna.

¹⁶⁹ Enc. *Sollicitudo rei socialis*, 30-XII-1987, n. 49.

¹⁷⁰ Audiencia general, 3-I-1996, en JUAN PABLO II, *La Virgen María*, Madrid 1998, p. 55. Citamos según esta edición.

Las 70 catequesis sobre la Virgen son de admirar. En ellas se armonizan la hondura teológica con un gozoso amor a Santa María; la piedad cristalizada en una ilimitada confianza en la Madre, con una admirable sobriedad en el modo de expresarla. Las reflexiones del Papa son el fruto de su amor contemplativo a Santa María y, además de ser asequibles a personas de todas las condiciones, encierran una notable riqueza de sugerencias teológicas y de aplicaciones prácticas para la vida de los cristianos.

La edición que manejamos ha ordenado su enseñanza en una Introducción —*La fe cristiana y María*— y dos partes: con el título *Vida de la Virgen María*, la primera contempla a *María, Mujer elegida por Dios* y los privilegios con que Dios la adornó, así como a *María en la vida de Jesús*. En la segunda parte se refiere a *María y la Iglesia*, y la ve como *Modelo y Madre de la Iglesia*, y como *Mediadora*. Terminan las enseñanzas con cinco catequesis dedicadas a *El culto a la Madre de Dios*.

Ya se ha visto cómo la mediación materna de la Virgen, explicada con creciente profundidad por el Papa, alcanzó su cenit en *Redemptoris Mater*. En los textos que ahora nos ocupan —y sólo en esto nos detendremos, invitando al lector a enriquecer su fe mariana con la lectura completa de esas enseñanzas— Juan Pablo II se empeña en explicar con extrema claridad el que es punto de incomprensión de la teología protestante acerca de la mediación de la Virgen. ¿Por qué y cómo, se preguntan los teólogos de la Reforma, María se puede considerar «mediadora» si, como afirma San Pablo, «uno es el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús» (1 Tim 2, 5)?

Después de recordar alguna de las vicisitudes que sufrió el capítulo VIII de la Constitución *Lumen gentium* durante el debate conciliar,¹⁷¹ en primer lugar acentúa que María fue asociada a la

¹⁷¹ Una amplia exposición crítica sobre este tema se puede encontrar en la obra clásica de C. POZO, *María en la obra de la salvación*, Madrid 1990, 2ª, pp. 20-64.

obra salvadora de Jesucristo en una condición de subordinación, que es fruto de la gracia. No obstante, queda claro que la suya es una verdadera cooperación, porque se realiza *con él* e implica, a partir de la Anunciación, una participación activa en la obra redentora¹⁷², y no meramente pasiva, como afirma la teología protestante.

En segundo lugar, así como nadie duda de que todos los cristianos «somos colaboradores de Dios» (1 Co 3, 9) en su obra redentora, dando testimonio del Evangelio con la propia vida y con las obras, hace ver que la cooperación de la Virgen está en un plano diferente y superior, tanto por el modo de realizarla como por sus efectos.

La diferencia se encuentra en este hecho: la cooperación de los hombres *se realiza después del acontecimiento del Calvario*. (...) **Por el contrario, la participación de María se realizó durante el acontecimiento mismo y en calidad de madre**. (...) **En unión con Cristo y subordinada a él, cooperó para obtener la gracia de la salvación a toda la humanidad**. En consecuencia, no se puede no reconocer con admiración que la participación de la Virgen en la redención de la **humanidad representa un hecho único e irrepetible**.¹⁷³

Un paso más da el Santo Padre en su enseñanza. ¿Por qué quiso Dios la cooperación de la Madre de Jesús? ¿Cuál es su significado?

Para responder a estas preguntas recuerda las dos ocasiones en las que Jesús llamó a su Madre «mujer»: en las bodas de Caná, comenzando su vida pública, y en el momento cumbre de la Cruz, cuando consuma su obra redentora. Esto significa, en primer lugar, que **María está asociada a la obra salvífica en cuan-**

¹⁷² Audiencia general, 18-IX-1996, *ac.*, p. 136.

¹⁷³ Audiencia general, 9-IV-1997, p. 182.

to mujer, es decir, que así como Dios creó al hombre «varón y mujer» (Gn 1, 27), también en la Redención quiso poner al lado del nuevo Adán a la nueva Eva. La pareja de los primeros padres emprendió el camino del pecado; una nueva pareja, el Hijo de Dios con la colaboración de su Madre, devolvería al género humano su dignidad originaria.¹⁷⁴

En segundo lugar, con inagotable gratitud a Dios hay que advertir que el fruto sublime de esa colaboración de la Virgen en la obra de la redención de los hombres es la maternidad universal¹⁷⁵ de Santa María, que no se limita solamente a los discípulos puesto que al declarar Jesús, «Mujer, ahí tienes a tu Hijo» (Jn 19, 26), trataba de ofrecer a su madre como madre de todos los hombres.¹⁷⁶

Por otra parte, aunque no lo sabemos con exactitud, es verdad que María, durante su vida terrena, manifestó su maternidad espiritual hacia la Iglesia por un tiempo muy breve. Pero esta función suya asumió todo su valor después de la Asunción, y está destinada a prolongarse en los siglos hasta el fin del mundo. En el cielo, estando más cerca de su Hijo y, por tanto, de todos nosotros, puede ejercer en el Espíritu de manera más eficaz la función de intercesión materna que le ha confiado la divina Providencia.¹⁷⁷

En definitiva, así como es verdad que Dios Padre quiere salvar a todos los hombres por medio de Jesucristo, también responde al plan divino la presencia y la acción mediadora de María: el Padre, a la intercesión sacerdotal del Redentor ha querido unir la intercesión maternal de la Virgen. Es una función que ella ejerce en beneficio de quienes están en

¹⁷⁴ *Ibid.*

¹⁷⁵ *Ibid.*, p. 183.

¹⁷⁶ Audiencia general, 24-IX-1997, p. 236.

¹⁷⁷ *Ibid.*, p. 237.

peligro y tienen necesidad de favores temporales y, sobre todo, de la salvación eterna. (...) Como mediadora maternal, María presenta a Cristo nuestros deseos, nuestras súplicas, y nos transmite los dones divinos, intercediendo continuamente en nuestro favor.¹⁷⁸

La consecuencia concreta, que ilumina de esperanza la vida de los hombres, es esta: **podemos dirigirnos con confianza a la Virgen Santísima, implorando su ayuda, conscientes de la misión singular que Dios le confió: colaboradora de la redención, misión que cumplió durante toda su vida y, de modo particular, al pie de la cruz.¹⁷⁹**

¹⁷⁸ *Ibid.*, p. 238.

¹⁷⁹ Audiencia general, 9-IV-1997, p. 183.

IX. LA FIESTA GRANDE DEL AÑO 2000

«Tú debes introducir a la Iglesia en el tercer milenio», le había dicho el cardenal Stefan Wyszynski a Karol Wojtyła el día de su elección papal. Cuando en la Nochebuena de 1999 Juan Pablo II abrió la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro, se cumplía el augurio del Primado de Polonia.

¡Abrid las puertas a Cristo!, había pedido al mundo en la Plaza Mayor de la cristiandad, al comenzar su pontificado. En muy poco tiempo, gracias a la intercesión de la Madre, su deseo se había convertido en una realidad que superó sus propias expectativas: desde la Nochebuena de 1999 y hasta el 6 de enero del año 2001, por la Puerta Santa de la Basílica pasarían millones de peregrinos que, como él había dicho de sí mismo el día de su elección, «venían de países lejanos», cerrados a la verdad de Cristo durante muchos años.

En los primeros diez días del Gran Jubileo del año 2000, pasaron por la Puerta Santa más de tres millones de personas¹⁸⁰.

¹⁸⁰ Vid. *Palabra*, XII-2000, p. 6.

Entre ellos había rumanos, ucranianos, húngaros, eslovenos, rusos, búlgaros... A todos les movía el deseo de encontrarse con Cristo, que «es el mismo ayer, hoy y siempre» (Hebr 18, 8), como rezaba el lema jubilar. Los confesores no daban abasto para atender a tantos peregrinos que buscaban la reconciliación en el sacramento del perdón de Dios.

Juan Pablo II, a punto de cumplir 80 años, con una castigada salud, tuvo que esforzarse no poco para seguir el plan de la celebración jubilar. Según la tradición, el Papa abría la Puerta Santa de San Pedro y, delegados por él, algunos cardenales se encargaban de hacerlo en las otras tres basílicas mayores de Roma. En el Jubileo del año 2000, sin embargo, quiso celebrar él mismo la extensa ceremonia de apertura: el día de Navidad lo hizo en San Juan de Letrán; el 1º de enero, en Santa María la Mayor, y el 18, acompañado del primado anglicano George Carey y del Patriarca ortodoxo Atenágoras, la de San Pablo Extramuros.

Después de 22 años de viajar por todo el mundo preparando a la Iglesia para celebrar *a lo grande* el comienzo del tercer milenio de la Redención, ningún esfuerzo le pareció excesivo para compartir con los peregrinos, en todas las lenguas, la alegría del encuentro con Cristo.

Estremece repasar el número de celebraciones jubilares que presidió durante el año 2000: el 6 de enero, jubileo de los niños; el 2 de febrero, de la vida consagrada; el 11, de los enfermos; el 18, de los artistas; el 19, de los diáconos permanentes; el 22, de la Curia Romana; el 19 de marzo, de los artesanos... y así, más de 25 encuentros con toda clase de personas.

Y el viaje a Egipto, en febrero, y a Tierra Santa en marzo... Porque el Papa sentía **un deseo muy grande de ir personalmente a orar a los principales lugares que, desde el Antiguo al Nuevo Testamento, han conocido las intervencio-**

nes de Dios, hasta llegar a la cima del misterio de la Encarnación y de la Pascua de Cristo.¹⁸¹

En el año 2000 tuvo lugar también en Roma, en agosto, bajo un calor extenuante, la Jornada Mundial de la Juventud. 1.400 sacerdotes se dispusieron en el Circo Máximo, en 300 lugares distintos, para confesar: acudieron a su jubileo más de dos millones de jóvenes que rezaron y cantaron con Juan Pablo II.

Durante las audiencias generales de los miércoles -en su gran mayoría, por la cantidad de peregrinos, tuvieron lugar en la plaza de San Pedro- se propuso **recorrer un itinerario arduo pero fascinante, en la contemplación del misterio de Dios, abarcando con una sola mirada la gloria común de los Tres (Padre, Hijo y Espíritu Santo) que son un solo Dios.**¹⁸²

En efecto, a partir del 19 de enero sus alocuciones, comenzando por la Trinidad y la historia de la salvación, fueron profundas reflexiones que culminaron, en la última de las audiencias, con la invitación a **continuar la gran aventura de la humanidad en el campo de la ciencia y de la técnica, (porque) en cierto sentido, Dios ha delegado en el hombre la obra de la creación.**¹⁸³

En este contexto, ¿cómo no admirarse ante el argumento que quiso desarrollar en *las dos primeras* Audiencias del Gran Jubileo?

El 5 de enero del año 2000, concluyendo las reflexiones desarrolladas el año anterior sobre el misterio de Dios Padre, el Papa dijo que, **casi como una especial introducción a las catequesis del Año Santo, quería una vez más hablar con amor sobre la persona de María.** Entonces, sacando nuevos destellos de su contemplación, se referirá a la Virgen como *la mediadora de la alegría* de Dios.

¹⁸¹ *Carta en el umbral del Gran Jubileo*, 29-VI-1999, DP-96, 1999.

¹⁸² Audiencia general, 19-I-2000, DP-6, 2000.

¹⁸³ Audiencia general, 13-XII-2000, DP-189, 2000.

Explicó que, con el saludo del ángel «**Alégrate, llena de gracia**»- **el Padre revela su intención de comunicar a la humanidad la alegría verdadera y definitiva. Se trata de la alegría propia del Padre, que consiste en tener a su lado al Hijo. En la Anunciación esta alegría es ofrecida a todos los hombres, pero ante todo es encomendada a María, para que desde ella se difunda a la comunidad humana.**

A continuación, meditando en la relación mutua de María y el Hijo de Dios, contempla admirado sus aspectos más entrañablemente humanos. **Jesús recibió de María una verdadera educación, que forjó su humanidad. Por otra parte, María se dejaba influir y formar por su hijo, descubriendo cada vez más profundamente en él al Padre. Y, así como ella le enseñó a dar los primeros pasos, su tarea consiste ahora en ayudar a la Iglesia a caminar como ella tras las huellas de Cristo.**¹⁸⁴

Una semana más tarde, durante la segunda audiencia general del gran Jubileo, retomó la reflexión sobre María para subrayar cuál es **su papel en nuestro camino hacia el Padre.** En esta oportunidad, partiendo del principio rector de que es Dios Padre quien **quiso la presencia de María en la historia de la salvación,** la catequesis trató de la doble mediación que ejerce la Santísima Virgen.

María se encuentra en el camino que va desde el Padre a la humanidad como madre que da a todos a su Hijo, el Salvador. Al mismo tiempo, está en el camino que los hombres deben recorrer para ir al Padre, por medio de Jesucristo.

Teniendo en cuenta la enseñanza de *Lumen gentium* n. 60 sobre la mediación de la Virgen, que se encuentra **insertada en la única mediación de Cristo y totalmente a su servicio,** llega

¹⁸⁴ Audiencia general, 5-I-2000, DP-2, 2000.

a una preciosa conclusión llena de esperanza: **la mediación de María (...) se presenta como el fruto más alto de la mediación de Cristo y está esencialmente orientada a hacer más íntimo y profundo nuestro encuentro con él.**

A esta convicción ha arribado el Papa meditando en el hecho de que nunca, mientras vivió entre los hombres, **María quiso atraer la atención hacia su persona. Vivió en la tierra con la mirada fija en Jesús y en el Padre celestial. Ahora, cuidando a sus hijos desde el Cielo, su deseo más intenso consiste en hacer que las miradas de todos converjan en esa misma dirección.**

Hizo una consideración ulterior, referida al tiempo que estrenaba el mundo. Volviendo a las bodas de Caná, donde por primera vez la Virgen interviene como mediadora de los hombres, ve que su petición a los servidores -«haced lo que Él os diga» (Jn 2, 5)- es, para los hombres y mujeres del nuevo milenio, como **una exhortación a entrar en el nuevo periodo de la historia con la decisión de realizar todo lo que Cristo dijo en el Evangelio. (...) Si hacemos lo que nos dice Cristo, el milenio que comienza podrá asumir un nuevo rostro, más evangélico y más auténticamente cristiano, y responder así a la más profunda aspiración de María.**¹⁸⁵

El secreto desvelado

En el año 2000 Juan Pablo II le dio a la Iglesia una sorpresa. Fue una sorpresa por un doble motivo: porque, aun esperándola desde hacía décadas, quizás nadie pensó que en este momento se diera a conocer; y, especialmente, fue una sorpresa su contenido.

¹⁸⁵ Audiencia general, 12-I-2000 (DP-4, 2000).

En la fiesta de la Virgen de Fátima del año 2000 volvió por tercera vez al lugar de las apariciones de 1917. Lo llevaba un motivo de no poca importancia: la beatificación de Francisco y Jacinta, los dos hermanitos que, junto con su prima Lucía, tuvieron el privilegio de ver a la Madre de Dios.

La sorpresa fue la revelación del «secreto de Fátima», comunicado a los niños en la tercera aparición.¹⁸⁶ El contenido de este «secreto», después de conocerse que una vez Lucía había dicho que no se revelaría antes de 1960,¹⁸⁷ pasado este límite de tiempo fue objeto de numerosas fantasías. La única referencia autorizada sobre el tema, durante estos años, fue la del cardenal Ratzinger, quien en 1985 había respondido que sí conocía el «secreto». ¿Por qué, entonces, no se publicaba?

*«El Santo Padre juzga, respondió, que no añadiría nada a lo que un cristiano debe saber por la Revelación y, también, por las apariciones marianas aprobadas por la Iglesia, que no hacen sino confirmar la necesidad urgente de penitencia, de conversión, de perdón, de ayuno. Publicar el «tercer secreto» significaría también exponerse a los peligros de una utilización sensacionalista de su contenido».*¹⁸⁸

Revelando el «secreto», Juan Pablo II facilitó aún más la vivencia de la Virgen como Madre de los hombres, y también puso el punto final a las muchas fabulaciones que sobre él se hicieron.

Eran varios centenares de miles de personas las que participaron en la Santa Misa de beatificación de Francisco y Jacinta, celebrada en la inmensa explanada del santuario de Fátima. Conmovía recordar lo que la Virgen les había dicho en la segunda de sus apariciones, el 13 de junio de 1917. Lucía, que acababa de cumplir 9 años, pidió a la Señora que los llevara al cielo... Su petición recibió esta respuesta:

¹⁸⁶ Vid. capítulo III.

¹⁸⁷ C. BARTHAS, *o.c.*, p. 542.

¹⁸⁸ J. RATZINGER-V. MESSORI, *Informe sobre la fe*, *o.c.*, p. 119.

*- Sí. A Jacinta y a Francisco vendré pronto a llevarlos conmigo. Pero tú debes seguir más tiempo aquí abajo. Jesús quiere servirse de ti para hacerme conocer y amar. Quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado.*¹⁸⁹

Como lo había anunciado la Virgen, Francisco dejó este mundo el 4 de abril de 1919, antes de cumplir los 11 años, durante la epidemia de gripe que asoló a su tierra. Su hermanita, Jacinta, se marchó tras él el 20 de febrero de 1920, cuando aún no había cumplido los diez. Lucía, que nació el 22 de marzo de 1907, estaba presente en la ceremonia de beatificación de sus primos, el 13 de mayo de 2000.

Durante la homilía de la Misa, el Santo Padre volvió a recordar, como ya lo hiciera en su primera visita, en 1982, el sentido del «mensaje de Fátima»: **es una llamada a la conversión, alertando a la humanidad para que no siga el juego del «dragón» (del demonio) pues la meta última del hombre es el cielo, su verdadera casa, donde el Padre celestial, con su amor misericordioso, espera a todos.**¹⁹⁰

Al terminar la ceremonia se vivió un momento de emoción. El cardenal Angelo Sodano, Secretario de Estado, se acercó al micrófono y leyó un anticipo del «tercer secreto», al tiempo que anunciaba su próxima publicación, que estaría acompañada de un comentario de la Congregación para la Doctrina de la Fe.¹⁹¹

¹⁸⁹ C. BARTHAS, *o.c.*, p. 597.

¹⁹⁰ DP-71, 2000.

¹⁹¹ «Joaquín Navarro-Valls, Director de la Sala de Prensa de la Santa Sede, preguntado por periodistas señaló que el Santo Padre decidió no ser él quien anunciara la decisión, por estar personalmente implicado en el contenido de la visión profética; y también para subrayar claramente la distinción entre una revelación privada, como ésta, y la Sagrada Revelación —objeto de fe— transmitida a través de las Escrituras y la Tradición de la Iglesia» (*Palabra*, VI- 2000, p. 11).

Señaló el cardenal que *«la visión de Fátima tiene que ver sobre todo con la lucha de los sistemas ateos contra la Iglesia y los cristianos, y describe el inmenso sufrimiento de los testigos de la fe del último siglo del segundo milenio. Es un interminable Via Crucis dirigido por los Papas del siglo XX»*. También se refirió a la protección prestada por la Santísima Virgen a Juan Pablo II. *«Según la interpretación de los 'pastorinhos' – interpretación confirmada recientemente por Sor Lucía- el 'Obispo vestido de blanco' que ora por todos los fieles es el Papa. También él, caminando con fatiga hacia la Cruz entre los cadáveres de los martirizados (obispos, sacerdotes, religiosos y numerosos laicos), cae a tierra como muerto, bajo los disparos de arma de fuego»*. Explicó cómo *«después del atentado del 13 de mayo de 1981, a Su Santidad le pareció claro que había sido 'una mano materna quien guió la trayectoria de la bala', permitiendo al 'Papa agonizante' que se detuviera 'a las puertas de la muerte'»*.¹⁹²

El 26 de junio, poco más de un mes desde que fuera anunciado, el cardenal Ratzinger y mons. Bertone, Secretario de la Congregación para la Doctrina de la Fe, presentaron en la sala de prensa de la Santa Sede el fascículo «El mensaje de Fátima», con el texto del «secreto», las palabras del Cardenal Sodano y el comentario de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Lo introduce mons. Bertone, enviado de Juan Pablo II para hablar con Sor Lucía, y reproduce el texto del «secreto» y el comentario teológico del cardenal Ratzinger. Meditándolo se entenderá mejor el alcance que tiene para *nuestro* tiempo, el del siglo XXI, la advertencia maternal de la Virgen en Fátima, de la cual el Papa se hizo eco en sus tres visitas al santuario y en otras muchas ocasiones.

Los caminos de la Providencia son misteriosos; es necesario aprender a reconocerlos y, una vez conocidos, a recorrerlos. *«La obra de desvelar el «Tercer Secreto», tan ligada a Juan Pablo II, dijo el*

¹⁹² *Ibid.*, p. 8.

cardenal Bertone, *no ha consistido en restablecer un contacto con la raíz emocional de la experiencia religiosa. No nos estamos moviendo en el terreno del mito; tenemos entre manos un suceso y un mensaje que han marcado el siglo XX, que han encontrado un eco en la dolorosísima experiencia de un Papa, que han recibido el imprimatur de la único testigo superviviente*».¹⁹³

En el año 2000, haciendo público el «secreto» de Fátima, quiso Juan Pablo II que la Iglesia entera tomara mayor conciencia de los sufrimientos que tuvieron que vivir por su fe millares de hombres y mujeres en los países dominados por el comunismo y, al mismo tiempo, quiso *actualizar* el mensaje: la oración y la penitencia son los medios perennes para llegar a la meta del cielo.

Revelando el «secreto» de Fátima se hizo también más evidente aún la intercesión maternal de la Virgen. **Quizá por eso hacía falta** —para que se viera con más claridad su intercesión, había escrito el Papa en otro momento— **que tuviera lugar el atentado en la plaza de San Pedro precisamente el 13 de mayo de 1981, aniversario de la primera aparición de Fátima, para que todo se hiciera más transparente y comprensible, para que la voz de Dios, que habla en la historia del hombre mediante «los signos de los tiempos», pudiera ser más fácilmente oída y comprendida.**¹⁹⁴

Vives por Él y para Él

Entre los muchos *jubileos* celebrados durante el Año Santo, uno de ellos tuvo particular relieve: el 7 de octubre, 1.500 obis-

¹⁹³ T. BERTONE, *o. c.*, p. 141.

¹⁹⁴ *Cruzando el umbral*, p. 141.

pos de todo el mundo se reunieron en Roma para ganar la indulgencia. La fecha elegida, fiesta de Nuestra Señora del Rosario, es por sí misma significativa; pero Juan Pablo II, que preside el colegio de los obispos, quiso que la Virgen estuviera especialmente presente en el jubileo de quienes han recibido la misión de guiar a la Iglesia.

Como había ocurrido en 1984, la imagen de la Virgen de Fátima presidió el rezo del rosario en la plaza de San Pedro y, al día siguiente, domingo, la gran concelebración eucarística del Papa y los obispos.

Engarzada en la corona de la imagen estaba la bala que le había llevado al borde de la muerte; en el Rosario que cuelga de los brazos de la Señora, el anillo que el cardenal Wyzsinski le había regalado el día de su elección, y que Juan Pablo II había dejado en Fátima al beatificar a los «*pastorinhos*».

«Todos perseveraban unánimes en la oración, con María, la madre de Jesús» (Hech, 1, 14). Cada uno de los misterios del rosario fue introducido por un cardenal y dirigido por un obispo y una familia de cada continente. El quinto misterio glorioso lo dirigió Sor Lucía desde su monasterio de Coimbra.

Al día siguiente, *omnes cum Petro*, reunidos con el Papa más de un tercio del total de obispos, realizaron una vez más el *Acto de consagración al Corazón Inmaculado de María*.

La oración de esta consagración es una amalgama de extraordinaria delicadeza, de completa fe en que la Virgen cuidará de los hombres y mujeres del siglo XXI, y de precisión conceptual: además de subrayar la cooperación de la Virgen a la obra redentora y su maternidad espiritual respecto a todos los hombres, la plegaria de Juan Pablo II aleja la más pequeña confusión sobre el papel de la Madre.

Comenzó recordando una vez más las últimas palabras que Jesús le dirigió desde la cruz: «Mujer, ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,

26) y, señalando que al encomendarle al apóstol Juan y con él a los hijos de la Iglesia, más aún a todos los hombres, Cristo no atenuaba, sino que confirmaba su papel exclusivo como Salvador del mundo, se dirigió a la Virgen con plena confianza: **Tú eres esplendor que no ensombrece la luz de Cristo, porque vives en él y para él. Todo en ti es «fiat»: tú eres la Inmaculada, eres transparencia y plenitud de gracia.**

Porque la Virgen es Madre de Dios y de estos hombres y mujeres de una época extraordinaria, tan apasionante como rica en contradicciones, que tienen capacidad para hacer de este mundo un jardín o reducirlo a un cúmulo de escombros, el Papa, con los obispos, le confió nuestro camino en el nuevo milenio, para que, bajo tu guía, todos los hombres descubran a Cristo, luz del mundo y único Salvador.¹⁹⁵

* * * * *

No había transcurrido una semana de este jubileo, y nuevamente Juan Pablo II enseñaba otros aspectos de la mediación de la Madre. El 13 de octubre, con ocasión de dirigirse a los participantes en el VIII Coloquio Internacional de Mariología, reunido para tratar sobre *«San Luis María Grignion de Monfort: espiritualidad trinitaria en comunión con María»*, apoyándose en la doctrina monfortiana enseñó cómo está relacionada la Virgen con las tres divinas Personas.

Dios Padre 'dio a su Hijo único al mundo sólo por medio de María' y 'quiere tener hijos por medio de María hasta el fin del mundo' (*Tratado de la verdadera devoción...* 16 y 29). Dios Hijo 'se hizo hombre por nuestra salvación, pero

¹⁹⁵ DP-140, 2000.

en María y por medio de María' y 'quiere formarse y, por decirlo así, encarnarse día a día, por medio de su amada madre, en sus miembros' (ib., 16 y 31). Dios Espíritu Santo 'comunicó a María, su Esposa fiel, sus dones inefables' y 'quiere formarse, en ella y por medio de ella, a elegidos' (ib. 25 y 34).

En esta oportunidad volvió a recordar el principio clave, al que se había referido en la segunda de las audiencias generales del Año Jubilar, que ilumina la comprensión del papel de la Santísima Virgen en la redención de los hombres: **toda intervención de María en la obra de regeneración de los fieles no está en competición con Cristo, sino que deriva *de* él y está *a su* servicio.**¹⁹⁶

¹⁹⁶ DP-146, 2000.

X. EL PROGRAMA DEL NUEVO MILENIO

Desde el comienzo mismo de su pontificado, el Gran Jubileo del Año 2000 fue la meta hacia la cual el Pontífice encaminó a la Iglesia durante 22 años. No se ahorró ningún esfuerzo –sínodos episcopales, viajes, encíclicas, alocuciones, discursos...- para que desde Roma hasta el último pueblo donde viviera un miembro de la Iglesia, todos y cada uno participaran del tiempo de gracia extraordinaria que constituiría el Año Santo que inauguró el tercer milenio de la venida de Cristo al mundo.

Desde esta perspectiva, y tomando en cuenta los magníficos resultados de la celebración jubilar, su clausura significaría para el Papa, además de la celebración de un extraordinario éxito, haber conquistado un más que legítimo derecho a un poco de descanso en su imparable actividad.

No obstante, habría sido una grave equivocación pensar así. El 6 de enero de 2001, recién terminada la Misa de clausura del Año Santo, sin quitarse siquiera los ornamentos sagrados – el Papa gustaba de los gestos y éste fue elocuente- firmó la que

puede llamarse, «Carta Magna del nuevo milenio», con la que puso en *pie de guerra* a toda la Iglesia.

La Carta Apostólica *Al comienzo del nuevo milenio* es un escrito que, por su tono y por su contenido, rompe todos los moldes de los documentos pontificios. En cada una de sus páginas palpita el corazón de Juan Pablo II, enamorado de Jesucristo. Es el suyo un amor fresco, vibrante y optimista, que se vuelca en expresiones originales y contagiosas, que arrastran: **en la causa del Reino no hay tiempo para mirar hacia atrás y menos para dejarse llevar por la pereza.**¹⁹⁷ **¡Caminemos con esperanza! Un nuevo milenio se abre ante la Iglesia, como un océano inmenso en el que hay que aventurarse, contando con la ayuda de Cristo.**¹⁹⁸ «¡Navegar mar adentro!», había ordenado Jesús a sus apóstoles, indicando así la condición de la eficacia evangelizadora: la fe en su palabra. *Duc in altum!*, recuerda el Papa. **Estas palabras resuenan también hoy para nosotros y nos invitan a recordar con gratitud el pasado, a vivir con pasión el presente y a abrirnos con confianza al futuro.**¹⁹⁹

El Santo Padre es bien consciente de las dificultades que debe enfrentar la Iglesia en su acción apostólica. Sabe perfectamente que no existe **una fórmula mágica para los grandes desafíos de nuestro tiempo.** Pero afirma con total convicción que **no será una fórmula lo que nos salve, pero sí una Persona y la certeza que ella nos infunde: «¡Yo estaré siempre con ustedes!»**²⁰⁰

Al comenzar el nuevo milenio, la Iglesia no tiene que inventar ningún «programa» para llevar a cabo su misión: **el progra-**

¹⁹⁷ Carta Ap. *Novo Millennio ineunte*, 6-I-2001, n. 15.

¹⁹⁸ *Ibid.*, n. 58.

¹⁹⁹ *Ibid.*, n. 1.

²⁰⁰ *Ibid.*, n. 29.

ma ya existe. Es el de siempre. (...) Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar.²⁰¹

En la *Novo millenio ineunte* están señaladas las vías maestras por las que tiene que andar la Iglesia en los albores del nuevo milenio de la Redención: *la llamada universal a la santidad*, solemnemente proclamada por el Concilio Vaticano II, es la primera de las prioridades. **Este es el momento de proponer de nuevo a todos, con convicción, este «alto grado» de la vida cristiana ordinaria. La vida entera de la comunidad eclesial y de las familias cristianas debe ir en esta dirección.**²⁰²

¿Cómo alcanzar la santidad? ¿Qué medios tiene el cristiano para empeñarse en este ideal? El Papa redescubre, para todos los miembros de la Iglesia, los que siempre han empleado y seguirán empleando cuantos se propongan alcanzar esa cumbre: la oración, la Eucaristía, la recepción frecuente del sacramento de la Reconciliación, la meditación de la Palabra de Dios²⁰³. Por estos caminos, siguiendo esta «**pedagogía de la santidad**», cada fiel sentirá la pasión de dar a conocer a Jesucristo, que **no podrá ser delegada en unos pocos «especialistas»**, porque **quien ha encontrado verdaderamente a Cristo no puede tenerlo sólo para sí, debe anunciarlo.**²⁰⁴

En este tiempo nuestro, pluralista en sus creencias y sensible a lo que pudiera parecer «fundamentalismo» o «intolerancia», Juan Pablo II advierte que, en el diálogo interreligioso, **no debemos temer que pueda constituir una ofensa a la identidad del otro lo que, en cambio, es *anuncio gozoso de un don* para**

²⁰¹ *Ibid.*

²⁰² *Ibid.*, n. 30.

²⁰³ Cfr. *ibid.*, ns. 32 a 39.

²⁰⁴ *Ibid.*, n. 40

todos y que se propone a todos con el mayor respeto a la libertad de cada uno: el don de la revelación del Dios-Amor.²⁰⁵

Igual que aquellos griegos que un día se dirigieron al apóstol Felipe para pedirle «queremos ver a Jesús» (Jn 12, 21), **los hombres de nuestro tiempo, quizás no siempre conscientemente, le piden a los creyentes de hoy no sólo que «hablen» de Cristo sino, en cierto modo, que se lo hagan «ver».** Por esto –y es la afirmación clave de la Carta– **el núcleo esencial de la gran herencia que ha dejado a la Iglesia el Gran Jubileo del año 2000 es la contemplación del rostro de Cristo (...) confesado como sentido de la historia y luz de nuestro camino.**²⁰⁶

La «Carta Magna» del Papa es un volcán de ideas tan antiguas como el mismo Evangelio, pero expresadas con el ímpetu de un amor recién estrenado. ¡Si todos los cristianos nos decidiéramos a ponerlas en práctica!... Para conseguir el fruto que Cristo espera de cada uno, se impone esta condición esencial: antes que pensar en estrategias y planes, los cristianos debemos ser **los primeros contempladores de su rostro.**²⁰⁷

Aprender a contemplar a Jesucristo

Contemplación. ¿Qué sentido tiene este concepto para la mayoría de los hombres y mujeres de hoy? ¿No sería la contemplación un cierto «lujo» reservado a unas pocas almas selectas? El Papa lo niega por completo: dice claramente que **se equivoca quien piense que el común de los cristianos se puede con-**

²⁰⁵ *Ibid.*, n. 56.

²⁰⁶ *Ibid.*, n. 15.

²⁰⁷ *Ibid.*, n. 16.

formar con una oración superficial, incapaz de llenar su vida.²⁰⁸ Pero, en todo caso, ¿cómo aprender a contemplar a Jesucristo?

Un año largo dilató el Papa su respuesta, dando tiempo para asimilar el contenido de la *Novo millennio ineunte*. Cuando estrenaba el vigésimo quinto año transcurrido desde el día en que, asomado al balcón de la Basílica de San Pedro, había confesado su miedo al ser elegido Obispo de Roma, superado por su **confianza plena en la Virgen Santísima**, explicó minuciosamente a la Iglesia la «vía maestra» de la contemplación.

El 16 de octubre de 2002 ofrece a la Virgen un homenaje de gratitud por las gracias recibidas durante su pontificado, que es al mismo tiempo un regalo que hace a la Iglesia: en la Carta apostólica *El Rosario de la Virgen María*, a la que califica de **coronación mariana** de la *Novo millennio ineunte*,²⁰⁹ explicará hasta el detalle este camino seguro de contemplación: **recitar el Rosario, en efecto, es en realidad contemplar con María el rostro de Cristo.**²¹⁰

Recuerda que al comenzar su misión de Sucesor de Pedro, como abriendo mi alma, me expresé así: **‘El Rosario es mi oración predilecta. ¡Plegaria maravillosa! Maravillosa en su sencillez y en su profundidad!’**(...). De este modo introducía mi primer año de Pontificado en el ritmo cotidiano del Rosario. Al iniciar el vigésimo quinto año de servicio en la Iglesia, **quiero hacer lo mismo**,²¹¹ es decir, agradecer a la Virgen, por medio del Rosario, la protección maternal que le ha dispensado y exhortar a los fieles a **la contemplación del ros-**

²⁰⁸ *Ibid.*, n. 34.

²⁰⁹ Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, 16-X-2002, n. 3.

²¹⁰ *Ibid.*

²¹¹ *Ibid.*, n. 2.

tro de Cristo en compañía y a ejemplo de su Santísima Madre.²¹²

Nadie como la Virgen puede enseñar mejor cómo es Jesús, puesto que a Ella el rostro del Hijo le pertenece de un modo especial. Ha sido en su vientre donde se ha formado, tomando también de Ella una semejanza humana que evoca una intimidad espiritual ciertamente más grande aún²¹³. ¿Cómo, pues, no será el Rosario un medio privilegiado para alcanzar la contemplación del rostro de Jesús, si nos lleva a recordar a Cristo con María; a comprender a Cristo desde María; a configurarse a Cristo con María; a rogar a Cristo con María; a anunciar a Cristo con María?²¹⁴

Es necesario leer la carta sobre el Rosario con el espíritu con el que fue escrita, es decir, tratando de captar que sus consideraciones, por encima de íntimas experiencias personales -**¡cuántas gracias he recibido de la Santísima Virgen a través del Rosario en estos años!**²¹⁵- son certezas de la fe que el Papa desea enseñar a todos los fieles, invitándolos a hacerlas propias.

Por otra parte, *El Rosario de la Virgen María* está en un nivel que supera las coyunturas históricas: su enseñanza es perenne, no circunstancial. En el momento de publicar la Carta, las circunstancias eran ciertamente dramáticas: **las horrorosas escenas del atentado del 11 de septiembre de 2001**, con las que se abrió el nuevo milenio y **los nuevos episodios de sangre y violencia** que estremecen al mundo y especialmente en la tierra de Jesús, aún ahora tan atormentada y tan querida por el corazón cristiano, reclaman la urgencia de implorar de Dios *el don de la paz*²¹⁶.

²¹² *Ibid.*, n. 3.

²¹³ *Ibid.*

²¹⁴ Cfr. *ibid.*, ns. 14-17.

²¹⁵ *Ibid.*, n. 2.

²¹⁶ *Ibid.*, n. 6.

A su vez, junto a la violencia física actúa otra violencia, incruenta pero durísima, por la que implora el Papa la mediación de la Virgen: *la familia*, que se encuentra **amenazada cada vez más por fuerzas disgregadoras, tanto de índole ideológica como práctica, que hacen temer por el futuro de esta fundamental e irrenunciable institución y, con ella, por el destino de toda la sociedad.**²¹⁷

En esta incertidumbre en que vivimos los hombres, piensa que sólo una intervención de lo Alto, capaz de orientar los corazones de quienes viven en situaciones conflictivas y de quienes dirigen los destinos de las naciones, puede hacer esperar un futuro menos oscuro.²¹⁸ Mediante el rezo del Rosario —el capítulo III de la Carta contiene una delicada explicación para rezarlo con piedad— la Santísima Virgen obtendrá de Dios la gracia de la conversión de los corazones.

No obstante estas graves circunstancias, el motivo más importante por el que el Papa propone con determinación el rezo del Rosario es que se trata de **un medio sumamente válido para favorecer en los fieles la exigencia de contemplación del misterio cristiano.**²¹⁹ En otras palabras, el recurso a la Virgen mediante la contemplación de los «misterios» de la vida de su Hijo —enriquecidos con la incorporación de los «misterios de luz»— se encuadra bien en el camino espiritual de un cristianismo que, después de dos mil años, no ha perdido nada de la novedad de los orígenes, y se siente empujado por el Espíritu de Dios a «remar mar adentro» (*Duc in altum!*), para anunciar, más aún, «proclamar» a Cristo al mundo como Señor y Salvador.²²⁰

²¹⁷ *Ibid.*

²¹⁸ *Ibid.*, n. 40.

²¹⁹ *Ibid.*, n. 5.

²²⁰ *Ibid.*, n. 1.

La meta que cada cristiano debe empeñarse en alcanzar es su configuración con Cristo. Para realizar este programa, en el Rosario nos encomendamos en particular a la acción materna de la Virgen Santa. Ella, siendo Madre de Cristo y Madre de la Iglesia, 'engendra' continuamente hijos para el Cuerpo místico del Hijo. Lo hace mediante su intercesión, implorando para ellos la efusión inagotable del Espíritu.²²¹

Quiso el Papa que desde octubre de 2002 a octubre de 2003, se viviera en la Iglesia el Año del Rosario. A todos pidió que asumieran esta propuesta como una consolidación de la línea trazada en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*. A todos ruega, al terminar su Carta: *tomad con confianza entre las manos el rosario*. Y suplica con esperanza: ¡Que este llamamiento mío no sea en balde!²²²

Con María, cada día en la Cruz

El 20 de mayo de 1992, encontrándome en Roma con motivo de la beatificación de San Josemaría Escrivá —a quien el Papa canonizó diez años más tarde, el 6 de octubre de 2002— tuve la inmerecida gracia de concelebrar la Misa con el Santo Padre en su capilla privada y así aprender de cerca, por personal experiencia, la centralidad que en su vida tenía la Misa. Pienso que conviene relatar el *asombro* de aquel día inolvidable.

La capilla del Papa es chica —no tiene más de doce metros de largo por seis de ancho—, y de aspecto frío: baldosones de mármol blanco veteados cubren el suelo y las paredes, y unos vitraux de la resurrección del Señor hacen de cielorraso. Todo el espacio de la capilla se concentra en el sagra-

²²¹ *Ibid.*, n. 15.

²²² *Ibid.*, n. 43.

rio, que está encima de la mesa rectangular del altar. Detrás, sobre una pared curva de granito rojo, los brazos abiertos de un crucifijo de bronce, de fuerte presencia, mueven a la oración.

El último iba yo en la fila de los concelebrantes. Monseñor Estanislao dirigió hacia el presbiterio a quienes se habían revestido primero. Cuando el sacerdote que iba delante de mí por el estrecho pasillo central de la capilla torció hacia su derecha para ocupar el lugar que le indicaban, me detuve impresionado: a un paso, matemáticamente hablando, el Santo Padre Juan Pablo II estaba en la sede, fija la vista en el sagrario, orando.

Su secretario me indicó con un gesto que me sentara detrás del Papa, en una banqueta igual a las que usarían los asistentes a la Misa. Así lo hice, cuidadosamente, sin ningún ruido, quedando el Santo Padre al alcance de mi mano.

Recé con el Papa de la manera más sencilla, uniéndome con toda el alma a su oración. Dirigí la vista hacia el Cristo de bronce y admiré, debajo del brazo izquierdo, colocada sobre la pared de granito, una reproducción pequeña de la Virgen de Czestochowa, Reina de Polonia. Y, encima del altar, a la izquierda del sagrario, una imagen de yeso —era tiempo pascual— de Jesús Resucitado.

A las 7.03 Juan Pablo II se puso de pie y se dirigió al altar para revestirse con los ornamentos blancos de la Misa, que estaban colocados sobre el mantel. Monseñor Estanislao y otro sacerdote, vietnamita, le ayudaron; su secretario le ofreció agua para purificarse los dedos antes de comenzar el Santo Sacrificio.

La Misa fue celebrada en italiano; cada uno de los concelebrantes la seguimos en un pequeño misal. Desde el ambón, antes de comenzar los ritos iniciales, el Papa paseó su vista por toda la capilla, fijándose en cada una de las personas que le acompañaban. Nunca le había visto así, tan cercano, tan «párroco»: nadie le resultaba desconocido. Eran las 7.06.

Después del saludo inicial dirigió unas breves palabras a los miembros del Pontificio Consejo de la Cultura, agradeciéndoles y animándoles

en su trabajo. Habló apenas medio minuto o menos, y fueron las únicas palabras que pronunció fuera de lo señalado en la liturgia del día.

Pausadamente, como si se dirigiera a Dios en un idioma nuevo, leyendo cada oración, rezó Juan Pablo II el «Confiteor», el «Señor, ten piedad», el «Gloria». Con voz grave anunció «-»Oremos»- la Oración Colecta. Y se recogió en silencio durante varios segundos antes de pronunciarla. Cuando terminó vino a la sede para escuchar las dos lecturas y el Evangelio, que leyó el Cardenal Poupard. A continuación tomó asiento y se sumergió en la meditación personal de la Palabra de Dios.

Llegaba hasta la capilla el canto de un pájaro tempranero, que favorecía el recogimiento. Silencio del Papa, silencio de los que le acompañábamos, oración: «Señor, lo que te pida el Papa». Fueron 8 minutos de inmersión en el Misterio. Después se dirigió al altar.

La Misa continuó. Rezamos el Canon Romano, acompañados por todos los santos. Al llegar la Consagración, Juan Pablo II pronuncia aún con más atención las palabras: más que en ningún momento él es el mismo Cristo que va a convertir el pan y el vino en el Cuerpo y en la Sangre del Señor. Y hace dos veces una genuflexión en cámara lenta, adoración genuina.

Antes de comulgar repetirá el gesto, pausadamente, amorosamente. El Papa repartió la Comunión a los asistentes y vino a la sede. Monseñor Estanislao le ofreció agua para purificarse los dedos. Nuevamente el silencio, durante cinco minutos: acción de gracias a Jesucristo, realmente presente en la Eucaristía. Después se dirigió al altar: «Oremos». Pasan varios segundos antes de pronunciar la oración Postcomunión.

Quiso el Papa dar la Bendición final con el Cardenal Poupard. Su secretario le ayudó a quitarse los ornamentos, que entregó a una religiosa. El Papa regresó a la sede y continuó aquí su oración, cinco minutos más. Alguien entonó un cántico en italiano, que cantaron todos. Cuando finalizó, Juan Pablo II se puso de rodillas y continuó rezando. Lo acompañó:

«Señor, gracias de corazón por este regalo. Beato Josemaría, Padre, gracias, gracias, gracias. Porque soy testigo de la Misa del Papa. Porque

he podido darme cuenta, ¡tan de cerca!, que es el acto más trascendente de su día. Porque aquí se entiende que lo único importante es buscarte y adorarte. Porque aquí, en Ti, Señor, está el secreto del Santo Padre: de su valentía, de su fortaleza, de su eficacia apostólica, de su optimismo... Jesús, te ruego que me ayudes a no despistarme, a no confiar en mis capacidades ni a asustarme de mis incapacidades...»

A las 7.57, mientras el Papa continúa de rodillas, monseñor Estanislao hace un gesto indicándonos la salida...²²³

Sentimientos de gran asombro y gratitud para con Jesucristo realmente presente en la Eucaristía, ya los había manifestado el Papa en su primera encíclica sobre *El Redentor del hombre*²²⁴ y en muchas otras ocasiones. El deseo de **suscitar este «asombro» eucarístico** le llevó a entregar a la Iglesia, el **17 de abril, Jueves Santo, del año 2003, vigésimo quinto de mi Pontificado y Año del Rosario**, la última de sus encíclicas, *La Iglesia vive de la Eucaristía*.²²⁵

Recuerda en ella que desde el 2 de noviembre de 1946, cuando celebró su primera Misa en la cripta de San Leonardo de la catedral del Wawel en Cracovia, pudo decirla en **capillas situadas en senderos de montaña, a orillas de los lagos, en las riberas del mar; la he celebrado sobre altares construidos en estadios, en las plazas de las ciudades...** En escenarios tan variados, que le han hecho **experimentar intensamente el carácter universal de la Eucaristía**,²²⁶ una verdad se impone sobre todas las demás: este sacramento es **lo más precioso que la Iglesia puede tener en su caminar por la historia**.²²⁷

²²³ J. FUENTES, *Luchar por amor. Recuerdos del Beato Josemaría Escrivá, Fundador del Opus Dei*, Montevideo 2002, págs. 143ss.

²²⁴ Cfr. Carta enc. *Redemptor hominis*, 4-III-1979, n. 20.

²²⁵ Carta enc. *Ecclesia de Eucharistia*, 17-IV-2003, n. 6.

²²⁶ *Ibid.*, n. 8.

²²⁷ *Ibid.*, n. 9.

La decisión de Juan Pablo II de dedicar una encíclica a la Eucaristía, si bien estuvo motivada también por ciertos abusos, por los que manifiesta profundo dolor,²²⁸ se encuentra en continuidad con la herencia jubilar (de la) *Novo millennio ineunte* y con su coronamiento mariano *Rosarium Virginis Mariae*. Contemplar el rostro de Cristo, y contemplarlo con María, es el «programa» que he indicado a la Iglesia en el alba del tercer milenio, invitándola a remar mar adentro en las aguas de la historia, con el entusiasmo de la nueva evangelización.²²⁹

En la Carta sobre el Rosario había explicado extensamente cómo esta devoción mariana lleva a la contemplación de Jesucristo. Pero, ¿cuál es la relación de la Santísima Virgen con la Eucaristía? A explicarla le dedica el último capítulo de la encíclica, en el que llama a María Mujer «eucarística».

La Eucaristía es esencialmente la renovación incruenta del sacrificio que Jesús hizo de sí mismo en la Cruz. ¿Se expresa de alguna manera esta dimensión sacrificial en la Santísima Virgen, su Madre? La respuesta provoca asombro: *María es mujer «eucarística» con toda su vida,*²³⁰ como se verá recordando los momentos marianos que conocemos por el Evangelio.

En la *Anunciación*, por el hecho mismo de haber ofrecido su seno virginal para la encarnación del Verbo de Dios, ya la Virgen estaba practicando su fe eucarística.²³¹

²²⁸ El problema capital es que, en diversos ambientes, «se nota a veces una comprensión muy limitada del Misterio eucarístico. Privado de su valor sacrificial, se vive como si no tuviera otro significado y valor que el de un encuentro convivial fraterno» (n. 10). De aquí que la encíclica explique exhaustivamente –58 veces se encuentra la palabra– que la Eucaristía es, esencialmente, «el sacrificio de la Cruz que se perpetúa por los siglos» (n. 11).

²²⁹ *Ibid.*, n. 6.

²³⁰ *Ibid.*, n. 53.

²³¹ *Ibid.*, n. 55.

En la *Visitación* a su prima Isabel, que la saluda alabando su fe —«¡feliz la que ha creído!» (Lc 1, 45)— se convierte en el primer «tabernáculo» de la historia, anticipando así la fe eucarística de la Iglesia.²³²

Durante la *Presentación* del Hijo en el templo de Jerusalén, cuando oyó anunciar al anciano Simeón que aquel Niño sería «señal de contradicción» y también que una «espada» traspasaría su propia alma (cf. Lc 2, 34s), María empieza a vivir una especie de «Eucaristía anticipada». En suma, la Santísima Virgen con toda su vida junto a Cristo y no solamente en el Calvario, hizo suya la *dimensión sacrificial de la Eucaristía*.²³³

Al pie de la Cruz —¡cuántas veces lo ha meditado y enseñado Juan Pablo II durante veinticinco años!— Jesús nos entregó a su Madre como Madre nuestra. Vivir en la Eucaristía el memorial de la muerte de Cristo implica también recibir continuamente este don (...) y asumir, al mismo tiempo, el compromiso de conformarnos a Cristo, aprendiendo de su Madre y dejándonos acompañar por ella.²³⁴

Antes de terminar la encíclica, en la que ha expuesto con unción y profundidad teológica el sublime misterio de la Eucaristía, anima a todos los fieles a seguir *la enseñanza de los Santos*, grandes intérpretes de la verdadera piedad eucarística, en los que la teología adquiere todo el esplendor de la experiencia vivida. Pero, sobre todo, pongámonos *a la escucha de María Santísima*, en quien el Misterio eucarístico se muestra, más que en ningún otro, como *misterio de luz*. Mirándola a ella conocemos *la fuerza transformadora que tiene la Eucaris-*

²³² *Ibid.*

²³³ *Ibid.*, n. 56.

²³⁴ *Ibid.*, n. 57.

tía. En ella vemos el mundo renovado por el amor. Al contemplarla asunta al cielo en alma y cuerpo vemos un resquicio del «cielo nuevo» y de la «tierra nueva» que se abrirán ante nuestros ojos con la segunda venida de Cristo. La Eucaristía es ya aquí, en la tierra, su prenda y, en cierto modo, su anticipación: «*Veni , Domine Iesu*» (Ap 22, 20).²³⁵

²³⁵ *Ibid.*, n. 62.

XI. LA ÚLTIMA PALABRA

Estamos en agosto de 2004. El Papa ha cumplido 84 años y es la imagen doliente de Cristo: dar un paso le supone un enorme esfuerzo; endurecidas las facciones de su rostro por la enfermedad, ya no puede sonreír como siempre lo hizo; cuando habla se hace necesario interpretar sus palabras, pues su voz, redonda y grave, se ha transformado en silabeos deformes.

Pero él es un guerrero, un luchador que, como Cristo, dará todo de sí hasta el último instante. Cuando faltan pocos meses para entregar su vida, siente la necesidad de ir a Lourdes para confiarle a la Madre, por última vez, lo que le hace sufrir mucho más que sus enfermedades: irá a la Gruta donde se apareció la Inmaculada Concepción, con el fin de implorar para los hombres un despertar interior **que le permita volver a descubrir plenamente la santidad de la ley de Dios y los compromisos morales que de ella derivan.**²³⁶

²³⁶ Audiencia general, 11-VIII-2004. Todos los textos del Papa de este capítulo fueron tomados del sitio oficial de la Santa Sede en Internet: www.vatican.va

El Papa habla a los fieles reunidos en Castelgandolfo, cuatro días antes de peregrinar a Lourdes. Les dice que en ese lugar bendito **María** quiso recordar este fundamental mensaje evangélico: *la oración y la penitencia* son el camino a través del cual la victoria de Cristo puede afirmarse en cada persona y en la sociedad.

Sólo puede hablar de victoria de Cristo quien esté dispuesto a corregir el rumbo de su vida escuchando **la voz de la conciencia**, donde Dios ha puesto el sentido del bien y del mal. Pero aquí se encuentra la mayor enfermedad que padece el mundo: **por desgracia, el hombre moderno a veces muestra haber perdido de alguna manera el sentido del pecado.**

En Lourdes, con el mundo a cuestas

Cuando el 14 de agosto, con un calor agobiante, llega a la Gruta de Lourdes, su primer saludo es para los enfermos: el Papa se veía como uno de ellos, compartiendo **un tiempo de la vida marcado por el sufrimiento físico, pero no por esto menos fecundo en el admirable plan de Dios.**

Poco después, sin conseguir arrodillarse como lo había intentado, al comenzar el rezo del Santo Rosario confesó la emoción que sentía de haber **llegado a la meta de mi peregrinación**, añadiendo que la Gruta, en la que **la Virgen invitó a Bernardita a rezar el Rosario, desgranando Ella misma las cuentas, (...) se ha convertido en la cátedra de una sorprendente escuela de oración**, en la que **María enseña a todos a contemplar con ardiente amor el rostro de Cristo.**

Meditando en la participación de la Madre del Señor en la misión redentora de su Hijo, quiso ofrecer su rezo a la Virgen por una intención particular: **por las vocaciones al**

sacerdocio y a la virginidad por el reino de Dios, a fin de que los que han sido llamados respondan con disponibilidad y perseverancia.

Al terminar el Rosario, dirigió a la Señora expresiones de un entrañable amor convertido en oración dolorosa y llena de confianza al mismo tiempo: **sé nuestra guía por las sendas del mundo; enséñanos a vivir y a difundir el amor de Cristo; enséñanos a estar contigo al pie de las innumerables cruces en las que tu Hijo se encuentra aún crucificado...**

El domingo 15 de agosto celebró la Santa Misa para 300.000 personas que habían acudido desde distintos lugares de Francia y Europa. Las dificultades físicas evidentes, el extraordinario esfuerzo que debió hacer para leer la homilía (**tengo que llegar hasta el final**, se le oyó decir en voz baja, animándose a sí mismo...) y el contenido de su predicación contribuyeron a recordar vivamente el «*consummatum est*» de Cristo en la Cruz.

Había peregrinado a Lourdes para implorar a la Virgen la gracia de un despertar de la conciencia moral del hombre y así lo habrá hecho en las dos ocasiones en que pudo rezar en silencio delante de la imagen de la Inmaculada, en el lugar de las apariciones. Pero, además de rogarle a la Virgen, el Papa se dirigió una vez más **a las mujeres** para exhortarlas a llevar a cabo fielmente la misión que Dios les encomienda.

Explicó que, al encomendarle su mensaje a una muchacha, María lo hizo como para subrayar **la misión peculiar que corresponde a la mujer en nuestro tiempo, tentado por el materialismo y la secularización**. Esta intransferible y capital misión consiste en ser en la sociedad de hoy **testigo de los valores esenciales** que sólo se perciben con los ojos del corazón.

Sobre estos valores, de los cuales ayuno se encuentra el mundo, dos semanas antes había escrito ampliamente la Congrega-

ción para la Doctrina de la Fe, en una *Carta a los Obispos sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y el mundo*, aprobada por el Papa²³⁷.

En la *Mulieris dignitatem*, en la *Carta a las Mujeres* y en otros documentos, Juan Pablo II ya había tratado en abundancia sobre este tema. El motivo de esta nueva intervención se encuentra en que «*la Iglesia se siente ahora interpelada por algunas corrientes de pensamiento, cuyas tesis frecuentemente no coinciden con la finalidad genuina de la promoción de la mujer*».²³⁸

Los «*valores fundamentales que están vinculados a la vida concreta de la mujer*» son presentados en la Carta con sentido de urgente necesidad, puesto que «*la historia pasada y presente (es decir, el hoy que estamos viviendo) es testigo de que aun en las situaciones más desesperadas*» la mujer «*posee una capacidad única de resistir en las adversidades, de hacer la vida posible incluso en situaciones extremas, de conservar un tenaz sentido del futuro y, por último, de recordar con las lágrimas el precio de cada vida humana*».²³⁹

Quien pueda entender, que mire nuestro siglo XXI y entienda que de las mujeres espera el mundo su salvación. Lo conseguirán si cultivan especialmente esos **valores esenciales** que Juan Pablo II resumió en esta bellísima expresión, llena de sugerente misterio: **a vosotras, las mujeres, corresponde ser *centinelas del Invisible***.

Enseguida, dirigiéndose a todos, hizo un **apremiante llamamiento para que hagáis todo cuanto esté a vuestro alcance a fin de que la vida, toda vida, sea respetada desde la concepción hasta su término natural. La vida es un don sagrado del que nadie puede hacerse dueño.**

²³⁷ La Carta, aprobada por Juan Pablo II el 31-V-2004, se dio a conocer el 31 de julio.

²³⁸ Carta, n. 1

²³⁹ Cfr. *ibid.*, n. 13.

Al terminar la solemne Misa de la Asunción de la Santísima Virgen y antes del rezo del Ángelus, inspirándose en el agua que brota de la fuente y **ha llegado a ser uno de los símbolos de Lourdes, símbolo de la vida nueva que Cristo da a los que se convierten a él, dijo: Sí, el cristianismo es fuente de vida, y María es la primera guardiana de esta fuente, porque fue concebida Inmaculada en atención a su divina maternidad.**

La fuente de Lourdes mana desde que la Virgen la señaló a Bernadette el 25 de febrero de 1858, durante su novena aparición, y la invitó a beber de ella. A los hombres de este tiempo en el que diariamente es despreciada la santa ley de Dios, Juan Pablo II quiso decirles por última vez que la Madre de Dios, mostrándonos a Jesucristo, dador de toda gracia, nos pide **que renuncien al orgullo, que sean humildes, para obtener la misericordia de su Hijo y colaborar así a la instauración de la civilización del amor.**

La Mediadora de Kazan

Alcanzar la unidad de la Iglesia fue una intención prioritaria en todo el pontificado de Juan Pablo II. Sería tema de extensos estudios seguir los pasos de sus trabajos para conseguir ese objetivo que, después de un cuarto de siglo, se encuentra considerablemente más cerca que cuando empezó a gobernar la Iglesia.

Una muestra evidente de su confianza en la intercesión de la Santísima Virgen para llegar a la meta de la unidad, se encuentra en el acto de consagración de toda la Iglesia que hizo en Czestokowa durante su primer viaje a Polonia. El 4 de junio de 1979, al terminar la Misa, le rogaba:

Ayúdanos en este gran esfuerzo que estamos realizando para encontrarnos, siempre de un modo más maduro,

con nuestros hermanos en la fe, con quienes nos unen tantas cosas aunque aún haya alguna que nos divide. Haz que por medio de todas las formas del conocimiento, del respeto mutuo, del amor, de la común colaboración en distintos campos, podamos poco a poco redescubrir el divino proyecto de la unidad en el que todos debemos entrar e introducir a todos, para que el único rebaño de Cristo reconozca y viva en la tierra su unidad. ¡Oh, Madre de la unidad, enséñanos siempre los caminos que a ella conducen!²⁴⁰

El 10 de julio de 2004, mientras pasaba unos días de descanso en la localidad de Les Combes, Juan Pablo II hizo un anuncio inesperado: por medio del doctor Navarro-Valls, portavoz de la Santa Sede, se supo que una semana antes había comunicado al patriarca de Moscú, Alexis II, su deseo de donar a la Iglesia ortodoxa rusa el sagrado icono de la Virgen de Kazan y así *«contribuir a la deseada unidad entre las Iglesias católica y ortodoxa»*.

El domingo 22 de agosto, antes de rezar el Ángelus con los fieles a su regreso de Lourdes, les invitó a dirigirse con él a la Virgen María, venerada con el título de *Madre de Dios de Kazan*. Su icono, que salió de Rusia en la década de los años Veinte del siglo pasado, después de largas etapas en diversos lugares, llegó hace algunos años al apartamento del Papa, y desde ese momento ha velado sobre su trabajo diario. Ahora, me alegra anunciar que una delegación especial llevará este icono, que tanto aprecio, a Su Santidad Alexis II, Patriarca de Moscú y de todas las Rusias.

La devoción de Juan Pablo II por esta imagen de la Virgen tiene una historia de más de diez años, cuando se la regalaron y la dispuso en su lugar de trabajo: desde entonces ha estado conmigo —dijo en la alocución que pronunció en el Aula Paulo

²⁴⁰ Homilía, 4-VI-1979.

VI tres días después, en un acto de veneración y despedida del icono que volvía a Rusia- y ha acompañado con mirada maternal mi servicio diario a la Iglesia. ¡Cuántas veces, desde aquel día, he invocado a la Madre de Dios de Kazan, pidiéndole que proteja y guíe *al pueblo ruso, que le tiene tanta devoción*, y que apresure el momento en que todos los discípulos de su Hijo, reconociéndose hermanos, restablezcan plenamente la unidad rota!

La Providencia escribe la historia según sus divinos modos. Más de una década atrás Juan Pablo II había animado a los cardenales a confiar en la *lógica del corazón materno* de María, que sabría encontrar los caminos para llegar a la tan deseada unidad de la Iglesia²⁴¹. Agotados los medios humanos —el patriarca de Moscú mantuvo siempre la negativa frente a la visita tan deseada por el Papa a Rusia- la Virgen es invocada y enviada como Mediadora...

La historia del icono de Kazan se remonta al año 1579, cuando Matriona, una niña de 9 años, vio en sueños la imagen y escuchó una voz que la animaba a buscarla entre las cenizas de la chimenea de la casa paterna, arrasada durante un incendio que había tenido lugar ese año en la ciudad de Kazan. En efecto, envuelto en una vieja tela, se encontró al icono, que fue llevado solemnemente a la Catedral de la Anunciación.

A partir de entonces se extiende su devoción por toda Rusia, alimentada por innumerables milagros (sobre todo, curaciones de la vista) y por la indudable protección de la Madre de Kazan: a Ella se le atribuye la victoria de Pedro el Grande sobre los suecos, la retirada de los ejércitos napoleónicos...

En 1904 el icono desaparece, quizás robado... En la década del sesenta se le encuentra en Londres —parecería que se trata de

²⁴¹ Ver cap. VII.

una copia del siglo XVII o comienzos del XVIII- y, unos años después, es adquirido por miembros norteamericanos del «Ejército Azul», que lo trasladan a la capilla bizantina *Domus Pacis*, del santuario de Fátima. Allí estuvo hasta 1993, cuando lo regalaron al Papa.

Desde el inicio deseaba que este santo icono volviera a la tierra de Rusia, donde (...) durante muchísimos años fue objeto de profunda veneración por parte de enteras generaciones de fieles. En torno al icono de la Madre de Dios de Kazan *se ha desarrollado la historia de ese gran pueblo*, dijo también en la homilía.

Quería Juan Pablo II llevarlo él mismo a la Iglesia ortodoxa. En agosto de 2004, viendo quizás que el tiempo apremia, decide que lo entregue una delegación presidida por el cardenal Walter Kasper, Presidente del Pontificio Consejo para la Unidad de los Cristianos. La fecha convenida con el patriarca de Moscú fue el 28 de agosto, fiesta de la Dormición de la Virgen según el calendario ortodoxo.

Esta antigua imagen de la Madre del Señor –continuó diciendo en el aula Paulo VI- expresará a Su Santidad Alexis II y al venerado Sínodo de la Iglesia ortodoxa rusa el afecto que el Sucesor de Pedro siente por ellos y por todos los fieles que les han sido encomendados. Expresará su estima por la gran tradición espiritual que conserva la santa Iglesia rusa. Expresará el deseo y el firme propósito del Papa de Roma de avanzar juntamente con ellos por el camino del conocimiento mutuo y de la reconciliación, para apresurar el día de la plena unidad de los creyentes, por la que nuestro Señor Jesucristo oró ardientemente.

Al terminar la alocución se cantó y se rezó delante del icono, en ruso, una oración compuesta por el Santo Padre. Al día siguiente fue expuesto a la veneración de los fieles en la Basílica

de San Pedro. El día 28, en la Catedral de la Dormición, en el Kremlin, fue entregado al patriarca ortodoxo en el transcurso de una solemne ceremonia.

A la carta que le envió Juan Pablo II acompañando a la imagen, Alexis II respondió dándole *las gracias de todo corazón por haber entregado el icono de nuestra Señora de Kazan, la Theotokos (Madre de Dios), siempre Virgen María, a la Iglesia ortodoxa rusa. Y continuaba más adelante: La veneración de la Madre de Dios como ferviente intercesora de los cristianos, la veneración común de las Iglesias ortodoxa y católica nos lleva a los tiempos de la Iglesia primitiva, cuando no existían las divisiones entre el Oriente y el Occidente, tan visibles por desgracia en nuestros días.*

XII. UNA CONCLUSIÓN ABIERTA

El taller del orfebre es una obra de teatro sobre el matrimonio, que Karol Wojtyła escribió en su juventud. Labor preciosa de orfebrería en honor de la Virgen fue la que, durante más de un cuarto de siglo, realizó Juan Pablo II. Extrayendo del tesoro de la Revelación joyas preciosas -verdades antiguas y nuevas-, con el oro de su amor a Santa María forjó un monumento destinado a perdurar en la Iglesia para siempre.

La síntesis de esa maravillosa obra es la mediación maternal que la Madre de Dios y de los hombres ejerce en favor de sus hijos. A explicarla con todo detalle, resolviendo las eventuales dificultades de comprensión que algunos pudieran tener, y promoviéndola en primer lugar con su ejemplo personal, el Papa «venido de un país lejano» dedicó lo mejor de su tiempo y todas sus fuerzas.

Desde su patria traía consigo íntimas experiencias de los cuidados maternos de su Madre y en Ella, desde que era niño, había puesto toda su confianza. Cuando fue elegido para guiar a la Iglesia, además de confiársela por entero empleó todos los medios con el fin de que la mediación de la Santísima Virgen se hiciera universalmente eficaz, arraigándose en nuestra época y en la futura.

Dios se ha dado a conocer a los hombres utilizando «*palabras y gestos intrínsecamente conexos entre sí*», enseña el Concilio Vaticano II²⁴²: «*las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación mani-*

²⁴² Cfr. Const. Dogm. *Dei Verbum*, n. 2

fiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas». Análogamente, esto mismo se puede decir de la enseñanza mariana de Juan Pablo II. En la explicación del misterio de la mediación materna de la Santísima Virgen, las enseñanzas contenidas en los documentos que hemos estudiado, encontraron en los gestos del Papa —los actos de consagración de la Iglesia y del mundo, la revelación del «tercer secreto»...- la confirmación de la doctrina y, a su vez, ellos desentrañaron el misterio contenido en ellas.

Después de examinar el arco entero de su pontificado, siguiendo las pautas señaladas por el Concilio para conocer el magisterio auténtico del Romano Pontífice —*la índole de los documentos, la frecuente exposición de una misma doctrina y el modo de expresarse*— se impone por sí sola la conclusión que el mismo Juan Pablo II proclamó solemnemente en su primer viaje a Polonia: **¡todo por medio de María!**

No se trataba de un modo de decir. Efectivamente, en su magisterio, la mediación maternal de la Santísima Virgen alcanza a la *totalidad* de las realidades que componen la vida física y espiritual de cada uno de los hombres: como hemos visto, por medio de María se acercarán a la Iglesia los más alejados; por medio de María se conseguirá la unidad de la Iglesia; por medio de María obtendremos misericordia... Además, María es para la mujer su modelo y quien le enseña el divino misterio de la maternidad; es la Madre que explica a sus hijos el sentido del dolor y los consuela cuando lo sufren; Ella intercede por quienes no tienen libertad; la Virgen es modelo de conducta en el gobierno de la Iglesia; María es la que enseña a contemplar a su Hijo en la Eucaristía...

Juan Pablo II explicó también de mil modos distintos la modalidad *materna* de la mediación de la Virgen, que comenzó cuan-

do Jesús escribió con Ella el «evangelio del sufrimiento», hasta llegar a dárnosla por Madre en la Cruz. Precisamente por el dolor que compartió con su Hijo, colaborando así de manera única en la obra redentora, la Virgen Santísima es la que puede hacer llegar a los hombres la gracia de la salvación.

En pocas palabras, después de cuanto hemos estudiado se puede afirmar que la mediación materna de María es *la clave de todo su pontificado*. Valorando el trabajo de orfebre que llevó a cabo para explicar esta doctrina, junto con el hecho de la *apertura a Cristo* de millones de personas que vivían en un sistema totalitario cerrado por completo a la gracia redentora, sumado a su vez a la necesidad de llevar a cabo la «nueva evangelización» en los países de raíces cristianas, parece justificado preguntarse: ¿no debería la Iglesia de nuestra generación valorar estos «signos de los tiempos» y legar a las generaciones venideras este tesoro de la mediación materna de la Madre de Dios en favor de los hombres?

En *Redemptoris Mater* Juan Pablo II escribió unas palabras que, a nuestro juicio, reclaman una especial meditación: **mediante este Año Mariano, la Iglesia es llamada no sólo a recordar todo lo que en su pasado testimonia la especial y materna cooperación de la Madre de Dios en la obra de la salvación en Cristo Señor, sino además a preparar, por su parte, cara al futuro, las vías de esta cooperación, ya que el final del segundo milenio cristiano abre como una nueva perspectiva.**²⁴³

Dos afirmaciones de particular interés hacía el Papa: la Iglesia, que desde hace veinte siglos experimenta la cooperación maternal de la Virgen en la aplicación de la redención a los hombres, para el tercer milenio tendría que prepararle las vías de

²⁴³ Enc. *Redemptoris Mater*, n.49.

una, obviamente, mayor cooperación: parecería, en otras palabras, que la Iglesia debería encontrar el modo de «facilitar» a María su imprescindible colaboración materna. ¿De qué forma podría hacerlo?

Una luz en el camino

No son pocos quienes piensan que la definición dogmática de la mediación materna de María, ayudaría en gran medida a la Iglesia actual y del futuro a llevar a cabo su misión redentora, puesto que, como enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica*, «los dogmas son luces en el camino de nuestra fe, lo iluminan y lo hacen seguro». ²⁴⁴

En la época del Concilio Vaticano II se creyó que aún no era llegado el tiempo oportuno para ese acto supremo del magisterio. ²⁴⁵ Treinta años más tarde, a comienzos de la década de los 90', el profesor de Teología y Mariología Mark I. Miravalle, de la Universidad de Steubenville (USA) comenzó el movimiento *Vax*

²⁴⁴ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, n. 89

²⁴⁵ «Es (...) llamativo el elevado número de peticiones algunos centenares que se encuentran en las propuestas que durante la fase antepreparatoria del Concilio Vaticano II hicieron numerosos obispos, superiores religiosos y ateneos teológicos, en favor de una definición dogmática de la mediación de la Virgen. Como es sabido, el Concilio no acogió esta petición, si bien expuso de modo claro la doctrina católica sobre la mediación, que fue uno de los puntos más trabajados del capítulo VIII de *Lumen gentium*. En la elaboración de esta temática el Concilio no quiso tampoco dirimir problemas que eran aún objeto de discusión entre los teólogos y prefirió detenerse en los elementos esenciales de la fe de la Iglesia sobre este punto. Al mismo tiempo, por motivos de tipo ecuménico, prefirió no usar una terminología que para los protestantes podía resultar difícil de aceptar; y así, en vez de referirse a la mediación o a la corredención de la Virgen, utilizó otras expresiones similares para referirse a la cooperación de María en la obra de la salvación». (J.A. RIESTRA, *María en la vida de la Iglesia y de los cristianos (Redemptoris Mater* nn. 25-49), en *Scripta Theologica* (1987), XIX 3, p. 672).

Populi Mariae Mediatrix,²⁴⁶ con el objeto de pedir al Papa la definición de los títulos marianos «Corredentora, Mediadora y Abogada».

La iniciativa tuvo un eco favorable, pues en poco tiempo ha conseguido reunir más de 7 millones de firmas de más de 150 países, entre ellas las de más de 500 obispos y 42 cardenales.²⁴⁷ Esta multitudinaria respuesta llevó a la Santa Sede a pedir a la Pontificia Academia Mariológica Internacional su opinión sobre «la posibilidad y la oportunidad de la definición de los títulos marianos» propuestos. En agosto de 1996, con ocasión del XII Congreso Mariológico Internacional que se celebraría en Czestokowa, al Congreso le «pareció oportuno constituir una Comisión, escogiendo quince teólogos específicamente preparados en la materia, que pudieran conjuntamente discutir y analizar la cuestión propuesta con una reflexión madura. (...) Se trató, además, de enriquecer este grupo de estudio, añadiéndole, como miembros externos, algunos teólogos no católicos presentes en el Congreso».²⁴⁸

²⁴⁶ Cfr. M.I. MIRAVALLE, S.T.D., *Maria, Corredentora, Mediadora, Abogada*, Santa Barbara 1993.

²⁴⁷ J.L. BASTERO DE ELEIZALDE, *o.c.*, p. 232. Sobre la relación del movimiento con las supuestas revelaciones de la vidente holandesa Ida Peerdeman, vid. G. SERNANI, *Los dogmas de María. Las piedras más preciosas de su corona*, Buenos Aires 2003, pp. 199ss y R. LAURENTIN, *Pétitions internationales pour une définition dogmatique de la médiation et la corédemption*, en *Marianum* 48 (1996), pp. 446ss.

²⁴⁸ *Declaración de la Comisión teológica del Congreso mariológico de Czestokowa*, en *L'Osservatore Romano*, ed. en castellano, 13-VI-1997, p. 12. La Comisión, en la que se echa de menos la presencia femenina, estaba formada por: P. Paolo Melada y P. Stefano Cecchin, o.f.m., presidente y secretario de la PAMI; P. Cándido Pozo, s.j. (España); P. Ignazio Calabuig, o.s.m. (Marianum, Roma); P. Jesús Castellano Cervera, o.c.d. (Teresianum, Roma); P. Franz Courth, s.a.c. (Alemania); P. Stefano De Fiores, s.m.m. (Italia); P. Miguel Angel Delgado, o.s.m. (México); Pbro. Manuel Felicio da Rocha (Portugal); P. George Gharib, melquita (Siria); P. René Laurentin (Francia); P. Jan Pach, o.s.p.e. (Polonia); Pbro. Adalbert Rebic (Croacia); Pbro. Jean Rivain (Francia); P. Johannes Roten, s.m. (Estados Unidos); P. Ermanno Toniolo, o.s.m. (Italia); mons. Teofil Siudy (Polonia); Pbro. Anton Ziegenaus (Alemania); canónigo Roger Greenacre, anglicano (Inglaterra); Dr. Hans Ch. Schmidt-Lauber, luterano (Austria); P. Gennadios Limouris, ortodoxo (Constantinopla); P. Jean Kawak, ortodoxo (Siria); prof. Constantin Charalampidis, ortodoxo (Grecia).

Como fruto de su trabajo, la Comisión emitió una breve *Declaración*, publicada en *L'Osservatore Romano* casi un año más tarde, que en síntesis afirma:

- 1) *«Los títulos, tal como son propuestos, resultan ambiguos, ya que pueden entenderse de maneras muy distintas».*
- 2) *«Por lo que atañe al título de Mediadora», recuerda que la Santa Sede, a principios del siglo XX, dejó de lado la propuesta del cardenal Mercier, arzobispo de Malinas-Bruselas, que había empezado entonces un movimiento a favor de la definición dogmática y no prosperó.*
- 3) *Los títulos y la doctrina contenida en ellos «necesitan aún una mayor profundización en una renovada perspectiva trinitaria, eclesiológica y antropológica».*
- 4) *«Los teólogos, y de modo especial los no católicos, se manifestaron sensibles a las dificultades ecuménicas que implicaría una definición de dichos títulos».*

No obstante este juicio, el movimiento *Vox Populi* ha continuado trabajando y, en febrero de 2008, cinco cardenales²⁴⁹ enviaron una carta a los purpurados de todo el mundo invitándolos a unirse a ellos para pedir a Benedicto XVI que proclame a María *«Madre espiritual de toda la humanidad, corredentora con Jesús Redentor, mediadora de todas las gracias con Jesús, único mediador, y abogada con Jesucristo en favor del género humano».*

«Creemos –afirman los cardenales– que es el momento oportuno para una solemne definición o clarificación sobre la constante enseñanza

²⁴⁹ Telesphore Toppo, arzobispo de Ranchi (India); Luis Aponte Martínez, arzobispo emérito de San Juan (Puerto Rico); Varkey Vithayathil, arzobispo mayor de Ernakulam-Angamaly (India); Ricardo Vidal, arzobispo de Cebú (Filipinas); Ernesto Corripio y Ahumada, arzobispo emérito de Ciudad de México. Estos cardenales y otro, Edouard Gagnon, fallecido en 2007, habían promovido un simposio sobre la corredención de María, celebrado en Fátima en 2005, y en 2006 entregaron a Benedicto XVI las Actas y una petición («voto», en latín) de definición dogmática.

de la Iglesia respecto a la Madre del Redentor y su cooperación única en la obra de la Redención, así como su papel en la distribución de la gracia y en la intercesión de la familia humana».

En opinión del cardenal Aponte Martínez, este es el *«el momento de la definición papal de la relación de la Madre de Jesús con cada uno de nosotros, sus hijos terrenales, en sus papeles de corredentora, mediadora de todas las gracias y abogada»*. Dijo también que *«proclamar solemnemente a María como madre espiritual de todos los pueblos quiere decir reconocer plenamente y oficialmente sus títulos y por tanto activar, reavivar las funciones espirituales, de intercesión, que ofrecen a la Iglesia para la nueva evangelización y para la humanidad, en la delicada situación mundial que vive actualmente»*²⁵⁰.

Se haría farragoso exponer aquí las alternativas suscitadas por el término «corredentora» aplicado a la Santísima Virgen y que Juan Pablo II, aun expresando de maneras muy diversas la especial y materna cooperación de la Madre de Dios en la obra de la salvación en Cristo Señor, usó solamente en seis oportunidades no relevantes. Pero es de interés conocer la respuesta que dio el cardenal Ratzinger cuando se le preguntó sobre el particular.

- (...) *Más de un millón de personas exigen que María sea elevada por la Iglesia católica a «corredentora». ¿Se accederá a esa solicitud o se trata de una herejía?*
- *No creo que en un periodo de tiempo previsible se atienda a esa solicitud por la que abogan varios millones de personas. La respuesta de la Congregación de la Fe dice que lo que eso pretende expresar ya está resumido mejor en otros títulos de María, mientras que la fórmula «corredentora» se aleja demasiado del lenguaje de las Escrituras y de la patrística y, por lo tanto, provoca malentendidos.*

²⁵⁰ Servicio agencia Zenit, 13-II-2008

¿Qué hay de cierto en ello? Bueno, es cierto que Cristo no está fuera de nosotros o a nuestro lado, sino que forma con nosotros una comunidad profunda, nueva. Todo lo que es suyo se hace nuestro, y todo lo que es nuestro él lo ha aceptado haciéndolo suyo: este gran intercambio es el auténtico contenido de la redención, eliminar las barreras de nuestro yo y entrar en comunión con Dios.

Dado que María anticipa la Iglesia en cuanto tal y, por así decirlo, es la Iglesia en persona, ese «con» se consume en ella de manera ejemplar. Pero ese «con» no debe hacernos olvidar que el «primero» es Cristo: todo procede de Él, como dicen sobre todo las epístolas a los Efesios y a los Colosenses; María es lo que es gracias a Él.

La palabra «corredentora» ensombrecería ese origen. Una intención correcta se expresa con un vocablo erróneo. En asuntos de fe es esencial enlazar con el lenguaje de las Escrituras y de los Padres; el lenguaje no es manipulable a voluntad.²⁵¹

. Según la PAMI, la definición dogmática traería «dificultades ecuménicas». Ellas están motivadas, por una parte, en el hecho de que los protestantes no aceptan que el Papa puede, en condiciones bien precisas, señaladas por el Concilio Vaticano I, declarar *ex cathedra* que una doctrina pertenece al depósito de la fe y no ven que, testimoniando así la verdad, sirve a la unidad.²⁵² A su vez, la Iglesia ortodoxa «sabe que las decisiones del Concilio son infalibles. (...) Lo que nos diferencia de los ortodoxos es que el cristianismo romano, además del Concilio ecuménico, disfruta de otra instancia suprema, que es el sucesor de Pedro que nos da la garantía de esa certeza»²⁵³.

²⁵¹ J. RATZINGER, *Dios y el mundo*, Buenos Aires 2005, p. 287s.

²⁵² JUAN PABLO II, enc. *Ut unum sint*, 25-V-1995, n. 94.

²⁵³ J. RATZINGER, *La sal de la tierra*, Madrid 1997, p. 195s.

Con dolores de parto

¿Qué se puede esperar? Sólo el Espíritu Santo lo sabe y es el Sucesor de Pedro quien tiene sabiduría y gracia para decidir lo más conveniente. Lo que hay que recordar, en cambio, como repetidamente lo enseñó Juan Pablo II, es que la misión de María ha sido traer al mundo a Jesucristo y, poniéndose al servicio de su obra redentora y cooperando activamente con ella, ayudar a que Cristo viva en los hombres. Su mediación materna está «*ordeñada al nacimiento continuo de Cristo en el mundo*». Es necesario percibir, en consecuencia, que «*la vida surge, no por el haber, sino dando a luz, y exige, por tanto, dolores de parto*».²⁵⁴

La comprensión de la labor de María, paradigma del obrar de la Iglesia, debe necesariamente reflejarse en nuestro tiempo: la «nueva evangelización» se concretará, en definitiva, en la medida en que Cristo viva en los hombres e informe su existencia y su cultura. Este es un verdadero «trabajo de parto», que necesariamente lleva consigo el dolor, preludio de la alegría.

La humanidad, a pesar de las apariencias, sigue esperando la revelación de los hijos de Dios y vive de esta esperanza, como se sufren los dolores del parto, según la imagen utilizada con tanta fuerza por San Pablo en la carta a los Romanos (cf. 8, 19-22)²⁵⁵ y a la que el Apóstol recurre también en la carta a los Gálatas: «Hijos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros» (4, 19). En esta imagen descubría el Papa la conciencia materna de la Iglesia primitiva (que) permitía y permite constantemente a la Iglesia ver el misterio de su vida y de su misión a ejemplo de la misma Madre del Hijo.²⁵⁶

²⁵⁴ J. RATZINGER-H.U. VON BALTHASAR, *María, Iglesia naciente*, Madrid 1999, p. 41.

²⁵⁵ Carta ap. *Tertio millennio ineunte*, n. 23.

²⁵⁶ Enc. *Redemptoris Mater*, n. 43.

Captar el misterio de la Iglesia reclama, previamente, considerar que «Iglesia es más que «pueblo», más que estructura y acción: en ella vive el misterio de la maternidad y del amor nupcial, que hace posible la maternidad»²⁵⁷, y este misterio sólo puede tratarse con el amor de una madre.

Bajo esta luz adquiere un precioso relieve la exhortación del Concilio Vaticano II a mirar a la Virgen como «ejemplo de aquel amor maternal con que es necesario que estén animados todos aquellos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres».²⁵⁸ Nos encontramos, pues, ante un hecho misterioso de particular grandeza: «si nos identificamos con María, si imitamos sus virtudes, podremos lograr que Cristo nazca, por la gracia, en el alma de muchos que se identificarán con El por la acción del Espíritu Santo. Si imitamos a María, de alguna manera participaremos en su maternidad espiritual».²⁵⁹

Después de experimentar la Iglesia durante más de un cuarto de siglo la protección maternal de la Santísima Virgen, ninguno de sus miembros puede «tener miedo». El 12 de septiembre de 2001, debiendo hablar con el estupor de lo ocurrido veinticuatro horas antes en Nueva York, el Papa repetía esta convicción de fe:

Aun cuando parecen dominar las tinieblas, el creyente sabe que el mal y la muerte no tienen la última palabra. En Lourdes, durante su última peregrinación, ya lo había afirmado: el mal y la muerte *no tendrán la última palabra*. María lo confirma con toda su existencia, como *testigo viva de la victoria de Cristo*.

²⁵⁷ J. RATZINGER, *o.c.*, p. 18.

²⁵⁸ Const. *Lumen gentium*, n. 65. El subrayado es nuestro.

²⁵⁹ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Madre de Dios, Madre nuestra*, en *Amigos de Dios*, Madrid 1977, 23ª, n. 281.

Una confidencia de Juan Pablo II cierra estas páginas. *El modo en que María participa en la victoria de Cristo, yo lo he conocido sobre todo por la experiencia de mi nación*, escribió recordando lo que en una oportunidad había dicho el cardenal August Hlond, antecesor del cardenal Wycsinski, primado de Polonia: «La victoria, si llega, llegará por medio de María».

En efecto, durante los años que vivió en su patria, el obispo Karol Wojtyla fue testigo del modo en que aquellas palabras se iban realizando. Después de ser elegido Papa, el 16 de octubre de 1978, mientras entraba en los problemas de la Iglesia universal, al ser elegido Papa, llevaba en mí una convicción semejante: que también en esta dimensión universal la victoria, si llega, será alcanzada por María.

La confidencia se hace profecía. Destacada por él en el libro, esta afirmación llena de esperanza: *Cristo vencerá por medio de Ella, porque Él quiere que las victorias de la Iglesia en el mundo contemporáneo y en el mundo del futuro estén unidas a Ella.*²⁶⁰

²⁶⁰ JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral*, p. 215.

EPÍLOGO

LA «CAUSA» DE CRISTO

Al cumplirse diez años de la última peregrinación de Juan Pablo II a Fátima, el 13 de mayo de 2010, su Sucesor también fue a arrodillarse delante de la imagen de Nuestra Señora, para depositar en su Corazón Inmaculado el difícil tiempo del mundo y de la Iglesia.

Benedicto XVI viajó a Fátima cargado con el peso distintivo de los discípulos de Cristo, como confió con palabras serenas pero graves a sus Hermanos, los obispos portugueses: *como veis, el Papa necesita abrirse cada vez más al misterio de la Cruz, abrazándola como única esperanza y última vía para ganar y reunir en el Crucificado a todos sus hermanos y hermanas en humanidad.*¹

Se refería el Papa al sufrimiento que han causado en la Iglesia los escandalosos pecados de obispos y sacerdotes, y a los ataques que se han levantado contra él. Pero más allá de tantas

¹ Los textos de Benedicto XVI están tomados del sitio oficial de la Santa Sede en Internet: www.vatican.va

injustas agresiones, el hecho más doloroso es que *los ataques al Papa y a la Iglesia*, como había declarado a los periodistas que lo acompañaban en el avión durante su viaje, *no sólo vienen de fuera, sino que los sufrimientos de la Iglesia proceden precisamente de dentro de la Iglesia, del pecado que hay en la Iglesia. También esto se ha sabido siempre, pero hoy lo vemos de modo realmente tremendo: que la mayor persecución de la Iglesia no procede de los enemigos externos, sino que nace del pecado en la Iglesia y que la Iglesia, por tanto, tiene una profunda necesidad de volver a aprender la penitencia, de aceptar la purificación, de aprender, de una parte, el perdón, pero también la necesidad de la justicia. El perdón no sustituye la justicia.*

Aprender a hacer penitencia por los pecados, sobre todo por las horribles ofensas cometidas por quienes deberíamos ser ejemplo de vida para todos los fieles, es una asignatura pendiente que reclama urgencia en su aprendizaje: esta es *la respuesta verdadera y fundamental que la Iglesia debe dar, que nosotros, cada persona, debemos dar en esta situación.*²

En este sentido, hay que considerar que *en la Sagrada Escritura se muestra a menudo que Dios se pone a buscar a los justos para salvar la ciudad de los hombres.*³ ¿Cómo no recordar el primer «regateo» de la historia, cuando habiendo decidido Dios destruir la ciudad de Sodoma por sus pecados, Abraham intenta detenerlo invocando «cincuenta justos» que quizás permanecían fieles al Señor?... «Por ellos no destruiría la ciudad», responde Dios. Disminuyendo por decenas la cantidad inicial, el patriarca llega a implorar el perdón de la entera ciudad si en ella se encontraran solamente diez hombres que no hubieran peca-

² A los periodistas, durante el vuelo a Portugal.

³ Homilía en Fátima.

do... «No la destruiré en atención a los diez», responde el Señor (cfr. Génesis 18, 16-33). Hoy, Dios espera encontrar en la Iglesia almas generosas capaces, por su Amor, de «regatear» con Él. Es lo que sucedió *aquí, en Fátima, cuando Nuestra Señora pregunta: «¿Queréis ofrecer a Dios para soportar todos los sufrimientos que Él quiera mandaros, como acto de reparación por los pecados por los cuales Él es ofendido, y como súplica por la conversión de los pecadores?»* (*Memórias da Irmã Lúcia, I, 162*).⁴

¿Encontrará eco, hoy, el ruego de la Virgen, que hace casi cien años pedía que no se ofendiera más a su Hijo y que hiciéramos penitencia y oración por los pecados del mundo entero porque, de no hacerlo, se descargaría sobre la humanidad un terrible castigo? Advertía Benedicto XVI: *se equivoca quien piensa que la misión profética de Fátima está acabada*.⁵ Como ya había explicado en el comentario teológico del «tercer secreto», que se encuentra después de estas páginas, lo que entonces pidió la Virgen, *no tiene que ver sustancialmente con devociones particulares, sino con la respuesta fundamental, es decir, la conversión permanente, la penitencia, la oración, y las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad*.⁶

Entonces, ¿tiene alguna esperanza nuestra generación, en la que el pecado ha adquirido carta de ciudadanía entre los hombres y se ha declarado horrendamente dentro de la misma Iglesia? Sí. El Papa viajó precisamente a Portugal para comunicar *la gran esperanza que arde en mi corazón y que aquí, en Fátima, se hace más palpable*. Esa «gran esperanza» no consiste en ningún hecho extraordinario; antes bien, *es la misma que se ha*

⁴ Ibidem.

⁵ Homilía en Fátima.

⁶ A los periodistas, durante el vuelo a Portugal.

*manifestado en la plenitud de los tiempos y que ha venido para todos: el Hijo de Dios hecho hombre. Nuestra esperanza tiene nombre y poder para inflamar los corazones más fríos y tristes, lo vemos en el pasaje de los discípulos de Emaús (cf. Lc 24,32). Nuestra esperanza tiene un fundamento real, se basa en un evento que se sitúa en la historia a la vez que la supera: es Jesús de Nazaret.*⁷

Jesús, Dios hecho hombre de María Virgen, quiso asociar a su Madre a su misión redentora, tanto en la obtención de la gracia salvífica como en su distribución entre los hombres de todos los tiempos: a la «**índole de la Madre**» correspondió en Fátima la «**índole del buen hijo**», invocando su intercesión con tantos acentos como le dictó su amor. Cuando visitó la capilla de las Apariciones y en el acto de consagración de los sacerdotes al Corazón Inmaculado de María, el Papa la llamó *Madre de Dios, Madre Inmaculada, Madre nuestra querida, Señora Nuestra y Madre de todos los hombres y mujeres, Madre querida por todos nosotros, Esposa del Espíritu Santo, Madre de Misericordia, Madre de la Iglesia, Abogada y Mediadora de la gracia, Madre nuestra desde siempre, Madre bendita, Madre del Señor y espejo de toda santidad, la toda Santa...*

Recurrir, pues, a la penitencia y a la mediación materna de la Santísima Virgen, para obtener la misericordia de Dios con nuestro mundo enfermo y con la Iglesia, tan necesitada como está de purificación es lo primero. Pero no es suficiente. La marea negra que desparrama a diario su hedor de muerte, tentando a los hombres sin cesar para que vivan como si Dios no existiera, sólo puede ser contrarrestada con el anuncio fiel, valiente y claro de Jesucristo.

⁷ Homilía en Fátima.

Es tal la fuerza del laicismo y del relativismo en las costumbres, que *en extensas regiones de la tierra la fe corre el riesgo de apagarse como una llama que se extingue*. En consecuencia, *la prioridad más importante de todas es hacer a Dios presente en este mundo y facilitar a los hombres el acceso a Dios.*⁸

Bien, pero en nuestro mundo plural, ¿a qué Dios debemos anunciar? ¿Al que presentan las religiones *à la carte*, al Dios que cada uno se forma a su propia imagen y semejanza? ¿Al «ser superior» que no molesta con mandamientos? ¿Al «Dios bueno» que sabe que yo también soy bueno y no hago nada por maldad? No, no se trata de un dios cualquiera, sino del *Dios que ha hablado en el Sinaí; el Dios cuyo rostro reconocemos en el amor hasta el extremo (cf. Jn 13, 1), en Cristo crucificado y resucitado.*⁹

Es un verdadero compromiso el que tenemos todos los miembros de la Iglesia. Cuando ella aún no había nacido con la Pentecostés, Pedro propuso que alguno ocupara el lugar de Judas, el traidor: *«que uno se asocie a nosotros como testigo de la resurrección de Jesús», decía Pedro. Y su Sucesor actual repite a cada uno de vosotros: hermanos y hermanas míos, hace falta que os asociéis a mí como testigos de la resurrección de Jesús. En efecto, si vosotros no sois sus testigos en vuestros ambientes, ¿quién lo hará por vosotros?*¹⁰

La llamada del sucesor de Pedro está dirigida a todos los hijos de Dios en la Iglesia, y es una llamada a ser apóstoles no de a ratos, sino en todas las circunstancias de la vida, venciendo *la tentación de limitarnos a lo que ya tenemos, o creemos te-*

⁸ En el rezo del Rosario y bendición de las antorchas.

⁹ Ibidem.

¹⁰ Homilía en Oporto.

ner, como propio y seguro. Ceder a esta cómoda opción sería una muerte anunciada, por lo que se refiere a la presencia de la Iglesia en el mundo que, por otra parte, no puede dejar de ser misionera por el dinamismo difusivo del Espíritu. En otras palabras, como escribió alguien hace años, el que hoy no se decide a ser apóstol corre el serio riesgo de ser apóstata. Y es bien sabido que, *desde sus orígenes, el pueblo cristiano ha percibido claramente la importancia de comunicar la Buena Noticia de Jesús a cuantos todavía no lo conocen.* Las actuales circunstancias piden con urgencia que nadie se ausente de esta convocatoria.

Un paso más quiso dar el Papa, respondiendo a esta posible pregunta: ¿cómo dar a conocer a Jesucristo y su doctrina salvadora, en un clima cultural que tolera todo... pero que resulta tan intolerante frente al modo de vivir en cristiano? *Sin imponer nada, proponiendo siempre, como Pedro nos recomienda en una de sus cartas: «Glorificad en vuestros corazones a Cristo Señor y estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere» (1P 3, 15).* ¿Y si no lo piden?, se podría preguntar. *Todos, al final, nos la piden,* responde Benedicto XVI, *incluso los que parece que no lo hacen. Por experiencia personal y común, sabemos bien que es a Jesús a quien todos esperan.*¹¹

También es necesario tener en cuenta, al hacer apostolado, que *será muy difícil que la fe llegue a los corazones mediante simples disquisiciones o moralismos, y menos aún a través de genéricas referencias a los valores cristianos. (...) Lo que fascina es sobre todo el encuentro con personas creyentes que, por su fe, atraen hacia la gracia de Cristo, dando testimonio*

¹¹ Ibidem.

de Él.¹² En consecuencia, exhortó el Papa: *no tengáis miedo de hablar de Dios y de mostrar sin complejos los signos de la fe, haciendo resplandecer a los ojos de vuestros contemporáneos la luz de Cristo que, como canta la Iglesia en la noche de la Vigilia Pascual, engendra a la humanidad como familia de Dios.*¹³

En 1917, la Virgen Santísima fue la Maestra que introduce a *los pequeños videntes en el conocimiento íntimo del Amor trinitario y los conduce a saborear al mismo Dios como el hecho más hermoso de la existencia humana.*¹⁴ Haciendo eco a la enseñanza de su predecesor, Benedicto XVI volvió a enseñar que es el rezo del Rosario el que *nos permite poner nuestros ojos y nuestro corazón en Jesús, como su Madre, modelo insuperable de contemplación del Hijo.*¹⁵

Por su amor a Jesucristo, buscado ardientemente mediante la oración y el rezo del Rosario, y encontrando la penitencia en mil detalles de la vida ordinaria —«*de todo se puede hacer un pequeño sacrificio para ofrecerlo a Dios*», había enseñado el Ángel a los pequeños videntes¹⁶—, los Pastorcillos de Fátima hicieron de su vida *una ofrenda a Dios y un compartir con los otros por amor de Dios. La Virgen los ha ayudado a abrir el corazón a la universalidad del amor. Hoy como ayer, sólo con este amor fraterno y generoso lograremos edificar la civilización del Amor y de la Paz.*¹⁷

Hace 93 años, *el cielo se abrió precisamente en Portugal —como una ventana de esperanza que Dios abre cuando el*

¹² Encuentro con los obispos de Portugal.

¹³ En el rezo del Rosario y bendición de las antorchas.

¹⁴ Homilía en Fátima.

¹⁵ En el rezo del Rosario y bendición de las antorchas.

¹⁶ C. BARTHAS, *La Virgen de Fátima*, o.c., p. 77

¹⁷ Homilía en Fátima.

*hombre le cierra la puerta- para restaurar, en el seno de la familia humana, los vínculos de la solidaridad fraterna que se basan en el recíproco reconocimiento del mismo y único Padre.*¹⁸ Solamente faltan siete años para celebrar los cien años de las Apariciones de Nuestra Señora en Fátima. Contando con la paciencia misericordiosa de nuestro Padre Dios y con la intercesión materna de María, ¿quizás sea éste el último tiempo que aún tenemos para rectificar?¹⁹ Al terminar su homilía en Fátima, el Papa auguraba *que estos siete años que nos separan del centenario de las Apariciones impulsen el anunciado triunfo del Corazón Inmaculado de María para gloria de la Santísima Trinidad.*²⁰

Como en la época de los primeros cristianos, que dieron su vida cruentamente por su fe en Cristo o debieron vivir en la incomprensión de la opinión pública de entonces, este tiempo nuestro reclama una actitud personal de completa entrega: *vivir en la pluralidad de sistemas de valores y de cuadros éticos* –es la realidad del siglo XXI- *requiere un viaje al centro del propio yo y al núcleo del cristianismo* –unidad de vida enraizada en Jesucristo- *para reforzar la calidad del testimonio hasta la santidad,* –no es tiempo de medias tintas- *para encontrar caminos de misión hasta la radicalidad del martirio.*²¹

* * * * *

¹⁸ Discurso al llegar a Lisboa.

¹⁹ En *El Mensaje de Fátima*, refiriéndose a la intervención de la Virgen en el atentado al Papa, el Card. Ratzinger escribe: «Que una «mano materna» haya desviado la bala mortal muestra sólo una vez más que no existe un destino inmutable, que la fe y la oración son poderosas, que pueden influir en la historia y que, al final, la oración es más fuerte que las balas, la fe más potente que las divisiones».

²⁰ Homilía en Fátima.

²¹ Discurso al llegar a Lisboa.

La Iglesia es un misterio y, como en el Rosario de la Virgen, a lo largo de su existencia aparecen entremezclados el gozo y la luz, el dolor y la gloria, mientras el Pueblo que Dios se ha elegido peregrina camino del Cielo. Quizás sea especialmente necesario entender, con uno de los grandes teólogos del siglo XX, que *«para la Iglesia el tiempo es necesario, las pruebas le son necesarias y los «desafíos» que tiene que enfrentar, no sólo de parte de sus adversarios, sino también de la ignorancia, de la torpeza, de la mediocridad, de los pecados de sus hijos. Incluso, todo el devenir de la historia, sus progresos, sus catástrofes, le son necesarios a la Iglesia, para obligarla a tomar conciencia, en forma progresiva, cada vez más amplia y más explícita de su propio misterio.»*²²

En la misma medida, el tiempo, las pruebas, los «desafíos», el devenir de la historia, sus progresos y sus catástrofes, le son necesarios a la Iglesia para que ella pueda conocer, de alguna manera por vía de conocimiento experimental y afectivo, lo que era cuando, frente a Cristo, se encontraba enteramente recapitulada en María; y también para que ella pueda conocer todo lo que es ahora por María».

En efecto, mientras Cristo entregaba su vida para redimir a los hombres, la Virgen se encontraba al pie de la Cruz sin más compañía que la de unas mujeres y de un adolescente, al que Jesús le entregó a su Madre como Madre suya y nuestra, Madre de todos los hombres. Fue Ella quien sostuvo la oración y la esperanza de los primeros que habían creído en su Hijo. No se puede poner en duda —como no lo hizo Juan Pablo II ni su Sucesor—, que *«cada vez la causa de María será la causa de la Iglesia y del pueblo cristiano; y cada vez la causa del pueblo cristiano será la causa de María; y estas dos causas, la de María y la del pueblo cristiano, serán siempre, ante todo, la causa del mismo Cristo».*

²² Ch. JOURNET, *Esquisse du développement du dogme marial*, Paris 1954, pp. 144-146. Los destacados en negrita son nuestros.

La «causa de Cristo» son sus ansias perennes de nacer y de vivir en los corazones de los hombres y mujeres de nuestro siglo XXI. Dar a luz a Jesucristo ha sido y será siempre un verdadero «trabajo de parto», necesariamente doloroso. Pero la mediación materna de María, como lo enseña la historia bimilenaria de la Iglesia y como lo hemos visto estudiando el pontificado de Juan Pablo II, lo facilita por completo.

Journet destacaba en su estudio que las definiciones de los dogmas marianos «*se corresponden secretamente con los grandes acontecimientos de la Iglesia*» y, adelantándose muchos años a su tiempo —su ensayo es de 1954— presagiaba que «*la doctrina de la mediación corredentora de la Virgen, que quizás será definida el día de mañana, recordará a los cristianos (Juan Pablo II lo hizo incansablemente y Benedicto XVI sigue sus huellas) que, a imagen de María, unida al sacrificio redentor que su Hijo ofrecía en el Calvario por toda la humanidad, ellos son invitados, en un universo cada vez más solidario económicamente pero cada vez más dividido espiritualmente, a ser en Cristo y por Cristo con toda la Iglesia, no solamente miembros «salvados», sino miembros «salvadores» de este mundo contemporáneo que les es hostil y de los millones de almas que encierra*».

INDICE DE DOCUMENTOS CITADOS

AUDIENCIAS: 6-IX-1995 a 12-XI-1997, 142ss. 5-I-2000, 150ss. 12-I-2000, 151.

BULAS: Convocatoria Año Santo Extraordinario 1983, 76.

CARTAS APOSTÓLICAS: *Mulieris dignitatem*, 103ss. *Tertio Millennio ineunte*, 135; 191. *Novo Millennio ineunte*, 160ss. *Rosarium Virginis Mariae*, 163ss.

CARTAS: A los Obispos, 8-XII-1983, 78. A las Mujeres, 29-VI-1995, 113ss. En el umbral del Gran Jubileo, 149. A los obispos sobre la colaboración del hombre y la mujer en la Iglesia y en el mundo, 31-V-2004, 176. Al Patriarca ortodoxo Alexis II, 180.

CONSAGRACIONES: En Santa María la Mayor, 8-XII-1978, 37. En Guadalupe, 27-I-1979, 38. En Polonia, 4-VI-1979, 41ss. En Santa María la Mayor, 7-VI-1981, 68. En Fátima, 13-V-1982, 70ss. En Roma, 25-III-1984, 78ss. En Fátima, 13-V-1991, 131ss. En Roma, 7-X-2000, 155ss.

DISCURSOS: Al Cuerpo diplomático, 12-I-1991, 126s. En Fátima, 10-V-1991, 128. A los Cardenales, VI-1994, 134. A la Curia Romana, 22-XII-1987, 139ss. Al Coloquio Internacional de Mariología, 13-X-2000, 157.

ENCÍCLICAS: *Redemptor hominis*, 45ss.; 77; 169. *Dives in misericordia*, 49ss.. *Salvifici doloris*, 83ss. *Dominum et vivificantem*, 87ss. *Redemptoris Mater*, 93ss.; 124; 185; 191. *Evangelium vitae*, 110ss. *Redemptoris missio*, 128. *Veritatis splendor*, 134. *Sollicitudo rei socialis*, 141. *Ut unum sint*, 190. *Ecclesia de Eucharistia*, 171ss

HOMILÍAS: Concelebración con los Cardenales, 17-X-78, 35. Misa comienzo del pontificado, 22-X-78, 36. En Santa María la Mayor, 8-XII-78, 37ss. En México, Virgen de Guadalupe, 27- I-79, 39. En Polonia, Jasna Gora, 4-VI-79, 42ss.; 177s. En Santa María la Mayor, 7-VI-1981, 68. En Fátima, 13-V-1982, 71ss. En Varsovia, 8-VI-1987, 138. En Praga, 21-IV-1990, 123. En Fátima, 13-V-1991, 131s. En Fátima, 13-V-2000, 153ss. En Lourdes, 15-VIII-2004, 174ss.

LIBROS: *Cruzando el umbral de la esperanza*, 28; 31; 32; 36; 130; 139; 193. *Don y misterio*, 29; 30; 31. *¡No tengáis miedo!*, 29; 31. *¡Levantaos! ¡Vamos!*, 141.

MENSAJES: *Magnum Baptismi donum*, 125.